

ciencia
ficción

Gal
mi
nis

\$100

VOL 1-Nº 2-AUGUSTO DE 1965



**Goddard,
el primero de todos**



al lector

GEMINIS publicará quincenalmente los mejores cuentos que vayamos encontrando en la riquísima cantera de la Ciencia Ficción mundial.

Pero GEMINIS no quiere limitarse a esa función.

GEMINIS quiere llegar a ser algo más que traducciones: GEMINIS aspira a ser el medio donde puedan expresarse los escritores nuestros, noveles o no, que, lo sabemos, pueden producir cuentos de Ciencia Ficción tan buenos como los mejores.

Por eso el concurso que ofrecemos en las páginas finales de la presente edición: en él podrá participar todo aquel que crea tener algo que decir en Ciencia Ficción, ya sea un cuento, una idea original o un enfoque nuevo de un problema viejo.

Y no sólo los autores, también los lectores podrán intervenir en GEMINIS: en el correo, el "Cabo Kennedy de los lectores", podrán decirnos sus deseos y sus críticas, las secciones que les agradaría encontrar en GEMINIS, las cosas que les parecen mal.

En resumen, GEMINIS seguirá siendo siempre una antología de grandes cuentos de Ciencia Ficción. Pero la Ciencia Ficción aparecerá en GEMINIS vista desde aquí, desde este Hemisferio Austral que también forma parte del planeta.

Géminis

ciencia ficción

sumario

Un "western" clásico, con un gran duelo final... Más un elemento inquietante: el control mental de la materia, la **telequinesia**. Por Jerome Bixby. / 6

**super
matador**

Una trampa dentro de la trampa... La especie humana en su expansión por el Universo, deberá enfrentar a a los más insólitos seres. Por R. A. Lafferty. / 30

**el
planeta
pani**

Una perdida bahía en los mares de Alaska. Hasta allí llegan, trezados en mortal lucha, una expedición extraterrestre y el más atroz de los supermonstruos. El "Albatros", una pequeña goleta, decide el titánico "match". Por A. E. Van Vogt. / 48

**no
solo
muertos**

El histórico guión radiotelefónico basado en "La guerra de los Mundos" que enloqueció de pánico a miles de personas y lanzó a la fama a su

**la gran
invasión**

Director :
H. G. Oesterheld
Director Artístico:
J. Herliczka
Carátula:
A. Breccia

director, Orson Welles. Por Howard Koch. / 72

**una
muerte**

Los contactos con seres de otros mundos pueden ser tan diferentes a todo lo imaginado... Por H. G. Oesterheld. / 96

**reparación
total**

La ortopedia llevada a sus últimas consecuencias. Todo, todo puede ser reemplazado. Hasta nosotros mismos. Por Sidney Van Scyoc. / 100

**los sembradores
de discordias**

Se jugó entero en la más delicada y riesgosa de las pesquisas. Lo calculó todo, menos el desenlace. Por Mack Reynolds. / 115

géminis

Ciencia-Ficción, VOL. I - No. 2 - Julio 30 de 1965.
Publicación quincenal. Editor responsable Ediciones
H. G. O. Cangallo 1642, 4º Piso Ofic. 41 Hecho el
depósito de ley (C) 1965 Ediciones H. G. O. - Registro
Propiedad Intelectual No. 859.260 Distribuidores: Capital
Federal RUBBO, José M. Moreno 359; Interior y Exterior
SADYE México 625



el super matador

Un "western" clásico, con un gran duelo final... Mas un elemento inquietante: el control mental de la materia, la telequinesia.

Por Jerone Bixby

Me llamo Joe Doolin. Soy vaquero: trabajo para el viejo Farrel en Lazy F, más allá del Paso. Nunca me sucedió nada demasiado importante —sencillamente conducir vacas y ponerme algo alegre en los días de pago— hasta aquella vez que me dirigía cabalgando por el Paso hasta el pueblo y vi descender el arma al joven Buck Tarrant.

Bueno, Buck había tenido siempre una buena puntería, ¡qué diablos! Una vez que tenía el arma en la mano era capaz de colocar la bala donde se le antojase a veinte pasos, y a un centímetro del blanco a los cien metros. Pero, ¡Dios del cielo!, ni aun para poner a salvo su vida era capaz de descender el arma como es debido. Lo había visto un par de veces en el Paso tratando de hacerlo. Se ponía frente a un árbol, ligeramente inclinado, y yo me daba cuenta de que se imaginaba que el árbol era Billy the Kid o alguien así; llevaba su torpe mano a la pistolera, empuñaba la culata y tironeaba como un endemoniado hasta que por fin, vacilante como un oso adornado, salía su viejo Peacemaker.

Apuntaba entonces a su blanco y le daba justo en el punto vital. Pero todo el proceso le llevaba aproximadamente un segundo y medio, y por el tiempo en que hubiera acabado de cumplirlo en una refriega de verdad Billy the Kid o Ben Randolph, el sheriff del pueblo, o aun yo mismo, Joe Doolin, hubiéramos podido cortarlo a tiros por mitades.

De modo que aquella vez que cabalgaba por el Paso y vi aparecer a Buck entre los árboles, me sonreí y no le presté mucha atención.

Se encontraba frente a un viejo olmo, y pude ver que había clavado una carta en el tronco, a metro y medio del suelo, aproximadamente a la altura del corazón de un hombre.

Por el rabillo del ojo lo vi inclinarse, adoptando su posición de pistolero. Se encontraba a cincuenta metros de donde yo estaba, más o menos, y como dije, no le prestaba mayor atención.

Escuché resonar el disparo en la parte baja de la cuesta que nos separaba. Volví a sonreír, figurándome ese desmañado

modo suyo de desenfundar el arma, el frenético golpe de la mano sobre la culata, el revólver saliendo como borracho, incluso tal vez cayendo; lo había visto hacerlo una o dos veces.

Me puse a pensar en él mientras me acercaba.

Era malo. Nadie opinaba otra cosa. Sencillamente malo. Era un muchacho poco desarrollado, de unos dieciocho años, con ojos saltones y una ancha boca arqueada hacia abajo. Había recibido el sobrenombre de Buck, porque tenía los dientes sobresalientes. No porque fuera muy macho. * Tenía cierta habilidad con los puños y le gustaba provocar peleas con muchachos que él estuviera seguro de vencer. Pero lo típico de Buck era llorar como un ternerillo de dos días para evitar tener que vérselas con alguien a quien tuviera miedo, esto es, con alguien de su mismo o mayor tamaño. Esquivaba el bulto berreando o huyendo con la cola entre las piernas. Hacía un par de años que su papá había muerto, y vivía con la mamá en una pequeña granja del Paso. El lugar se venía abajo, pues Buck no movía ni un dedo para hacer nada; su madre no podía manejarlo en absoluto. Los cercos se habían derrumbado, el patio estaba cubierto de yuyos y a la casa le hacían falta reparaciones, pero todo lo que

Buck hacía era rondar por el pueblo tratando de rozarse con los rudos clientes que bebían en el Salón Una Vez Más; o de lo contrario, iba a caballo hasta el extremo del Paso y se quedaba tendido bajo los árboles pensando, o, como aquel día, ejercitaba el modo de desenfundar el arma y disparaba contra los árboles y rocas.

Me figuro que pretendía ser rudo. Verdaderamente rudo. Trataba de andar con hombres rudos y, como lo descubrimos luego, cuando se deschavaba no pensaba en otra cosa casi, que en el modo de aventajar en rudeza al que más. Tal vez ustedes han conocido personajes así: por alguna condenada razón logran ser capaces de batir a cualquiera que se les presente, y se sienten desdichados y disminuidos cuando no lo consignent, como si el tamaño del puño de un hombre fuera la medida de la condición humana.

Así era Buck Tarrant: un muchacho de escasa estatura, venenoso, inútil, que pretendía ser un matón.

Pero no lo sería nunca, ni en un millón de años. Eso es lo que lo hacía cómico... y algo lamentable también. No había verdadera fuerza en él, sólo un odio temeroso. La habilidad con el revólver requiere agallas además de velocidad, y

Buck no era más que una desagradable ratita que probablemente siempre se abriría camino solapadamente, si lograba alguna vez abrírselo. Bastaba levantar un dedo para que desapareciera de la vista.

Escuché otro disparo y miré cuesta arriba. Me encontraba entonces lo suficientemente cerca como para ver que la carta contra la que disparaba era un diez de oros..., y los estaba perforando uno por uno. Siempre tuvo puntería, como dije.

Entonces me oyó llegar y se apartó del árbol, con el revólver en la pistolera y la mano extendida por delante, como debió de haberse imaginado que Wyatt Earp o alguien por el estilo lo hacía al disponerse a desenfundar.

Detuve el caballo a unos cinco metros y me quedé mirándolo. Resultaba realmente gracioso con su viejo pantalón vaquero plegado, la sucia camisa a cuadros, y el viejo revólver muy bajo sobre la cadera, mientras yo sabía que no podía manejarlo para nada.

—¿A quién tratas de asustar, Buck? —dije. Lo miré de arriba abajo y solté una risita—. Das tanto miedo casi como la mujer de un pastor.

—Y tú eres un hijo de perra —dijo él.

Me puse rígido y eché hacia adelante el mentón.

—Ten cuidado enano o me bajo, te meto el pie en la boca y te pongo como si fueras una bota.

—¿Lo vas a hacer ahora —preguntó con voz insultante—, hijo de perra?

Y desenfundó el arma..., y ¡maldición! casi me caigo de espaldas.

Juro que no había visto siquiera moverse la mano, de tan rápido que lo había hecho. ¡El revólver prácticamente lo había *aparecido* en la mano!

—¿Lo vas a hacer ahora? —volvió a preguntar, y su revólver parecía las amplias puertas del infierno.

Me quedé sentado en la montura con la boca enteramente seca, preguntándome si me había llegado la última hora. Retiré las manos del cuerpo y traté de adoptar un aire amistoso. En realidad, nunca me había metido con Buck, sencillamente le había hecho bromas de vez en cuando, como todo el mundo lo hacía; y no veía ninguna razón para que quisiera matarme.

Pero la expresión de su cara era gozosa, salvaje, desafiante..., exactamente la expresión que uno esperaría en un muchacho como Buck, que se hubiera convertido de pronto en el más veloz de los pistoleros.

Y eso es lo que era, créanme. Una vez lo vi desenfundar el

arma a Bat Masterson, y no cabe duda de que se encontraba entre los mejores. Podía desenfundar el arma y disparar con puntería exacta en algo así como medio segundo; apenas veía uno que su mano se movía; se escuchaba el golpe de la mano sobre la culata y, un fragmento de segundo más tarde, el disparo. Se necesita mucha práctica para empuñar un arma y apuntar en ese espacio de tiempo, y la práctica es lo que hace a los pistoleros. La práctica y alguna condición innata con que comenzar. Y, supongo, el anhelo de llegar a ser pistolero, cosa que Buck Tarrant siempre tuvo.

Cuando vi a Masterson apuntar a Jeff Steward en Abilene había sido de esa manera: golpe, disparo... y Steward contaba con tres ojos. Nada más que un movimiento apenas perceptible.

Pero cuando Buck Tarrant me apuntó en el Paso, no vi ningún movimiento *en absoluto*. Sencillamente se inclinó y su revólver me apuntaba. Debe de haberlo hecho en un millonésimo de segundo, si es que los segundos tienen millonésimos.

Nunca había visto desenfundar con mayor velocidad. Y, supongo, nadie más habrá visto algo semejante. Había sido un acto inconcebiblemente veloz:

la mano de un hombre no podía dirigirse a su pistolera, asir y levantar un pesado Peacemaker trazando un arco de medio metro con tanta velocidad.

Era sencillamente imposible... ¡diablos!, pero allí estaba.

Y allí estaba yo.

No dije ni una palabra. Me quedé sentado pensando, y mi caballo subió algo más por la cuesta, se detuvo y comenzó a merdisquear el pasto. Todo ese tiempo Buck Tarrant se mantuvo en posición, con aquella expresión de salvaje deleite en los ojos, sabiendo que podía matarme cuando se le antojara y, también, que yo lo sabía.

Cuando habló, su voz vacilaba, como si estuviera por estallar en una carcajada, una carcajada nada agradable por lo demás,

—¿No tienes nada que decir Doolin? —dijo—. Bastante rápido, ¿no?

Yo dije:

—Sí, Buck. Bastante rápido. —Y mi voz era vacilante también, pero no porque tuviera la más mínima gana de reírme.

Escupió mirándome arrogante. El terreno ascendía donde él se encontraba y nuestras cabezas quedaban casi al mismo nivel. Pero yo sentía como si me mirara desde las alturas.

—¡Bastante rápido! —excla-

mó con desprecio—. ¡Más rápido que nadie!

—Supongo que sí —dije yo.

—¿Sabes como lo logro?

—No.

—*Pienso*, Doolin. *Pienso* el revólver en la mano. ¿Qué te parece?

—Enormemente rápido, Buck.

—Sencillamente *pienso*, y tengo el revólver en la mano. Eso se llama desenfundar el arma, ¿no?

—Ya lo creo.

—Y crees la verdad, diablos! ¡Más rápido que nadie!

No sabía que querna decir con eso de "*pienso* el revólver en la mano" —al menos, por entonces no lo sabía—, pero por cierto no me sentía dispuesto a cuestionárselo. Ya sus ojos tenían una expresión tan salvaje que uno no se habría asombrado de haberlo visto en ese momento dar dentelladas al árbol que tenía más cerca.

Volvió a escupir y me miró de arriba abajo.

—Sabes, te puedes ir al infierno, Joe Doolin. Eres un maldito y piojoso hijo de perra sin agallas. —Se sonrió con frialdad.

No era un insulto, lo sabía ahora, sino un deliberado vituperio. Por mucho menos había yo quebrado mandíbulas: no soy ningún enclenque y soy lo suficientemente rápido como para devolver el golpe, si al-

guien se lo busca. Pero ahora no tenía ningún interés.

El vio que yo estaba enojado, sin embargo, y se quedó esperando.

—Eres bastante rápido, Buck —dije—, de modo que no tengo intención de enfrentarte. Si quieres asesinarme, supongo que no puedo impedirlo... pero no voy a desenfundar el arma. No, por cierto.

—Y un cobarde, además —se movió.

—Tal vez —dije—. Ponte en mi lugar y pregúntate por qué diablos ibas a hacerte matar.

—¡Gallina! —bramó, mirándome con sus ojos saltones, llenos de mezquindad y confianza en sí mismo.

Mis hombros se pusieron rígidos y el brazo del arma se me puso tenso. Nunca antes había aguantado que me dijieran eso.

—No voy a desenfundar —dije—. Mas bien seguiré camino, si me lo permites.

Recogí las riendas, moviendo las manos con mucha precaución, hice volver al caballo y comencé a descender la cuesta. Sentía sus ojos fijos en mí y casi esperaba sentir la bala en la espalda. Pero no llegó. En cambio, Buck Tarrant llamó:

—¡Doolin!

Volví la cabeza.

—¿Sí?

Estaba allí de pie, en la mis-

ma posición. Por algún motivo me recordaba un pequeño lobo enloquecido: sus ojos eran casi amarillos, al hablar movía con exceso los labios, masticando las palabras, y sus grandes dientes torcidos resplandecían al sol. Creo que toda su ansia de rudeza se estaba poniendo de manifiesto; actuaba ahora como siempre lo había querido —de modo arrogante, temerario, maligno—, pues nadie disponía ahora de un arma más apta que la suya. Parecía que de los poros le manara veneno.

—Doolin —dijo—. Voy a estar en el pueblo alrededor de las tres de la tarde. Dile a Ben Randolph de mi parte que es un hijo de perra. Dile que es un sheriff con la cabeza llena de porquería. Dile que se cuida cuando yo llegue allí, o que abandene el pueblo y no vuelva. ¿Entendido?

—Entendido, Buck.

—Llámame "señor Tarrant", irlandés hijo de perra.

—Muy bien... señor Tarrant —dijo, y llegué al fondo de la cuesta e hice tomar a mi caballo por el sendero que atraviesa el Paso. Después de unos cien metros de camino, me volví y miré. Estaba de nuevo practicando: la inclinación hacia adelante, el fantástico movimiento para desenfundar el arma, el disparo.

Seguí cabalgando en direc-

ción al pueblo para advertirle a Ben Randolph que debía huir o morir.

Ben era un tejano larguirucho, flaco, que había venido al oeste de paseo diez años atrás, le había gustado el clima de Arizona y se había quedado. Era un buen sheriff: lo suficientemente rudo como para manejar a la mayor parte de los hombres y lo suficientemente inteligente como para manejar al resto. Catorce años en la tarea lo habían conservado delgado y veloz.

Cuando le conté lo de Buck, pude percibir que esta vez no sabía si era lo suficientemente rudo, inteligente o veloz.

Se echó atrás en la silla y se dispuso a encender una pipa; luego se quedó mirando fijamente el fósforo hasta que éste le quemó los dedos sin haberlo acercado al tabaco.

—¿Estás seguro, Joe? —preguntó.

—Ben, lo vi dos veces. Al principio no podía creer a mis propios ojos; pero, lo repito, es verdaderamente veloz. Más veloz que tú, o que yo, o Hickock, o cualquiera. Sabe Dios cómo lo logró, pero lo logró.

—Pero —dijo Ben Randolph encendiendo otro cigarrillo—, las cosas no suceden así.

En su voz había una queja casi dulce.

—No de un día para otro

Hay que trabajar para conseguir velocidad con las armas... y se adquiere lentamente, muy lentamente. Lo sabes. ¿Cómo diablos Buck Tarrant va a convertirse en una luz en unos pocos días?

Hizo una pausa y exhaló humo.

—¿Estás seguro, Joe? —volvió a preguntar a través de una nube de humo.

—Sí.

—Y me busca.

—Eso es lo que dijo.

Ben Randolph suspiró.

—Es un mal muchacho, Joe... sencillamente un mal muchacho. Si su padre no hubiera muerto, supongo que habría salido mejor. Pero su madre no es lo suficientemente grande como para zurrarlo del modo que se merece.

—Tú le quitaste el revólver un par de veces, ¿no es cierto, Ben?

—Sí. Y lo eché del pueblo, además, cuando se puso demasiado cargante. Le dije que se fuera a casa y ayudara a su mamá.

—Supongo que por eso te busca.

—Por eso. Y porque soy sheriff. Soy el mejor tirador de por aquí, y no quiere comenzar por abajo. No, ¿cómo habría él de quererlo? Está dispuesto a dar un espectáculo al mundo, y en seguida.

—Puede hacerlo, Ben.

Volvió a suspirar.

—Lo sé. Si lo que dices es cierto, el espectáculo me lo va a dar a *mi*, no cabe duda. Con todo; tengo que enfrentarlo. Lo sabes. No puedo abandonar el pueblo.

Le miré la mano que apoyaba sobre la pierna; los dedos le temblaban. Cerró la mano, y le temblaba el puño.

—Tendrías que hacerlo, Ben —le dije.

—Claro que tendría que hacerlo —dijo con cierta ferocidad—. Pero no puedo. ¡Vaya! ¿Qué le sucedería a este pueblo si yo me escapara? ¿Hay alguien más que pueda manejarlo? Diablos, no.

—Si un chiflado como ése se pone demasiado pesado, se condena a que lo maten —vacilé—. Aunque sea por la espalda, si no es posible de frente.

—Claro —dijo Ben Randolph—. Tarde o temprano. Pero... ¿y entretanto? ¿A cuántos tendrá que matar antes hasta que alguien se indigne lo suficiente o se ponga lo suficientemente nervioso como para matarlo a *él*? Esas son las tareas que me corresponden, Joe: hacerme cargo de cosas como ésta. La vida de los que él está dispuesto a matar depende de que yo lo intercepte. ¿No lo comprendes?

Me puse de pie.

—Claro, Ben. Pero me gustaría que tú no lo comprendieras.

Exhaló otra bocanada de humo.

—¿Tienes idea de lo que quiso decir con eso de que *pensaba* el revólver en su mano?

—Ni la más mínima. Una explicación disparatada para dar cuenta de su repentina habilidad, supongo.

Volvió a exhalar humo.

—Ya me ves muerto, ¿no Joe?

—No sé de qué otro modo verte.

—Así parece, ¿no es cierto?

Aquella tarde, a las cuatro, Buck Tarrant entró a caballo en el pueblo como si éste le perteneciera. Se erguía sobre su vieja montura como un rajá sobre un elefante, y apoyaba su mano derecha junto al muslo en una exagerada pose de pistolero. Con el ajado sombrero muy echado hacia atrás, sus grandes ojos y su flaca contextura, habría resultado una muy cómica figura al tratar de hacerse pasar por un matón... si no hubiera sido que ahora lo *era*, y todos en el pueblo lo sabían, pues yo los había prevenido. De otro modo alguien hubiera podido tomarle el pelo y, tal como estaban las cosas ahora, eso habría obligado a abrir una tumba repentinamente.

Nadie dijo una palabra a lo largo de toda la calle, mientras

él se dirigía hacia el apeadero del Una Vez Más y desmontaba. No había muchos presentes *que pudieran* decir nada: casi todo el mundo estaba adentro; todo lo que uno podía percibir de ellos era la sombra de un movimiento detrás de una ventana aquí, el temblor de una cortina allá.

Sólo unos pocos hombres quedaron sentados en sillas que habían sacado a las aceras de tablones, bajo las galerías, o se apoyaban contra los pilares de los porches. Miraban a Buck por un segundo y desviaban la mirada instantáneamente si él se volvía hacia ellos.

Yo me encontraba cerca de donde Buck había atado su cabalgadura. Subió los peldaños del salón fanfarronamente, con la mano derecha apoyada en el muslo y sus abultados ojos llenos de veneno.

—¿Le dijiste? — me preguntó.

Hice una señal de asentimiento.

—Te va a buscar, como tú dijiste.

Buck esbozó una risa breve.

—Lo estaré esperando. No me gusta ese bastardo larguirucho. Tengo algunas cuentas pendientes con él.

Me miró, y su cara se retorció para dar cabida a lo que él suponía un gesto de matón; ¡Raro! Uno se daba cuenta de que no era realmente un ma-

tón por dentro. No había en su interior ninguna verdadera confianza o fuerza. La rudeza la llevaba en la pistolera, y todo el resto no era nada más que una serie de ademanes fingidos para adecuarse a ella.

—Ya lo sabes —dijo—. Tampoco tú me gustas, irlandés. Tal vez tendría que matarte. ¡Vaya! ¿Por qué no?

La única razón por la cual me había quedado afuera aquella tarde era que, a mi juicio, Buck ya había tenido oportunidad de matarme y que no tenía nada contra mí, por lo que me sentí seguro. Y tenía idea de que tal vez, en el momento de la función, podría ayudar a Ben Randolph de algún modo.

Sin embargo, en aquel momento nada deseaba tanto como haberme quedado adentro. Deseaba encontrarme detrás de alguna ventana mirando a algún otro a quien Buck Tarrant le dijera que tal vez tendría que matarlo.

—Pero no lo haré —dijo Buck sonriendo de modo desagradable—. Porque me hiciste un favor. Viniste y le dijiste al sheriff lo que te indiqué, como corresponde a un maldito pastor irlandés sin agallas. ¿No es así?

Hice una señal de asentimiento. Tenía tan apretadas las mandíbulas de la indigna-

ción, que sentía estirarse la piel.

Esperó que hiciera un movimiento de ataque. Como no lo hice, se rió y se dirigió fantarronamente hacia la puerta del salón.

—Ven, irlandés —dijo por sobre el hombro—. Te invito con un trago de lo mejor.

Lo seguí, y él se dirigió al mostrador caminando pesadamente. Miró a los ojos al viejo Menner y dijo:

—Deme una botella de lo mejor que tenga en la casa.

Menner miró al muchacho, a quien había echado a punta-piés una docena de veces, y palideció. Se volvió, buscó una botella y la colocó sobre el mostrador.

—Dos vasos —dijo Buck Tarrant.

Menner colocó cuidadosamente dos vasos sobre el mostrador.

—Vasos limpios.

Menner limpió con su delantal otros dos vasos y se los puso delante.

—Usted no quiere que yo le pague esta bebida, ¿no es cierto, Menner? —preguntó Buck.

—No, señor.

—Lo único que haría con el dinero sería llevarlo a casa y gastarlo en la vaca gorda de su esposa y en los dos niños medio tarados que tiene. ¿no es así?

Menner asintió.

—¡Vamos! Ellos no valen la pena.

—No, señor.

Buck rió con desprecio, sirvió dos tragos y me alcanzó uno. Miró el salón a su alrededor y vio que estaba casi vacío: sólo Menner detrás del mostrador, un borracho dormido en una mesa cercana, y un caballero de baja estatura en ropas de ciudad que revolvió su bebida sentado a una mesa, cerca del ventanal del frente, y ni siquiera nos miraba.

—¿Dónde están todos? —le preguntó a Menner.

—Este... están en su casa, señor, la mayor parte —dijo Menner—. Hoy fue un día caluroso y...

—Pues hará más calor —dijo Buck con dureza.

—Sí, señor.

—Supongo que no quisieron sufrir el calor, ¿no?

—Así es, señor.

—Bueno, pues va a hacer tanto calor, viejo hijo de perra, que todos van a sentirlo. ¿Se entera?

—Si usted lo dice, señor.

—Puede que haga calor para usted. Y en seguida, incluso. ¿Qué le parece?

—Usted me echó de aquí un par de veces, ¿se acuerda?

—S-sí... pero yo...

—¡Mire esto! —dijo Buck... y tenía el revólver en la mano

sin que ningún movimiento hubiera sido perceptible, ni de un centímetro siquiera. Yo lo estaba mirando cuando lo hizo: su mano estaba apoyada sobre el mostrador junto a los vasos y luego, de pronto, el revólver se encontraba en ella apuntando el vientre del viejo Menner.

—Ya lo sabe —dijo Buck sonriendo al ver cómo el miedo iba ganando el rostro de Menner—, puedo poner la bala donde se me antoja. ¿Quiere verlo?

Su revólver resonó, una llama relució en la boca del caño, y en el espejo que se encontraba detrás del mostrador apareció una telaraña de resquebrajaduras que irradiaban desde un boquete redondo y negro.

Menner se quedó allí de pie, mientras la sangre que le manaba del lóbulo de la oreja alcanzada, le bajaba por el cuello.

El revólver de Buck disparó nuevamente, y el otro lóbulo quedó convertido en un rojo desgarrón.

Y el revólver de Buck quedó guardado en la pistolera otra vez con la misma velocidad con que había salido: sencillamente, no pude ver que su mano se moviera.

—Eso basta por ahora —le dijo a Menner—. Este es un buen licor y supongo que tengo que tener a alguien que me lo alcance por sobre el mostra-

dor, y usted vale tanto como el que más para hacer tareas de inservible.

Ni siquiera volvió a mirar a Menner. El viejo se apoyó contra la estantería que se encontraba tras el mostrador, temblando. Dos surcos rojos le corrían por el cuello y le manchaban el cuello de la camisa. Me di cuenta de que deseaba palparse los lugares heridos para comprobar su importancia o sencillamente para mitigar el dolor, pero temía hasta mover un dedo. Se quedó allí de pie, aturdido.

Buck miraba al hombrecito en ropas de ciudad que estaba junto al ventanal. El hombrecito había retrocedido al oír los disparos y estaba ahora sentado, la mirada fija en Buck.

Al sobresaltarse, había derramado la bebida sobre la mesa.

Buck le miró las ropas y el pequeño bigote, y se sonrió.

—Ven —me dijo recogiendo su copa y echándose a andar por el salón—. Vamos a averiguar quién es el petimetre

Tomó una silla y se sentó. Advertí que tuvo la precaución de sentarse frente a la puerta de entrada, y también, en un lugar desde donde pudiera ver por el ventanal.

Yo tomé otra silla y me senté.

—Buenos disparos, ¿no? —le dijo Buck al hombrecito.

—Sí —dijo el hombrecito—.

Muy buenos. Confieso que me sobresaltaron.

Buck rió con aspereza.

—Sobresaltaron al viejo, también... .

Levantó la voz:

—¿No es cierto, Menner? ¿No lo sobresaltaron?

—Sí, señor —respondió desde el mostrador la voz dolorida de Menner.

Buck volvió a mirar al hombrecito; dejó que su insolente mirada se paseara por el chaleco de fantasía, la corbata de moño, la aguda cara con sus bigotes, su boca estrecha y sus ojos negros. Más prolongadamente le miró los ojos, porque no parecían asustados.

Miraba al hombrecito y el hombrecito lo miraba a él, hasta que finalmente Buck desvió sus ojos. Trató de fingir que lo hacía por precaución, como si estuviera asegurándose de que nadie le dispararía de a traición, pero uno advertía que había sido vencido.

Cuando volvió a mirar al hombrecito, su ceño se había fruncido.

—¿Quién es usted, don? —preguntó—. Nunca lo había visto antes.

—Mi nombre es Jacob Pratt, señor. Me dirijo a San Francisco. Espero la diligencia de la noche.

—¿Viajante?

—¿Perdón?

Por un segundo la cara de Buck se puso fea.

—Ya me oyó, don. ¿Es usted viajante?

—Lo oí, joven, pero no lo comprendo del todo. ¿Quiere usted preguntar si soy músico? ¿Si ejecuto el tambor?

—¡No, maldito tonto! Quiero decir, ¿qué vende? ¿Antídotos contra mordeduras de serpientes? ¿Bebidas? ¿Jabón?

—¡Vaya! No vendo nada. Soy un profesor, señor.

—Bueno. El diablo me lleve —Buck lo miró con algo más de cautela—. Un profesor, ¿eh? ¿De qué?

—De psicología, señor.

—¿Qué es eso?

—Es el estudio de la conducta humana; de las razones por las cuales actuamos como lo hacemos.

Buck volvió a reír, y le salió como un gruñido.

—Bueno, profesor, quédese aquí entonces y le mostraré algunas *verdaderas* razones para que la gente actúe como lo hace. De ahora en adelante yo soy la gran razón de este pueblo... van a saltar cuando lo ordene, de lo contrario...

Tenía la mano apoyada sobre la mesa delante de sí... y de pronto en ella estaba el Peacompletar apuntando al cuarto botón del chaleco del profesor.

—¿Se da cuenta de lo que quiero decir, no?

El hombrerito parpadó.

—Por cierto que sí —dijo y se quedó mirando fijo el revólver como si estuviera hipnotizado. Raro, sin embargo seguía sin parecer asustado; sólo sumamente interesado.

Sentado allí, escuchando, se le ocurrió otra cosa también rara: cómo Buck y el profesor, ambos aproximadamente de la misma estatura, eran fuertes de modo tan diverso. Uno percibía que el profesor era fuerte por dentro, un hombre que sabía mucho, tanto de las cosas como de sí mismo; mientras que en Buck todo era exterior, todo estaba en la superficie; era un muchacho timorato en posesión de un aquíjón mortal.

Buck seguía mirando al profesor con tanta cautela como antes. Pareció vacilar por un segundo, y la boca le tembló. Luego dijo:

—Usted es un hombre instruido, ¿no? Quiero decir, usted estudió mucho. ¿No es cierto?

—Sí, supongo que sí.

—Bien... —una vez más Buck pareció vacilar. Su mano descendió hasta que el caño del revólver tocó la mesa.

—Míre —dijo lentamente—, tal vez usted pueda decirme cómo demonios...

Como no prosiguió, el profesor dijo:

—¿Sí?

—Nada.

—¿Qué iba usted a decir?

—¡Nada! ¡No iba a decir nada!

—Por supuesto que sí —dijo con calma el hombrecito.

Buck lo miró con sus ojos saltones estrechados, una vez más en los labios la afectada sonrisa de pistolero.

—¿Me va a decir lo que es cierto y lo que no lo es —preguntó suavemente— mientras lo estoy apuntando?

—¿Acaso el revólver cambia algo?

Buck dio con el pesado caño sobre la mesa.

—Yo digo que cambia muchísimo.

¡Tocl. hizo el caño.

—¿Quiere discutir?

—No con el revólver —dijo el profesor—. Siempre gana. Conversaré con usted, sin embargo, si habla con la boca y no con el revólver.

A esa altura del diálogo yo ya me sentía lleno de admiración por las agallas del profesor, y, de miedo de que una baía acabara con ellas... estaba preparado para echarme por tierra en caso de que Buck perdiera la paciencia y comenzara a desparramar plomo.

Pero de pronto el revólver de

Buck estuvo nuevamente en la pistolera. Vi que el profesor volvía a parpadear de asombro.

—Sabe una cosa, profesor —dijo Buck sonriendo con alivio—, usted tiene nervios muy templados. Tal vez usted *puede* decirme lo que quiero saber.

No miró al hombrecito al hablar. Nuevamente vigilaba a su alrededor, con aire "precavido" una vez más. Y sonriendo con aquella sonrisa al mismo tiempo. Podía advertirse que había perdido dominio: actuaba como si todo ocurriera de acuerdo con su voluntad; pero en realidad el profesor lo había vencido una vez más: palabras contra revólver; mirada contra mirada.

Ahora los ojos oscuros del profesor estaban a nivel de la derecha de Buck.

—¿Qué es lo que quiere saber?

—Esto... —dijo Buck, y el revólver estaba nuevamente en su mano. Era la primera vez que lo hacía sin que su cara perdiera sobriedad; en lugar de adquirir una expresión maligna y peligrosa, su rostro mantuvo el aire estúpido que era su expresión normal.

—¿Cómo...? ¿Sabe cómo lo *hago*?

—Bien... —dijo el profesor—: por qué no me da su propia

respuesta primero, si la tiene. Podría resultar la acertada.

—Yo, . . . —Buck meneó la cabeza—. Bueno, es como si *pensara* el revólver en la mano. Sucedió por primera vez esta mañana. Estaba en el Paso, donde hago siempre mi práctica de desenfundar el arma y deseé que pudiera desenfundar más rápido que nadie lo haya hecho nunca; deseé sacar el arma de la pistolera sin emplear ningún tiempo en absoluto. Y, —el revólver estuvo guardado en la pistolera en un abrir y cerrar de ojos— así fue como sucedió. Tenía el revólver en la mano. Ni más ni menos. Ni siquiera hice un movimiento; me estaba disponiendo a desenfundar y tenía la mano extendida delante de mí. . . . y el revólver apareció en la mano antes que supiera lo que sucedía. ¡Dios!, me sentí tan asombrado que casi me caigo.

—Comprendo —dijo el profesor lentamente—. ¿Usted lo *piensa* en la mano?

—Sí, algo así.

—¿Puede hacerlo ahora, por favor? —y el profesor se inclinó hacia adelante para poder ver la pistolera de Buck, con ojos profundamente atentos.

El revólver de Buck le apareció en la mano.

El profesor exhaló prolongadamente.

—Ahora piénselo de nuevo en la pistolera.

Al instante se encontró allí.

—No movió el brazo ninguna de las dos veces —dijo el profesor.

—Es cierto.

—Tuvo el revólver repentinamente en la mano en lugar de tenerlo en la pistolera. Y luego estuvo en la pistolera.

—Justo.

—Telekinesia —dijo el profesor casi con reverencia.

—¿Tele qué?

—Telekinesia: el movimiento de objetos materiales provocado por fuerza mental.

El profesor se echó hacia atrás y examinó el revólver enfundado.

—*Debe ser eso*. Apenas me atreví a pensarlo al principio. . . . la primera vez que lo hizo. Pero se me ocurrió. Y ahora estoy virtualmente seguro.

—¿Cómo dice que se llama?

—T e l e k i n e s i a.

—Eucuro. ¿Y cómo lo *hago*?

—Eso no puede contestárselo. Nadie lo sabe. Fue objeto de muchos experimentos, y hay muchos casos registrados. Pero nunca oí de un ejemplo ni remotamente tan impresionante como este.

El profesor se echó nuevamente hacia adelante.

—¿Puede hacerlo con otros objetos, joven?

—¿Cuáles otros objetos?

—Esa botella que está sobre el mostrador, por ejemplo.

—Nunca lo intenté.

—Inténtelo.

Buck miró fijamente la botella.

Se movió. Sólo un poco. Se meneó y volvió a asentarse.

Los ojos saltones de Buck se concentraron más aún.

La botella se sacudió. Eso fue todo.

—¡Diablos! Parece que no puedo... que no puedo *apoderarme* de ella con la mente como me apodero de mi revólver.

—Trate de mover ese vaso —dijo el profesor—. Es más pequeño y está más cerca.

Buck miró el vaso. Este se trasladó un centímetro por sobre la superficie de la mesa. No más.

Buck gruñó como un perro y le dio con la mano al vaso, que fue a parar al medio del cuarto.

—Posiblemente —dijo el profesor al cabo de un instante— puede usted hacerlo con el revólver porque lo *desea* tanto. La fuerza de su deseo libera... o crea, las fuerzas psíquicas necesarias para ejecutar el acto.

Hizo una pausa y pareció reflexionar.

—Joven, trate de transportar

el revólver a... al mostrador, digamos.

—¿Para qué? —preguntó con desconfianza Buck.

—Quiero ver si la distancia constituye un factor en lo que concierne al revólver. Si puede colocar el revólver tan lejos de usted o si el poder sólo opera cuando quiere tener el revólver en la mano.

—No —dijo Buck con voz desagradable—. Que me condene si lo hago. Puede que traslade el revólver allí y no pueda traerlo de vuelta y entonces usted saltaría sobre mí... ustedes, los dos. No tengo intenciones de hacer muchos experimentos, gracias.

—Bueno —dijo el profesor como si no le importara—. Se lo había propuesto por razones exclusivamente científicas...

—Sin duda —dijo Buck—. Sin duda. Sólo que no se siga poniendo científico o voy a hacer el experimento de ver cuántos agujeros puede recibir su cuerpo antes de morir.

El profesor se echó en la silla y miró fijamente a Buck en los ojos. Al cabo de un segundo Buck apartó la mirada con el ceño fruncido.

Por mi parte, no había dicho una palabra en todo el tiempo, y no iba a hablar ahora.

—Me pregunto dónde estará ese maldito sheriff gallina —di-

jo Buck. Miró por el ventanal y se volvió luego con esperanza hacia mí.

—Dijo que vendría, ¿no?

—Sí.

Cuando se me preguntaba respondía.

Nos quedamos sentados en silencio por un instante.

El profesor dijo:

—Joven, ¿querría venir conmigo a San Francisco? Mis colegas y yo nos sentiríamos sumamente agradecidos de tener la oportunidad de investigar ese extraño don que usted tiene... estaríamos incluso dispuestos a pagarle y...

Buck se echó a reír.

—¡Vaya! ¡Diablos! ¡Tengo intenciones más importantes que esa, don! *Realmente* importantes. ¡No hay hombre viviente que no pueda batir con el revólver! Voy a superar a Billy the Kid... a Hickock... a todos! ¡Voy a tener más reputación que todos ellos juntos! ¡Vaya! Cuando entre en un salón me van a ofrecer bebida. Entro en un banco y me ceden el lugar. Ningún agente de la ley se encontrará junto conmigo en el mismo pueblo, desde Canadá hasta México. ¡Diablos! ¿Qué puede usted darme, pequeño petímetro?

El profesor se encogió de hombros.

—Nada que lo satisficiera.

—Exacto.

De pronto Buck se puso rígido y miró por el ventanal. Se puso de pie y nos miró fijamente con sus ojos saltones.

—Randolph se acerca por la calle. Ustedes dos manténganse quietos y tal vez (sólo tal vez) les permitiré vivir. Profesor, quiero seguir hablando sobre ese asunto de la telekinesia. Tal vez puedo llegar a ser más veloz de lo que soy o a controlar las baías mejor a larga distancia. De modo que *quédese* aquí. ¿Entendido?

Se volvió y se dirigió a la puerta.

El profesor dijo:

—No está en sus cabales.

—Chiflado como un caballo desbocado —dije yo—. Hace mucho que está así. Un feo cangrejo que lo odia todo; y ahora tiene control de las riendas y hay algunos que van a ser arrojados.

Lo miré con curiosidad.

—Mire, profesor... ese asunto de la telekinesia... ¿no tiene trampas?

—Absolutamente ninguna.

—¿Piensa el revólver en la mano sin más ni más?

—Exactamente.

—¿Con mayor velocidad que nadie?

—Inconcebiblemente más rápido. El elemento tiempo no interviene casi.

Me puse de pie sintiéndome peor de lo que me había sentido jamás.

—Venga —dije—. Veamos qué pasa.

Como si cupiera alguna duda sobre lo que debía suceder.

Salimos a la galería y nos acercamos a la baranda. Detrás de nosotros oímos que Menner salía también. Miré por sobre el hombro. Se había atado una toalla alrededor de la cabeza. A través del lienzo manaba la sangre. Miraba a Buck con un odio total.

La calle se encontraba desierta, a no ser por Buck, de pie a diez metros de distancia y, en un extremo alejado, el sheriff Ben Randolph, que se le acercaba lentamente, plantando un pie delante del otro en el polvo.

Unos pocos hombres se encontraban en las galerías, apretados contra las paredes y cerca de las puertas en su mayoría. Nadie estaba sentado ahora: todos listos para desaparecer, si el plomo se ponía bravo.

—¡Maldición! —dije con voz baja y furiosa—. Ben es demasiado buen hombre para que se lo mate así. Por un chiquillo estúpido que tiene un disparado modo psicológico de empuñar el arma.

—¿Por qué —preguntó el pro-

fesor— no forman un grupo y lo enfrentan? Diez revólveres contra el suyo. Tendría que rendirse.

—No, no lo haría —dije—. No es así cómo funciona. Nos desafiaría a cualquiera de nosotros a que fuera el primero en intentar detenerlo... y ninguno de nosotros sacaría ventaja sobre él. Un grupo semejante no significa nada... sería cada hombre por separado contra Buck Tarrant, y ninguno de nosotros vale tanto.

—Comprendo —dijo el profesor suavemente.

—Dios... —cerré tan fuerte los puños, que me dolieron—. ¡Ojalá pudiéramos pensar su revólver en la pistolera o algo por el estilo!

Ben y Buck se encontraban a veinte metros el uno del otro ahora. Ben se acercaba resuelto, la mano sobre la culata del revólver. Ben manejaba el revólver con habilidad; hacía mucho tiempo que nadie de los alrededores lo desafiaba. Pero la rivalidad era desproporcionada en este caso, y él lo sabía. Supongo que su sola esperanza sería que el primer disparo o el segundo de Buck no lo matara, y que él acertara antes que Buck pudiera seguir haciendo fuego.

Pero la puntería de Buck era

muy buena, ¡qué diablos! Sencillemente no erraría.

El profesor miraba a Buck con una extraña expresión en los ojos.

—Habría que detenerlo —dijo.

—Deténgalo, entonces —dijo con amargura.

—Después de todo —musitó—, si la habilidad de realizar telekinesia yace dormida en todos nosotros y es liberada por la fe y un deseo intenso de llevar a cabo algo que sólo puede lograrse por ese medio..., nuestro deseo de detenerlo podría entonces contrarrestar su deseo de...

—Maldito sea usted y todo su palabrerío —dijo con aspereza.

—La idea fue suya —dijo el profesor mirando todavía a Buck—. Lo que usted dijo de pensar su revólver en la pistola..., después de todo *somos* dos contra uno...

Me volví y lo miré fijamente, oyéndolo en realidad por primera vez.

—Sí, es cierto... ¡Yo dije eso! ¡Dios mío...! ¿Cree que *podríamos* lograrlo?

—Podemos intentarlo —dijo—. Sabemos que *puede* hacerse, y evidentemente eso constituye las nueve décimas partes de la batalla. El puede hacerlo, de modo que también nosotros de

beríamos poder. Debemos querer que *no*, más que él que *sí*.

—¡Dios! —dijo—. Me pregunto...

Ben y Buck se encontraban ahora a diez metros uno del otro, y Ben se detuvo.

Su voz denotaba fatiga cuando dijo:

—Cuando quieras, Buck.

—Usted es un sheriff de porquería —se burló Buck—. Usted es un infecto bastardo.

—Insúltame hasta que te hartes —dijo Ben—. No me ofende. Estoy listo para cuando comiences a hablar con los revólveres.

—Ya estoy listo, melón —Buck se sonrió—. Desenfunde primero, ¿quiere?

—*¡Piense en su revólver!* —dijo el profesor en un leroz susurro—. Trate de aferrarlo con su mente..., quiebre su objetivo..., quíteselo... *¡Usted sabe que puede hacerse! ¡Piense, piense...!*

Jamás, hasta aquel momento, Ben Randolph había desenfundado primero. Pero ahora lo hizo, y supongo que nadie podría reprochárselo.

Le dio a la culata, con el rostro ya muerto..., y el Peacemaker estaba ya en la mano de Buck...

Y yo y el profesor estábamos de pie como estatuas en la galería de Una Vez Más, pensando en ese revólver, mirándolo

lijamente, con los puños cerrados, con la respiración detenida en la garganta.

El revólver apareció en la mano de Buck y se balanceó justo al soltarse el percutor. La bala hizo saltar el polvo a los pies de Ben.

El revólver de Ben estaba a medias desenfundado.

El caño del revólver de Buck apuntaba el suelo, y tales eran sus esfuerzos por levantarlo que su mano se puso blanca. Disparó una bala al polvo que rodeaba sus pies y comenzó a gemir.

El revólver de Ben apuntaba.

Buck se disparó en el propio pie.

Entonces Ben le disparó una vez en el codo derecho y otra vez en el hombro derecho. Buck gritó y dejó caer el revólver con los brazos abiertos, y Ben, que era un hombre entero, le atravesó la mano derecha con una bala, y con otra la izquierda. después.

Buck se sentó en el polvo esparciendo sangre a su alrededor, y se puso a berrear cuando nos acercamos para asirlo.

El profesor y yo le contamos a Ben Randolph lo que había sucedido. A nadie más se lo contamos. Creo que Ben nos creyó.

Buck pasó dos semanas en la cárcel del pueblo y un año en la penitenciaría del Estado por

haber atentado contra Randolph, y nadie lo ha visto desde entonces, hace ya seis años. No sé qué fue de él, ni me preocupa mucho. Supongo que trabaja como vaquero en alguna granja; de cualquier manera, le envía dinero a su madre de vez en cuando, por lo que debe de haberse domesticado algo y haber madurado, además.

Mientras estuvo en la cárcel del pueblo, el profesor habló mucho con él; demoró su viaje para ello.

Una noche me dijo:

—Tarrant no podrá hacer nunca más nada igual. Ni siquiera con la mano izquierda. El duelo le destruyó la fe en su habilidad para hacerlo... Yo, por mi parte, acabé con todas las preguntas que podía hacerle, supongo. Uno no puede pensar mucho en algo así.

El profesor se fue a San Francisco, donde está realizando algunos interesantes experimentos. O tratando de realizarlos. Porque conserva el recuerdo de lo que sucedió aquel día, pero, como Buck Tarrant, no tiene ya la habilidad de hacer algo semejante. Me escribió un par de veces, y parece que desde entonces no pudo hacer ninguna otra telekinesia. Lo intentó mil

veces y no pudo siquiera mover una pluma.

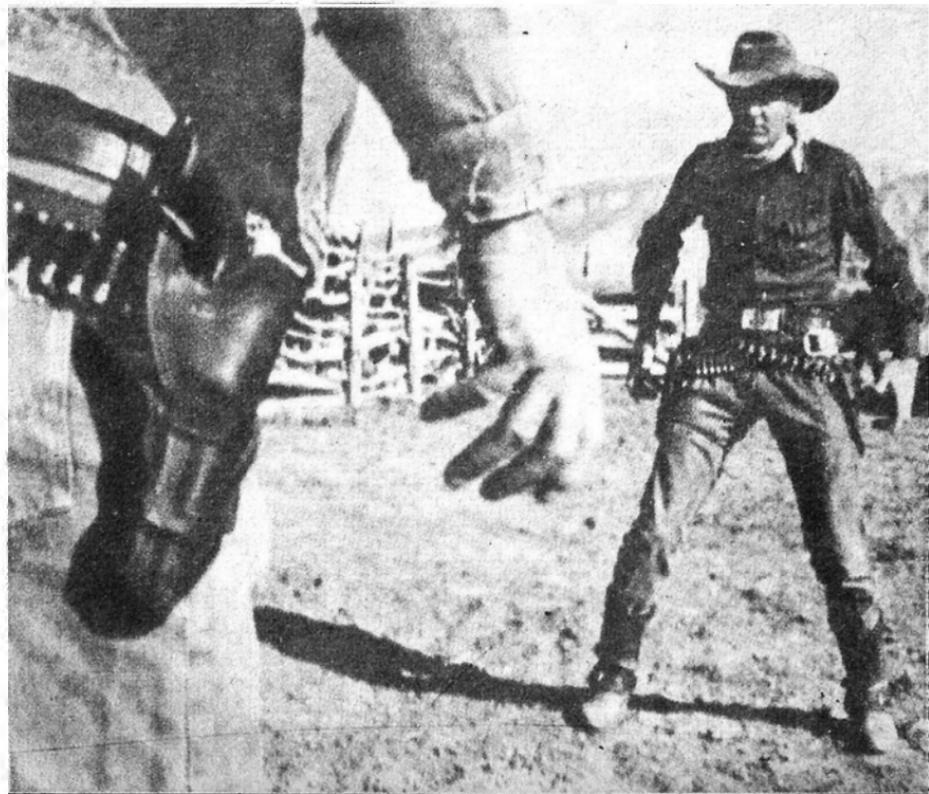
De modo que imagina que en realidad fui yo solo el que le salvó a Ben la vida e interceptó a Buck.

Me lo pregunto. Tal vez el profesor sabe demasiado para no ser algo escéptico, incluso sobre aquello que vio. Tal vez el modo como considera las cosas y trata de hallarles razón entorpece su fe.

De todas maneras, quiere que vaya a San Francisco para ex-

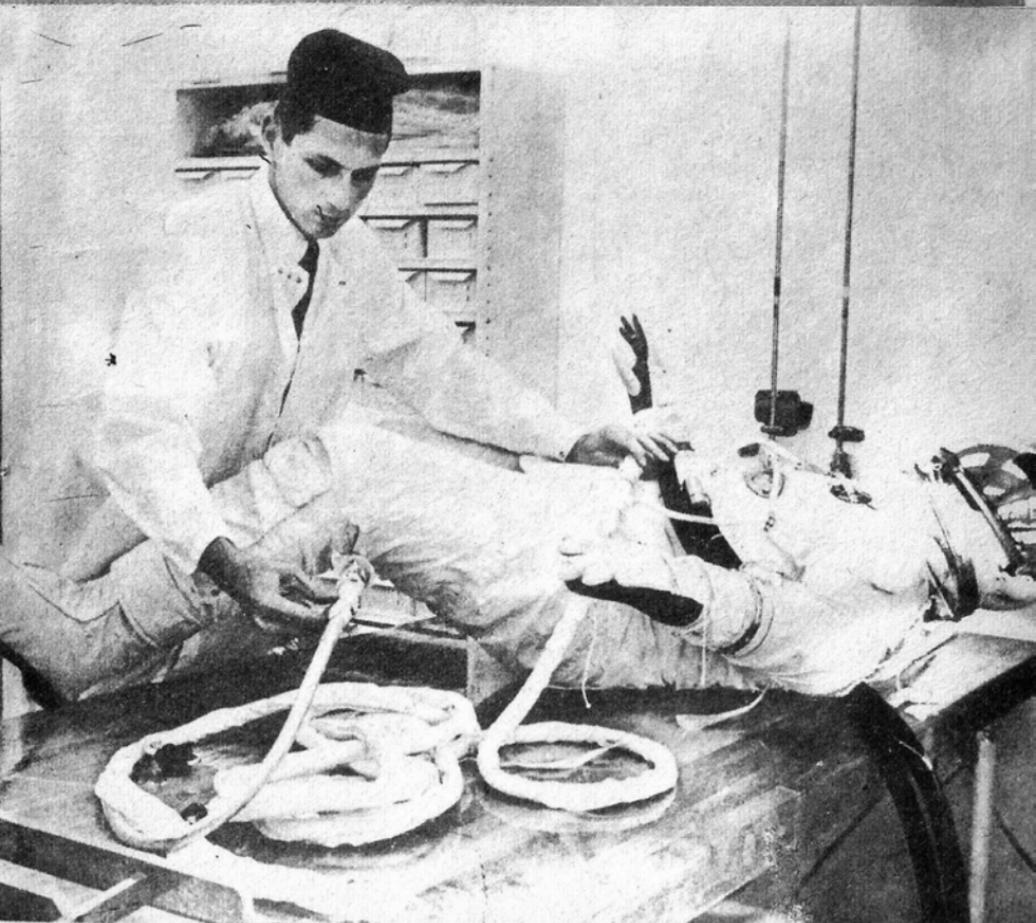
perimentar conmigo. Tal vez algún día lo haga. Puede que resulte divertido, si mi trabajo me deja tiempo.

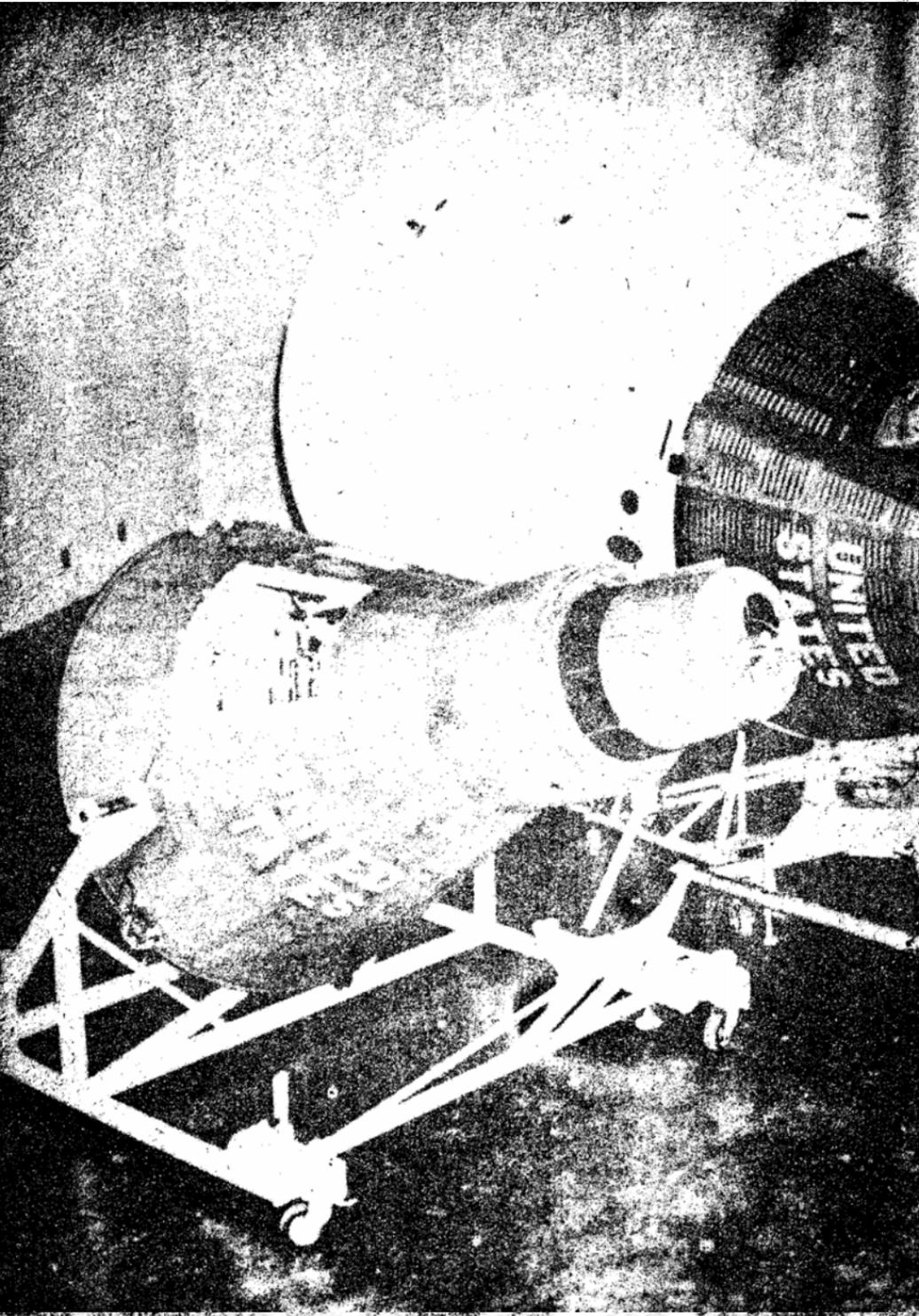
Yo tengo mucha fe, ¿comprenden? Aquello que veo, lo creo. Y cuando Ben se retiró el año pasado, yo ocupé el cargo de sheriff. . . , porque soy el que maneja con mayor velocidad el arma por estos lugares. O, para decir verdad, en el mundo. Probablemente, si no fuera pacífico, sería famoso o algo por el estilo.



Micrometeoritos

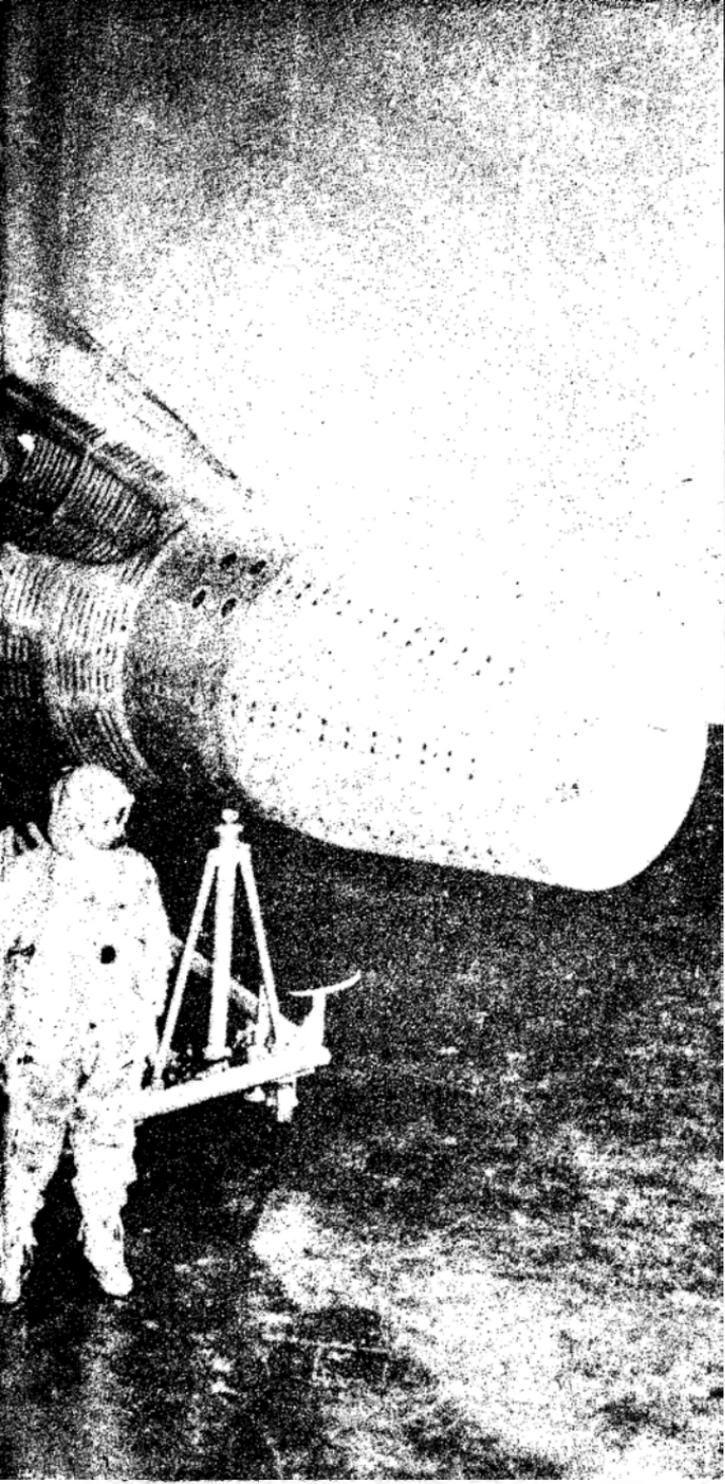
Un técnico de la NASA revisa por última vez el "cordón umbilical" (8 metros) que abastecerá de oxígeno al traje espacial de White. Si se piensa cuantas de estas revisiones debieron soportar todas y cada una de las partes del traje puede decirse con razón que nunca dependió de tantos la vida de uno solo.





LA PRECURSORA

v la primera càpsula Gémínia



*Una trampa dentro de la trampa
dentro de la trampa...*

*La especie humana, en su expansión
por el Universo, deberá enfrentar a
los más insólitos de los seres.*



el planeta pani

—¿Se rompió? —preguntó Ieska, el intérprete Pani, con mucha ansiedad.

—¿Qué se rompió? —el coronel Zornig se volvió de mal humor—. ¿Cómo has llegado aquí? No te permitiremos permanecer aquí en este momento. Nuestros guardias están en sus puestos.

—Es divertido eludir vuestros guardias —dijo Ieska—. Es una trampa para nosotros. El mecanismo del hombre, ¿se rompió?

—Nuestro compañero y comandante está muerto —dijo el coronel Zornig—. ¿Comprendes la palabra?

—Seguro. Se rompió, como yo dije. ¿No tienen partes para armarlo?

—No hay partes que sirvan. Uno se muere para siempre.

—Mal ideado. Dámelo a mí. Quizás yo pueda arreglarlo.

—No, tu presencia aquí en este momento resulta grotesca, Ieska. Incluso he ordenado a los demás hombres que se retiraran. Quiero estar con mi amigo que está en el cajón. Una vez más te pido que te va-

yas, o te sacaré de malas maneras.

—Si no tratan de arreglarlo, ¿qué hacen ahora con él?

—Enterraremos al general Raddle, nuestro comandante, con ritos simples y un gran pesar por su pérdida.

—¡Qué de palabras, socio! ¿Qué quiere decir enterrar?

—¿Debo dar explicaciones a un insecto? Hemos colocado a nuestro compañero en este cajón y lo dejaremos bajo tierra. Lo cubriremos con el simple polvo de este planeta y allí lo dejaremos para siempre.

—¿Y así se arreglará eso? ¿Cómo?

—Por supuesto que no se arreglará eso... a él... el general Raddle. Está muerto. Vete ahora, Ieska. Me siento muy inhibido ante la muerte de mi comandante. Tengo un mal antojo dentro mío, y debo dejarlo salir.

—Si lo vas a hundir en la tierra, mejor dame la cosa a mí. Si no la puedo arreglar, siempre quise saber cómo estaba armada una de vuestras cosas.

—Trataré de explicártelo una

vez más, Ieska. Es nuestro compañero el que ha muerto. No podemos entregártelo. Debemos meterlo en la tierra y sentimos mucho pesar por su muerte. ¿Sabes lo que quiere decir pesar?

—Comprendo que eres egoísta, hombre coronel. Eres como el perro del hortelano de vuestro proverbio. La cosa está rota y no podéis arreglarla. La enterraréis en la tierra para nada, pero no me la daréis. Podría divertirme jugando con vuestra cosa rota. Creo que sé algo que podría hacer con ella. ¿Veremos para qué sirve vuestro egoísmo!

Ieska, el narrador y el intérprete de los Pani, se fue de un humor que quizás fuese la ira.

Había relatos contradictorios acerca del planeta Pani y de su población. El lugar podía parecer un hallazgo extraño, y había sido visitado por seres humanos y de otro tipo, aunque nadie lo había reclamado en forma permanente.

Y toda explicación que pudiera proporcionarse acerca de los habitantes de Pani podía no ser válida en el momento siguiente. Eran como el mercurio, por la forma en que eran estúpidos y luego astutos. No habían hecho nada con su mundo.

¿Eran realmente inteligentes? Todavía se discutía aquello, pero ya se aceptaba que lo eran. Como ejemplo, ahí estaba el caso de Ieska. Después de todo, a su propia manera era sin ninguna inteligencia, y se tenía por el más estúpido de los panis. Una vez el doctor Mobney le preguntó cómo había llegado a ser el narrador y el intérprete de los panis.

—No podía ser otra cosa —dijo Ieska—. Soy demasiado panzón para ser leñador, me agito demasiado pronto como para ser cazador, soy demasiado débil como para ser mandadero, me falta talento para ser truhán y soy demasiado tonto como para ser granjero, y demasiado falto de talento como para ser un mimo... ¿Qué otros oficios hay aquí? Creedme, hombres cosas. Me avergüenzo de mi baja posición. Pero ¿qué otra cosa puedo hacer?

—¿No encuentras difícil nuestro idioma? —le había preguntado el doctor Mobley—. El de ustedes nos resulta imposible.

—No. El vuestro es un poco como el habla de los niños. No tiene sino ruido. Cualquiera puede hacer ruido. Ustedes debieran conocer la forma en que hablan algunas cosas; el habla del olor, el código de la tem-

peratura de la piel, el lenguaje de las fluctuaciones magnéticas, el idioma de la luz de las cosas, el de la imagen mental. El vuestro es el más fácil de todos. Nada más que ruidos. Cualquiera puede hacer ruido.

Sí, Ieska era inteligente a su manera, y era un pani. Pero los pani no habían ido más allá de la edad de piedra —o del vidrio volcánico— en sus instrumentos. Malditas criaturas de Pani. Un buen hombre había muerto, y ¿quién podía pensar en ese momento en insectos o bestias? El general Raddle estaba muerto, y ninguna expedición había tenido un jefe mejor.

Había sido, por una razón, un maestro de la estrategia. La prueba de un gran estratega reside en que su última acción debe ser la correcta. A veces parecía que todas las acciones que realizaba el general Raddle eran incorrectas. Pero su última acción en una campaña era siempre la que debía ser, y esto convertía a todas sus acciones anteriores no sólo en correctas, sino en necesarias. Tenía un espíritu tortuoso que iba siempre al nudo de las cosas... pero a un nudo que sólo era comprendido después. ¡Cómo los había salvado él, una y otra vez, cuando todo parecía perdido!

¿Quién los conduciría ahora?

El coronel Zornig era un buen hombre, pero ahora tenía el humillante sentimiento de que, al tratar con los desconcertantes habitantes de Pani, todas las acciones debían ser las correctas hasta llegar a la acción final. Porque ¿qué ocurriría si la última fuese equivocada y tornase erróneas a todas las anteriores? Sus dudas alimentaron su furia cuando Ieska entró nuevamente en su nido, sin considerar para nada las prohibiciones; estaba visto que los guardias nunca podrían mantener alejada a esa criatura.

—¿Qué ocurrirá si nosotros lo sacásemos de su pozo en la tierra, hombre coronel? —preguntó Ieska de pronto—. ¿Qué ocurriría si después de todo pudiésemos arreglarlo? Sé que eso puede hacerse, porque vuestros propios mecanismos humanos lo han hecho. Tenéis la leyenda de los *zombies*, que se rompió y se los volvía a armar.

—¡*Zombies*, maldita sea! Los *zombies* son sólo una superstición, Ieska —dijo el coronel Zornig con más paciencia de la que tenía—. Las personas inteligentes no creen en tales cosas. ¿Comprendes lo que es una superstición, Ieska?

—Más que eso, comprendo las supersticiones acerca de las

supersticiones. Aquel que dice que no es supersticioso, coronel, ese sí que lo es. Espera y aprenderás, hombre coronel.

Ellos enterraron al general Raddle. Alrededor de la nueva tumba se reunieron el coronel Zornig, el doctor mayor Mobley, los mayores Wister, Mountain, Crowell, Crocker, Dutton; todos los buenos amigos. Dijeron amables palabras acerca del general muerto y así lo pensaban. Lo depositaron allí en su tumba y colocaron una guardia constante en ella.

El comando estaba ahora en manos del coronel Zornig, y él manejaba las cosas bien y con rapidez.

No era un cargo de rutina, por más que lo pareciese. Los hombres de la expedición anterior habían muerto en su totalidad. Había rastros de otras expediciones realizadas por especies distintas. Pero no había allí ningún establecimiento permanente y nadie proclamaba su dominio en forma perdurable. Algo solía ocurrirles a los visitantes del planeta Pani.

El coronel Zornig mimaba a los panis menos que el general Raddle. El los controlaba estrechamente. Pani era un rico planeta. Los hombres no podían permitir que su exploración fuese dificultada por el

resentimiento de esas personas-animales. Los panis eran traicioneros, eran también intrigantes. No tenían otras armas que los cuchillos de vidrio, pero éstos eran agudos. Los panis podían matar a un hombre con ellos si estaba lo bastante cerca, y tenían el hábito de escabullirse entre los guardias como si estuviesen hechos de niebla y se acercaban hasta tornarse incómodos.

El problema militar era simple: levantar una empalizada y mantenerla; infiltrarse y no permitir que se le infiltrasen a uno, evitar los problemas desde el principio.

Pero los panis parecían no comprender. Por esa razón se supuso que comprendían demasiado bien. Estaban en todo. Y tan patéticos y simples que parecían si se los reprendía...

El coronel Zornig estableció castigos para demostrar que estaba decidido a que los panis se quedasen en sus lugares. No sabía si esto tendría consecuencias. Los panis se reían cuando eran azotados, y se reían a causa de ello.

—¿No tienen tus semejantes sentido del dolor? —preguntó el coronel.

—Hombre coronel, es indudable que la cosa no nos gustó —dijo Ieska.

—Pero se rien cuando los golpean.

—La sonrisa feliz es una convención de ustedes. Para nosotros no tiene el mismo significado.

—¿Qué significa entonces?

—Quiere decir “llegará un día, hombres cosas, llegará un día”.

Así el coronel supo que todavía podían esperarse problemas de los panis.

No esperó. Enfrentó los problemas para resolverlos. Descubrió las sociedades secretas de los panis y las destruyó. Apresó a los dirigentes. Trasladó a doscientos de ellos a una isla que nunca habían habitado. No tenían forma de retornar a sus tierras. Les retiró los cuchillos a todos, con excepción de algunos granjeros, que los necesitaban para cortar la caña. Eso sí, los marcó con números; debían ser devueltos todas las noches o la vida del propietario registrado sería el precio, y se establecía la pena de muerte para todo aquel paní que poseyese un cuchillo no registrado. Marcó un círculo de doscientos cincuenta metros alrededor de la guarnición y se impuso la pena de muerte a todo paní que fuese hallado dentro de este círculo sin la autorización y escolta de un guardia. Estableció como límite de propiedad una choza

para cada cuatro panis y destruyó la cuarta parte de sus alimentos acumulados.

—Esto no es un castigo por lo que habéis hecho —les dijo a través de Ieska. —Es un castigo por lo que no debéis hacer. Al primer movimiento en falso destruiremos a la cuarta parte de vuestras criaturas, como hemos destruido la cuarta parte de vuestros alimentos y viviendas. Al segundo movimiento en falso os destruiremos a todos.

Los panis se quedaron entonces muy quietos, pero parecían guardar resentimiento. Eran personas muy extrañas. Cualquiera hubiera acabado por pensar que los comprendía.

—¿Qué son esas fotos? —preguntó un día Zornig al fotógrafo de la expedición.

—Oh... son fotos de los panis —dijo el hombre.

—Pero no son así —replicó el coronel.

—No, en realidad no son así. Pero ¿cuál es su verdadero aspecto, coronel? En el momento en que se tomó esta foto tenían este aspecto.

¿Qué aspecto tenían en realidad? ¿Qué eran en verdad,

—Creo que todos mis movimientos hasta el momento han sido correctos —dijo Zornig al doctor Mobley. —¿No los he aquietado? —preguntó.

—No los aceptarán —dijo el

doctor Mobley.—Creo que ahora harán algo tan extraño que usted difícilmente podrá culparlos a ellos, y ni siquiera se enterará cuando ocurra.

—No olvide que nuestros contrincantes están apenas en la edad de piedra —dijo Zornig.— ¿Qué podemos temer?

Los panis hicieron entonces algo tan extraño que el coronel Zornig no pudo culparlos y no estuvo seguro de que lo habían hecho cuando la cosa ocurrió.

Rebaron el cuerpo del general Raddle.

O quizás no lo hicieron. La tumba estuvo vigilada durante todo el tiempo y los panis no se acercaron a ella. Pero la tierra parecía removida y el coronel Zornig tuvo un momento de indescriptible pánico. Ordenó que se la abriese. El ataúd estaba allí en la floja tierra. *Pero el cuerpo del general no estaba en el ataúd.*

II

Uno de los sargentos buscó al coronel Zornig unos días después. El hombre había aprendido algo del idioma de los panis y a menudo se lo enviaba para que les comunicase una cosa u otra. Era el que mejor los comprendía entre todos los hombres. El sargento transmitió al coronel Zornig el rumor de

que los panis *tenían* el cuerpo del general Raddle y de que ellos trataban de arreglarlo, para devolverle la vida.

—No hable con nadie acerca de esto —le dijo el coronel.

—Me dedicaré ahora a esperar—se dijo Zornig.— Esto los tendrá ocupados. El general Raddle tenía un humor socarrón y no creo que le aflija la profanación de su cadáver. Mientras tratan de reanimar el cuerpo, no dispondrán de tiempo para dedicarse a las conspiraciones. Entre tanto imaginaré un castigo apropiado. Las pequeñas bestias esta vez están en mis manos.

Algunos días después el hombre que había aprendido algo de paní volvió para informar que había oído decir que los panis habían logrado algún éxito en su labor destinada a reanimar al general Raddle, que el cadáver ahora estaba sentado y podía hablar algo, y que pronto podría nutrirse. Zornig reaccionó.

—Los insectos te están dominando, hijo mío —cacareó—. ¿Qué clase de supersticioso patán eres para ser engañado por insectos?

—No, creo que hay algo de verdad en todo eso —insistió el sargento. Y pasados dos días el hombre informó que sus amigos panis le habían dicho que

el cuerpo del general Raddle ya podía caminar y comía bien, y que pronto estaría completamente arreglado.

Entonces el hombre fue encerrado en la prisión militar por dejarse engañar por cosas que no llegaban a ser humanas.

Una mañana el mayor Crocker fue hasta el coronel Zornig. El hombre estaba pálido como la muerte y no podía dominar sus piernas; boqueaba como alguien que en una pesadilla trata de gritar y no lo logra.

El doctor Mobley llegó tambaleándose. Estaba fuera de sí. Nunca había comprendido totalmente a los paris. Ahora estaba aterrizado.

Los mayores Wister y Crowell llegaron a los tropezones en una condición similar de terror.

Zornig no pudo sacar nada de sus subordinados.

—Debo descubrir qué es lo que aflige a los tontos —refunfuñó el coronel Zornig. —El terror es contagioso, no puedo permitir que mi comando se espante por semejante tontería.

El terror es contagioso. El coronel Zornig lo comprendió. Lo que vio le heló la sangre en sus venas. Perdió el control de sus piernas. El mismo fue el hombre de la pesadilla que trata de gritar y no logra emitir ningún sonido.

Lo que vio fue simplemente

el general Raddle.

El general Raddle no tenía buen aspecto. Nunca lo había tenido. Pero por lo menos estaba allí.

—Coronel Zornig —refunfuñó secamente el general Raddle,— quiero ver mi certificado de defunción. Crey que se trata de un error.

—Coronel Zornig —dijo el general Raddle tras sentarse en su oficina y examinar su certificado de defunción durante un largo minuto —arreste al doctor Mobley.

—Arrestar al doctor Mobley. ¿por qué?

—No tengo la costumbre de dar explicaciones a mis subordinados, —dijo Raddle. Luego sonrió amargamente. —Pero esta vez lo haré. El doctor Mobley sabe que yo sufro de ataques de catalepsia. Nadie más lo sabe; no se me hubiera dado el comando si se supiese. No tengo buena salud, pero no sufro de la enfermedad que acá se da como causa de mi deceso. *El doctor Mobley sabía que yo no había muerto.* El ordenó que se me enterrara vivo.

—Pero general, *usted no puede haber vivido todo este tiempo.*

—Estoy acá, ¿no es cierto?

—Pero estuvo en la tumba durante diez días. Ningún cata-

léptico puede sobrevivir a eso.

—No estuve en la tumba. No estaba en el ataúd cuando me enterraron. Los panis son astutos, pero no tanto. No pueden haberme sacado de la vigilada tumba. Hubo un hundimiento de la tierra sobre la tumba. Entonces ustedes abrieron el ataúd y descubrieron que yo no estaba en él. Pero los panis hicieron el robo antes. Después de que ustedes cerraron el ataúd y alejaron a los demás, Ieska los distrajo. Me robaron a las espaldas de ustedes y colocaron en el cajón el peso equivalente en tierra, y volvieron a cerrarlo. Se movieron con tan poco ruido como el que hace el humo.

—¡Dios Santo! Tenía usted conciencia.

—Yo estaba en coma. Podía oír perfectamente y sentir los movimientos. Los panis comprenden a la muerte. Ellos sintieron que yo no estaba muerto, que estaba enfermo, roto. No podían entender que ustedes no trataran de curarme —arreglarme—. Querían tratar de arreglarme, y creían que podían hacerlo. Hay elementos de genuina medicina mezclados en sus supersticiones. Y ellos me arreglaron... con la ayuda del tiempo y de mi propia constitución.

—¿Está... está usted seguro?

—Estoy seguro de que estoy aquí, coronel Zornig. ¡Déjese de boquear como un pescador!

En pocas horas, el general Rodde dio un sentido opuesto a todas las medidas del coronel Zornig. En particular dio órdenes para que Ieska no fuese molestado. Mantuvo al doctor Mebiey en prisión con severidad, acusándolo de intento de asesinato.

—Los panis son gente buena — dijo el general al coronel Zornig— y me han salvado la vida. Fui demasiado duro con ellos antes, y usted ha sido una docena de veces más duro. Los vamos a resarcir totalmente. Coronel, desorganice por completo a la guardia regular.

—Eso va contra las órdenes establecidas para la expedición.

—No. Habrá una guardia especial. Existen disposiciones respecto de ello.

—¿A quién destinaré a la guardia especial y qué diferencia tendrá ésta con la regular?

—Usted no destinará a nadie a ella. Yo me ocuparé totalmente de eso. Yo mismo pondré algunos hombres en la guardia. Solo yo sabré quiénes son. No parecerá que están de guardia, pero estarán alertas. Estoy siguiendo una corazonada y siempre he tenido suerte con ella.

—Su corazonada puede pro- otros, general. Recuerde que otros, general. Recuerde que encontramos a todos los miembros de la anterior expedición muertos.

—Sí. Un desafortunado episodio.

—El doctor Mobley dice que la causa de las muertes fue un sutil veneno.

—¿Tan sutil que él no pudo encontrarlo? El doctor Mobley tiene un odio patológico a los panis. Trató de matarme a causa de que yo los trataba demasiado bien. Estas personas serán muy amigas nuestras si los tratamos bien. No tratan de engañarnos de ninguna manera.

—General —dijo inútilmente el coronel Zornig— existe la opinión— y yo soy partidario de ella— de que los panis son en su mayor parte las más embusteras, malignas, de doble faz, intrasigentes, traidoras y despiadadas criaturas que han existido nunca. Se cuenta que no solo han asesinado a los integrantes de la expedición anterior sino también a los enviados por media docena de civilizaciones distintas. Han jurado matar a todos aquellos que lleguen hasta su mundo. ¿Por qué sino no se ha colonizado un planeta tan promisorio?

—Creo que ninguna otra expedición —si hubo alguna ade-

más de la anterior de seres humanos— comprendió las promesas que contenía este lugar.

—Las expediciones exploratorias siempre comprenden las promesas de un lugar. No somos una excepción ¡Los panis han matado mediante engaños a todos los que llegaron hasta aquí!

—Coronel Zornig, ¿quién será el que le ha dado la idea de que los panis son las criaturas más embusteras, malignas, despiadadas que se haya encontrado nunca? —preguntó el general Raddle.

—Oh... bien. Creo que fue el doctor Mobley.

—¡Nuevamente el enloquecido doctor! No discutamos más, Zornig.

III

El general Raddle siempre había estado en lo justo, y muchas veces había parecido que ejecutaba acciones equivocadas hasta el movimiento final.

Un hombre debe confiar en la capacidad de alguien. El coronel Zornig debía confiar en la capacidad de juicio del general Raddle, puesto que ya no podía confiar en la del suyo propio. Todo lo que ocurría lo fastidiaba, pero debía seguir adelante.

Y tenía que soportar a Ieska,

quien ahora tenía mayor libertad que nunca. Era preciso soportar a todos los panis. Aparentemente, habían olvidado el duro tratamiento que se les había dado antes y se mostraban de lo más cooperativos.

En apariencia, el general Raddle estaba en lo justo acerca del doctor Mobley. El hombre, tras soportar el encierro se había convertido en poco más que un vegetal. ¡Decía morir a causa del sutil veneno de los panis! Señalaba a las rocas y las malezas que lo rodeaban y decía que los panis estaban emboscados allí. Insistía en que si los panis eran capaces de levantar un muerto, podían hacer cualquier cosa. Y el doctor Mobley no aceptó la explicación del general Raddle.

—Por supuesto que estaba muerto —se quejaba el médico.—Yo certifiqué su muerte, ¿no es así? ¿Acaso lo maté yo, respóndame, Zornig? ¿Acaso lo he enterrado vivo? Bien, es posible que lo haya hecho. Uno se olvida de las cosas... me hubiera gustado hacerlo nuevamente.

Y el planeta se mostraba más promisorio cada día, y sus habitantes más dispuestos a cooperar.

A veces parecía que una campana sonaba a miles de kilómetros de distancia; sin embar-

go, el coronel Zornig sabía que ésta sonaba en su cabeza, y que no podía ser silenciada.

El hombre que había aprendido a hablar el idioma de los panis, fue hasta el coronel Zornig y le dijo que las sociedades secretas habían revivido.

—Lo sé —dijo el coronel.—Y el general Raddle también lo sabe. Dice que son inofensivos. Y yo respeto su juicio.

—Y yo respeto el de usted, coronel —dijo el hombre— si alguna vez pronuncia alguno. Sería mejor que esto ocurriese pronto.

—Hasta ahora el general siempre ha adoptado disposiciones correctas.

—Lo sé. Pero creo que ahora se equivoca en algo.

El sargento se llamaba Fraker. Parecía un simple, pero sabía entender a los extranjeros.

Los panis se comportaban a la perfección, pero no podía decirse lo mismo respecto de los humanos. Los hombres estaban excesivamente inquietos. Tenían el nuevo hábito de mirar sobre sus hombros como si los siguiesen. Zornig mismo se descubrió haciéndolo. Se tornó irritable y sufrió dolores de cabeza. Era la maldita campana que sonaba en su cabeza... la campana de alarma.

La cosa que más le fastidiaba era no saber cómo estaba inte-

grada la guardia. Parecía que nadie vigilaba. El general Raddle había dicho: "No parecerá que están de guardia, pero permanecerán alertas."

Pero, maldita sea ¡Zornig era capaz de decir cuando un hombre estaba de guardia...! ¡incluso en una guardia tan especial! El conocía a esos hombres.

Pero confiaba en el general.

El Coronel estaba acostumbrado a hacerse pocos problemas respecto de las posiciones militares. No debía dejarse que tal cosa ocurriera al mismo tiempo que tal otra, por ejemplo. Había cosas que podían descuidarse, pero que, cuando se oponían entre sí, necesitaban atención especial. Se registraba entonces una coincidencia de sucesos y disposiciones que podía ser desastrosa, como determinadas coincidencias de planetas en un cierto signo de la antigua astrología presagiaban el mal. Y los panis eran astrólogos... a su propia manera.

Zornig observó algunos movimientos y actividades de los panis, algunas negligencias de los hombres, determinadas órdenes del general Raddle. Estas encajaban demasiado perfectamente como para ser casuales. Llegaría una hora, muy pronto —en que los hombres se encontrarían totalmente en manos de

los panis, si éstos se daban cuenta.

¿Eran todas coincidencias? ¿Se trataba de un inteligente plan del general Raddle, que nunca se había equivocado en esas cosas? ¿Estaba el general dando a los panis la posibilidad de colgarse de sus propias sogas? ¿Estaba realmente alerta la guardia especial, como había dicho el general? ¿De alguna manera el general haría el movimiento final y correcto?

¿Ocurriría alguna otra cosa?

Zornig fue una vez más a ver al prisionero, el doctor Mobley.

—¿Está usted en sus cabales, doctor Mobley?

—No lo estoy, no lo he estado desde el retorno del general. He decidido que los hechos tienen una única explicación: yo estoy loco.

—Dígame solo una cosa. ¿Estaba el general Raddle muerto?

—Coronel, estaba muerto. Todavía no estaba loco cuando firmé su certificado de defunción.

—¿Es posible que seres tan simples como los panis conozcan la forma de devolver la vida a un muerto?

—Por esa razón he perdido la cabeza. Pero incluso un loco puede corregirle a usted un error. Los pueblos primitivos

nunca son simples. Son sorprendentemente complejos. Somos nosotros los simples, a causa de que la civilización no es sino una simplificación.

—Doctor Mobley, a mí me es más fácil creer que usted está equivocado, y no que el general se levantó entre los muertos.

—Posiblemente yo haya querido que el general estuviese muerto —dijo el doctor.

Mientras el coronel Zornig se alejaba con inciertos pensamientos, el sargento Fraker se acercó hasta él.

—Coronel —dijo Fraker— debo decirle que sé que algo anda muy mal. Y que no puedo saber nada más. Pero, cualquier cosa que ocurra, esto va a producirse muy pronto. Los panis están por dar su golpe.

—Sé que es así. Y sé que ellos harán lo suyo a determinada hora muy pronto. Estoy seguro de que el general también lo sabe. Puede ser un golpe de importancia, y detesto el no poder hacer nada. Confío en el juicio del general respecto de los movimientos tácticos y confío en las premoniciones de usted respecto de los extranjeros.

—Entonces confíe en mi sentimiento acerca del general. Algo anda mal en él.

—No tengo a nadie en quien pueda confiar totalmente, con excepción de usted. Fraker,

¿dispone usted de cuatro o cinco hombres en los que pueda confiar?

—Tres.

—¡Tráigalos! Y traiga a Ieska.

—Ieska está bajo la especial protección del general. Nadie puede tocarlo.

—¡Romperemos ahora las reglas! ¡Traiga a sus hombres, y traiga a Ieska! Tráigalo a la vieja prisión, y rápido. No tenemos mucho tiempo antes que se produzca la coincidencia de los sucesos.

Trajeron a Ieska, el intérprete de los panis. Lo extendieron sobre su espalda, por lo menos hasta el punto que lo permitía su peculiar organismo, y lo hicieron en medio del ruido de huesos rotos y cartílagos quebrados.

—Creo que ha llegado el momento de que nos cuentes una pequeña historia, Ieska, —dijo el coronel Zornig.— Cuéntanos la verdadera historia de lo sucedido con el general Raddle y lo que se piensa hacer con nosotros.

—Hay una razón por la cual esa historia no puede ser contada, hombre coronel, —respondió Ieska dolorido.

—¿Cuál razón?— preguntó Zornig, y hundió una pica unos

centímetros en el vientre de Ieska.

—La historia incluye engaños. Las historias con engaños solo pueden ser contadas cuando brilla el caliente sol del verano. La historia se refiere a la protección de la Patria, y tales historias solo pueden ser contadas en pleno invierno. Además la historia incluye a personas extranjeras a ustedes, y estas historias solo pueden ser contadas cuando sopla el viento del sur. La historia se refiere a verdaderas tácticas de primera importancia, y estas tácticas son hijas del viento del oeste. Y también la historia comprende una trampa dentro de una trampa dentro de una trampa, y las historias de tres trampas solo pueden ser contadas a mediodía los días sin viento. Nuestras historias son rituales y solo pueden ser contadas en momentos establecidos. Como comprenderán, ésta solo puede ser contada en una fría noche de invierno en la que brille el caliente sol del verano, y los vientos soplen en todas las direcciones y en ninguna. Por lo tanto, la historia no puede ser contada. Las circunstancias no lo permiten.

El coronel Zornig hundió la pica de acero unos centímetros más en el vientre de Ieska.

—Yo estableceré un conjur.

to especial de circunstancias, Ieska --dijo.-- Vuelve a considerar si, después de todo, la historia puede o no ser contada.

—¿Quién creería en ella? —contestó Ieska. —Este es un mal día para mí, la expresión es de ustedes, no mía. El alto sol está brillando sobre una noche de invierno, y el viento del sur sopla sin viento desde el oeste. Si yo fuese un héroe sería diferente, pero solo soy Ieska... Con toda seguridad, ustedes suponen cuál es la historia, si no, no me hubieran tendido aquí.

—Casi la suponemos, Ieska. ¿Os habéis metido en la cabeza del general Raddle y le convertisteis en vuestro defensor, Ieska?

—Quizás no esté todo perdido si ustedes no son tan tontos. ¿Qué sabemos nosotros acerca de los cerebros y cómo meterlos en ellos?

—Posiblemente mucho. ¿Cómo han hecho para devolverle la vida.

—Hombre coronel, por favor, retira un poco el bastón puntiagudo. Me lastima al reír, la broma es de ustedes, no mía. Es cruel no permitirme manifestar mi hilaridad ante esto. ¿Cómo podría alguien volverle a la vida? Y tú has dicho que no eras supersticioso.

—Entonces, ¿ustedes lo han

reproducido de alguna manera?

—¡Matadme! ¡Metedme eso en el cuerpo! Esta vez tengo que reír aunque me vaya en eso la vida.

—Te mataré, hijo del diablo, si no me contestas ¿Qué le habéis hecho al coronel Raddle?

—Mátame, entonces, pero esta es la verdad. No le hemos hecho nada. ¿Qué podríamos hacerle? No podemos arreglarlo a él más que a otra cosa. Pasado un tiempo tomó lo que ustedes llaman mal olor y nosotros lo abandonamos.

—Entonces, ¿quién nos ha estado dirigiendo?

—Como en uno de los libros de bromas de ustedes, hombre coronel. "¿Quién maneja? ¡Yo pensé que tú manejabas!" Nadie los ha dirigido, hombre coronel. Así nos parece.

—Tenga la pica sobre el pequeño insecto —dijo el coronel a uno de los hombres—. El resto de ustedes vengan conmigo, y apresúrense. Hay un golpe que debe darse y sin ninguna duda no pienso dejar de darlo. He tenido esto en mi mente tanto tiempo que sé ahora precisamente dónde cortar la cadena.

Así abandonó el salón.

IV

Fue súbito y fue seguro. La

trampa dentro de la trampa dentro de la trampa podía seguir cualquier camino. Los panis habían tenido bastante libertad, y ya colgaban de sus propias cuerdas.

Su plan estaba establecido. Nadie podía cambiarlo, con excepción de Ieska, pero Ieska estaba apresado en la prisión militar. Estaba planeado con tal claridad que los contramovimientos eran automáticos en la mente de Zornig. Había visto la amenaza con toda claridad.

Una docena de infiltrados panis fue tomada casi en forma simultánea. Ellos habrían matado y despachado a los humanos. Las bamboleantes y pequeñas sombras habían estado a punto de hacerlo.

Y luego no sucedió nada de ello. Fueron agarrados lisa y llanamente. Vieron como su extraordinario plan fracasaba, y una vez más ya no fueron sino un hato de gargosos insectos, ya no más una amenaza, ya no más ninguna otra cosa. Pero ahora serían siempre vigilados, y su vigilancia se encargaría a expertos.

El coronel Zornig tenía al putativo general Raddle tendido sobre su espalda junto con el compañero de conspiración, Ieska. No se parecía tanto al

general Raddle cuando se desnudó. La mímica de los panis sólo llegaba hasta allí.

—¿Dónde me he equivocado? —preguntó Ieska—. Pensé que podía seguir contándote acertijos hasta que llegase el momento en que los tendríamos en nuestras manos. ¿Cómo encontró el petulante coronel la forma de salir y actuar cuando todavía era el momento? ¿Cómo supiste que no era el general Raddle mientras yo te daba charla?

—Skuaortflochaung —dijo el panis que ya no era el general Raddle.

—¿Qué dice tu amigo, Ieska? —preguntó el coronel Zornig.

—Dice que tengo la enfermedad de la boca. Esto quiere decir que he hablado demasiado en algún lugar y en algún sentido. ¿Cómo ha sido posible en un genio como yo? ¿Dónde me he equivocado, hombre coronel?

—Temprano, Ieska. Fue una vez que hablabas con el doctor Mobley y algunos de nosotros. Dijiste que eras demasiado panzón para ser leñador, que te agitabas demasiado pronto como para ser cazador, que eras demasiado débil como para ser mandadero...

—Los embauqué, hombre co-

ronel. Fingí para que no supiesen lo capaz que soy y no tuviesen sospechas de mí. En todas estas cosas tengo una capacidad sobresaliente.

—...demasiado tonto como para ser un granjero...

—¿Y soy el más inteligente de los panis! ¿No lo eran las extrañas bromas que les hacía?

—...y demasiado falto de talento como para ser un mimo.

—Ah, fue allí donde dejé caer la miel, allí rompí el tafre de dulce de leche. Todos dichos de ustedes. Nosotros somos mimos que podemos imitar cualquier cosa, eso reveló lo que quería ocultar. En esto fui casi tan estúpido como ustedes.

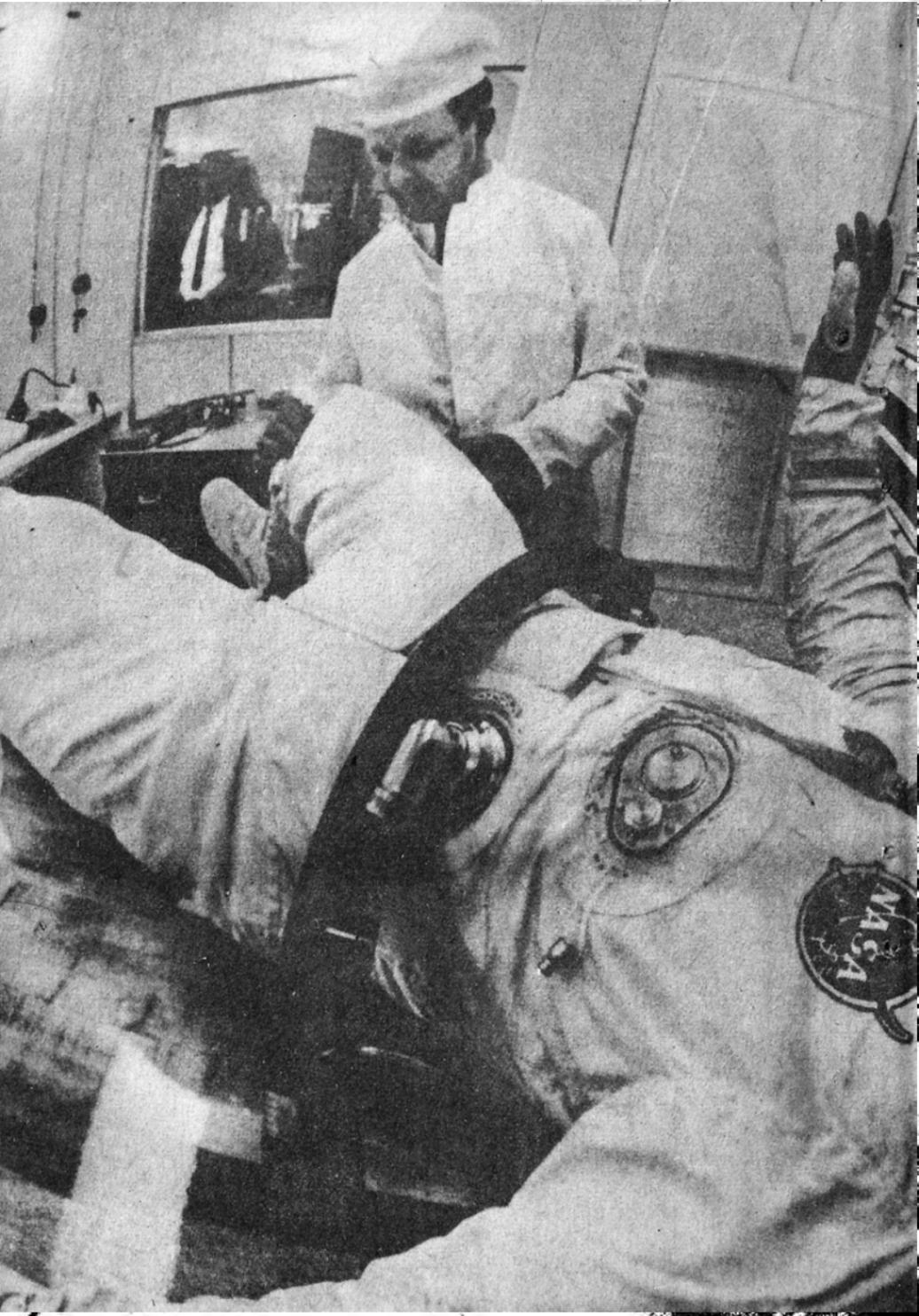
—Todos nos equivocamos en la vida, Ieska. ¿Y ahora qué supones que te ocurrirá?

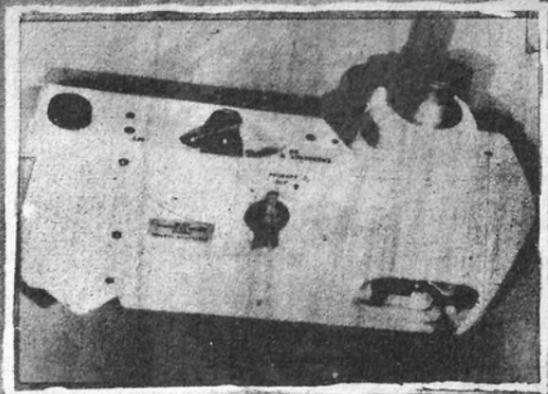
—Uno: me mataréis. Dos: me enviaréis a tu planeta para ser exhibido como una especie de monstruo en un zoológico.

—¿Que prefieres?

—Que me matéis. Tengo mi orgullo.

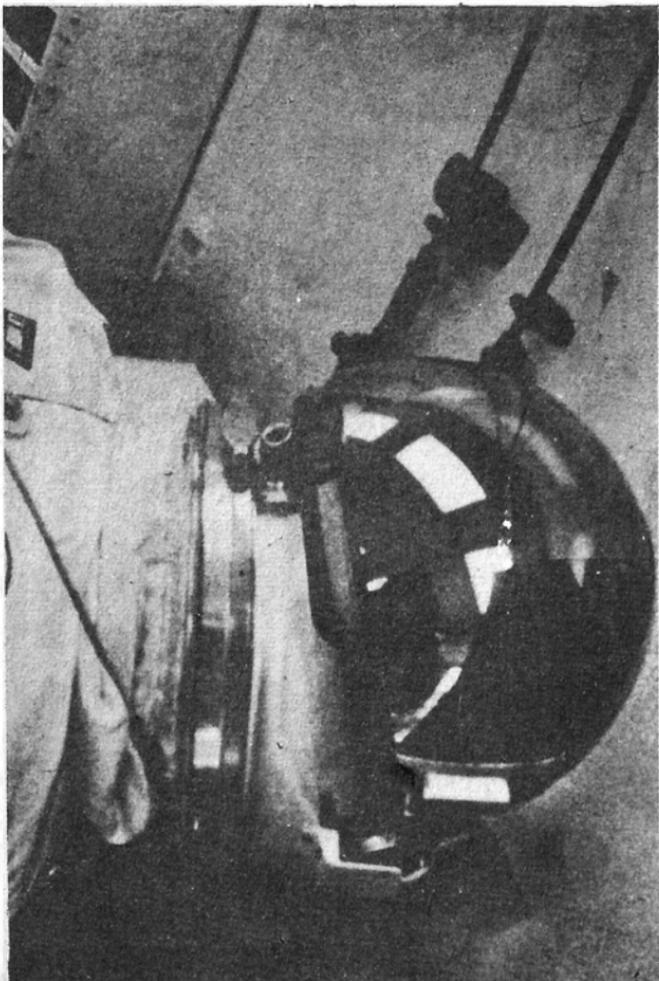
—Y tu lengua. Todavía mientes con ella. Sé realmente lo que prefieres, y ganas en eso. Te hubiera matado con perfecto deleite, pero tenemos nuestras instrucciones relativas a los especímenes interesantes. Serás puesto en exhibición. Siempre lo has estado.





El traje espacial de White tenía protección extra contra la pérdida de calor y contra los posibles impactos de meteoritos. Tenía además dos visores externos agregados al casco; uno era dorado, para proteger al astronauta de los rayos solares, que le llegaron en toda su potencia, sin pasar por el filtro de ninguna atmósfera.

La "caja" que White llevó en el pecho cuando salió al espacio. Dentro está el juego de válvulas que regula la presión y el paso del oxígeno al traje. Tiene además una provisión extra de oxígeno, para el caso de alguna emergencia (permitiría unos diez minutos de vida).





Una perdida bahía en los mares de Alaska. Hasta allí llegan, trezados en mortal lucha, una expedición extraterrestre y el más atroz de los supermonstruos. El "Albatros", una pequeña goleta, decide el titánico "match".

NO SOLO MUERTOS

Por A. E. Van Vogt Ilustró Rubén Sosa

29 de junio de 1942. Con todo su maderamen destrozado y sin el menos rastro de su tripulación, el ballenero Albatros fue encontrado hoy por un barco patrullero norteamericano en el estrecho de Bering. Se informa que la cubierta y el casco de la goleta se hallan destruidos por impactos que no se deben "a bombas, torpedos, granadas ni ninguna otra acción enemiga", lo que grandemente desconcierta a las autoridades navales. Los fogones se hallaban aún calientes, y como no hubo tormentas en esta región durante tres semanas, no se descubre explicación ninguna del hecho.

El Albatros zarpó de un puerto de la costa occidental de Estados Unidos a comienzos de marzo, con Frank Wardell como capitán y una tripulación de dieciocho miembros, todos los cuales han desaparecido.

* * *

Al capitán Wardell, del ballenero *Albatros*, lo deprimían tanto los tres largos meses transcurridos sin avistar ballenas, que había comenzado a abrirse paso con su goleta a través de los estrechos canales.

Fue entonces cuando vio al submarino cerca de la costa.

Su mente, por un instante, se sumió en la nada. Cuando emergió en busca de aire, ya sus reflejos funcionaban. El indicador del cuarto de máquinas señalaba CONTRAMARCHA A TODA VELOCIDAD. Y su plan inmediato era tan claro como simple.

Abrió la boca para gritarle al timonel, la cerró luego otra vez, se dirigió al timón y, así que el barco comenzó a retroceder, lo guió diestramente tras la línea de bancos de arena y las orillas arboladas. El ancla descendió resonando y salpicando, y le contestó un eco que sonó extrañamente en la mañana sin viento.

Donde se había escuchado el sonido provocado por el hombre, se posó el silencio; y solo se oían las tranquilas ondas del remoto mar norteño golpeando suavemente contra el *Albatros*; ocasionalmente había un rugido cuando una ola grande se deshacía con blanca furia contra alguna roca sobresaliente.

Wardell, de nuevo en el pequeño puente, se mantenía por completo inmóvil, dejando que su mente absorbiera impresiones, y... escuchando.

Pero ningún sonido extraño perturbó sus tensos oídos, no hubo rugidos de motor Diesel ni zumbir motores eléctricos. Comenzó a respirar con mayor tranquilidad. Vio que su primer piloto, Preedy, se le había acercado silenciosamente por detrás. Preedy dijo en voz baja:

—No creo que nos hayan visto, señor. No había ni un alé ma a la vista. Y, además, no están preparados para hacerse a la mar.

—¿Por qué no?

—¿No lo notó, señor? No tienen timonera blindada. Deben de habersele arrancado en combate.

Wardell guardó silencio, molesto consigo mismo por no haberlo notado. La vaga admiración que había comenzado a crecer dentro de sí por la sangre fría con que gobernaba el barco, se desinfló un tanto.

Lo asaltó otro pensamiento: y la sola idea de revelar otra deficiencia en su observación le produjo un gran disgusto. Pero comenzó a regañadientes:

Es raro cómo la mente accep-

ta la presencia de cosas que no existen.

Vaciló. Luego:

—Ni siquiera advertí si su cañón de cubierta estaba dañado o no.

Ahora fue el piloto el que guardó silencio. Wardell echó una rápida mirada a la larga cara del hombre, se dio cuenta de que esta vez era él quien estaba asombrado y molesto consigo mismo, y dijo rápidamente:

—Señor Preedy, llame a la tripulación.

Consciente otra vez de su superioridad, Wardell descendió a la cubierta. Con gran resolución comenzó a examinar el cañón antisubmarino que se encontraba junto al cañón arponero. Oyó que los hombres se reunían a sus espaldas, pero no se dio vuelta hasta que los pies comenzaron a restregarse inquietos contra el suelo.

Los contempló, deslizando sucesivamente la mirada sobre cada uno de esos rostros curtidos, rudos, castigados. Quince hombres y un muchacho, sin contar al maquinista y a su asistente; y todos tenían un aspecto revitalizado, arrancados del sopor que había envuelto al barco durante tres meses.

A Wardell se le hicieron presentes los largos años que al-

gunos de estos hombres habían estado con él; meneó la cabeza, lleno de satisfacción su pesado rostro, y empezó:

—Parece que allí, arrinconado, tenemos a un submarino japonés, muchachos. Nuestro deber resulta claro. La marina nos dio un cañón de tres pulgadas y cuatro ametralladoras antes de zarpar, y...

Se detuvo y miró con el ceño fruncido a uno de los hombres más viejos.

—¿Qué pasa, Kenniston?

—Con su perdón, capitán, eso no es un submarino. Estuve en servicio en el 18, y de una mirada me doy cuenta, tenga timonera blindada o no ¡Yaya! Esa nave tiene chapas metálicas como escamas oscuras. Tenemos *algo* acorralado allí, señor, pero no es un submarino.

Desde atrás de la línea de rocas, Wardell examinó la extraña nave. La larga y asombrosamente difícil marcha para alcanzar ese punto ventajoso les había llevado, a él y a la media docena de voluntarios más de una hora. ¿Y ahora que se encontraban allí, qué?

A través de sus binoculares, el... barco... parecía un aerodinámico cigarro de metal muerto; se encontraba inmóvil en medio de las menudas siluetas

de las olas que resplandecían débilmente en las aguas de la bahía. No había otro signo de vida. No obstante...

Wardell de pronto se puso rígido, con aguda conciencia de sus responsabilidades: los seis hombres que lo acompañaban cargando dos de las preciosas ametralladoras, y los otros hombres que se encontraban en el barco.

Las extrañas características de la nave, con sus oscuras chapas escamosas y su gran extensión, hicieron que un repentino escalofrío recorriera su cuerpo. Alguien detrás de él quebró el silencio del tétrico paisaje rocoso:

—¡Con que solo tuviéramos un radiotransmisor! ¡Qué no haría un bombardero con semejante blanco! Yo...

Wardell sólo tuvo una oscura conciencia del modo extraño en que la voz del hombre dejó de ser audible. Pensaba trabajosamente: dos ametralladoras contra *eso*. O, más bien— aun la admisión mental de una fuerza mayor le vino involuntariamente— cuatro ametralladoras y un cañón de tres pulgadas. Después de todo, las armas que habían quedado en el *Albatros* debían incluirse, aun cuando el barco pareciera peligrosamente distante. El...

Su mente fue acallándose

lentamente. Con un sobresalto, vio que la plana y oscura extensión de la cubierta del barco daba señales de movimiento: una gran plancha de metal que giró y luego se abrió bruscamente como si varios resortes la hubieran lanzado con fuerza irresistible. Por la escotilla que de ese modo se formó... surgió una figura.

Una figura... *una bestia*. La criatura se apoyaba sobre cónicas patas brillantes, y sus escamas relucían al sol de la mañana ya avanzada. De sus cuatro brazos, uno empuñaba una estructura cristalina plana y otro sostenía un pequeño objeto rojo que se mostraba ligeramente carmesí a los rayos del sol. Los otros dos brazos reposaban.

El monstruo se erguía allí bajo el cálido sol de la Tierra, recortada su silueta sobre el límpido mar azul verdoso; se erguía allí arrogante, su cabeza bestial echada hacia atrás sobre el corto cuello, con tal orgullo y confianza, que Wardell sintió un hormigueo en la nuca.

—Por Dios —murmuró roncamente un hombre—, dispárenle algunas balas.

El sonido, más que las palabras, alcanzó la región del cerebro de Wardell que controlaba sus músculos.

—¡Disparen! —gritó de modo estridente— ¡Frost! ¡Withers!

¡Chat-chat-chat! Las dos ametralladoras empezaron a ladrar, despertando mil ecos en el silencio virgen de la ensenada.

La figura, que se había echado a andar vivazmente con pies que exhibían a cada paso sus membranas, se detuvo, se detuvo, se volvió... y miró.

Ojos tan verdes y feroces como los de un gato por la noche apuntaron —al parecer directamente— al rostro de Wardell. El capitán sintió que sus músculos se estremecían: tuvo el impulso de arrojarse tras la roca, desaparecer de la vista, pero no hubiera podido moverse ni para salvar su vida.

Igual emoción paralizante debió de apoderarse de todos los hombres presentes. Porque las ametralladoras cesaron su repiqueteo; y hubo un silencio antinatural.

El reptil amarillo verdoso fue el primero en moverse. Se echó a correr de regreso a la escotilla. Al alcanzar la abertura se detuvo y pareció a punto de saltar de cabeza, como si ninguna velocidad bastara para ocultarse.

Sin embargo, en lugar de descender, le alcanzó a alguien que se encontraba debajo el objeto cristalino que tenía en

una mano; luego se enderezó.

Se oyó un golpe seco al cerrarse la escotilla, y el repul quedó solo en la cubierta, imposibilitado de huir.

La escena quedó de ese modo paralizada durante una fracción de segundo: un cuadro de figuras rígidas en el marco de un mar tranquilo y una tierra oscura, casi estéril. La bestia quedóse enteramente inmóvil, con la cabeza echada hacia atrás, sus ojos encendidos fijos en los hombres que se parapetaban tras la roca.

Wardell no había sospechado que la bestia estuviera agazapada, pero de pronto ésta se enderezó visiblemente y saltó hacia arriba y lateralmente como una rana o un nadador que se zambullera. Agua y monstruo se encontraron con un ligero chasquido. Cuando la resplandeciente cortina de aguas agitadas desapareció, ya no estaba la bestia.

Aguardaron.

—Lo que desciende —dijo Wardell finalmente, con una voz en la que se notaba, aunque mínimo, un estremecimiento— debe ascender. Sólo Dios sabe qué es, pero tengan listas las ametralladoras.

Los minutos se deslizaron lentamente. La sombra de brisa que había hecho titilar la superficie de la bahía desapare-

ció completamente; y el agua adquirió un brillo vítreo que solo se quebraba a lo lejos, junto al comienzo de más profundos y ásperos mares.

Transcurridos diez minutos, Wardell se movía nervioso, disgustado con la situación. Y al cabo de veinte minutos se puso de pie.

—Debemos volver al barco —dijo tenso—. Esto es demasiado para nosotros.

Cinco minutos más tarde, cuando bordeaban la costa, comenzó el clamor: una gritería distante, luego un prolongado y estrepitoso disparar de ametralladoras, después... silencio.

Procedía del sitio donde se encontraba el barco, fuera de su línea de visión, detrás de la arboleda, a medio kilómetro de la bahía.

Wardell gruñó al echarse a correr. Ya había sido bastante difícil caminar... antes. Ahora era una agonía de tropiezos y sacudidas. Durante los primeros pocos minutos cayó pesadamente dos veces.

La segunda vez se levantó muy lentamente y aguardó a que sus jadeantes hombres lo alcanzaran. No era ya necesario correr —la idea lo asaltó con aguda claridad—, pues cualquier cosa que hubiera sucedi-

do en el barco, *había* sucedido ya.

Wardell encabezó cautelosamente la marcha por la costa llena de rocas y grietas. No dejaba de maldecir en voz baja, furioso consigo mismo por haber abandonado el *Albatros*. Y la sola idea de haber expuesto su frágil barco de madera al encuentro con un submarino armado le provocaba una rabia particular.

Aun cuando, como luego había resultado, no se tratara de un submarino.

La simple consideración de qué pudiera ser aquello llenaba de perplejidad su cerebro.

Por un momento trató mentalmente de imaginarse a sí mismo allí, afanándose en la costa estéril de esa rocosa orilla por ver lo que un... lagarto le había hecho a su barco. Y no pudo. La imagen no se componía. Ni remotamente estaba hecha de la misma tela de la vida de tranquilos días y noches pasados en los puentes de los barcos, sentado o fumando, contemplando distraídamente el mar.

Aun más oscura e inconexa era la civilización de partidas de póker y de mujeres de ojos audaces y risas estrepitosas que llenaban su vida durante los breves meses en que se encontraba en puerto, esa curiosa vi-

da sin objeto que abandonaba siempre de tan buen grado cuando llegaba la época de hacerse nuevamente a la mar.

Wardell apartó de sí el griete inútil recuerdo y dijo:

—Frost, vaya con Blakeman y McCann, y recoja un tambor de agua. Danny ya debería haberlos llenado a todos. No, conserve la ametralladora. Quiero que se queden con los tambores restantes hasta que mande más hombres. Vamos a recoger el agua y luego nos iremos de aquí.

Wardell se sintió mejor después de haber tomado una decisión definida. Se dirigían al Sur en busca de la base naval, y entonces otros, mejor equipados y adiestrados, atacarían la extraña nave.

Con tal de que su barco se encontrara todavía allí, intacto: no sabía de cierto qué era lo que temía. Al subir la última y más empinada colina, experimentó una aguda sensación de alivio; allí estaba. Pudo descubrir a través de los binoculares la figura de los hombres sobre la cubierta. Y el último peso de ansiedad cedió en él ante el hecho de que todo estaba bien.

Algo había sucedido, por supuesto. En unos pocos minutos sabría...

* * *

Por un momento pareció como si nunca fuera a enterarse de nada. Al subir a bordo, más fatigado de lo que él mismo estaba dispuesto a admitir, los hombres se aglomeraron a su alrededor. Las frenéticas voces, la estrepitosa excitación de todos, contribuían a que no entendiera nada cosa.

Oyó hablar por fin de una especie de "rana del tamaño de un hombre" que había subido a bordo. Y algo más sobre el cuarto de máquinas, pero nada entendió de lo dicho sobre el maquinista y su asistente, que se habían despertado y...

La voz de Wardell, que la confusión obligó a resonar como una trompeta, puso término a la locura. El capitán dijo vigorosamente:

—Señor Preedy, ¿algún daño?

—Ninguno —replicó el piloto—, aunque Rutherford y Cressy están todavía aturcidos.

La referencia al maquinista y su asistente era oscura, pero Wardell la ignoró:

—Señor Preedy, envíe a tierra a seis hombres para que ayuden a traer el agua. Luego venga al puente.

Unos minutos más tarde Preedy informaba detalladamente a Wardell sobre lo acaelladora del grupo de Wardell, todos los hombres se habían tecido. Al escuchar la ametra-

apiñado en la banda de babor y se habían quedado allí.

Las huellas húmedas dejadas por la criatura revelaban que ésta había aprovechado la oportunidad para trepar por el lado de estribor. Se lo había visto por primera vez en la escotilla del castillo de proa, mirando fríamente la cubierta anterior, donde se encontraban las armas.

Bajo todo el peso de nueve pares de ojos que convergían sobre él, el monstruo avanzó con audacia, aparentemente para apoderarse de las armas de pronto, sin embargo, se volvió y corrió hacia la borda desde donde se zambulló. Entonces se dispararon las ametralladoras.

—Creo que no le dimos —confesó Preedy.

Wardell quedó pensativo.

—No estoy seguro —dijo— de que las balas le hagan nada. Ese...

Se detuvo.

—¿Qué diablos estoy diciendo? Huye cada vez que le disparamos. Pero continúe.

—Recorrimos el barco y entonces fue cuando encontramos a Rutherford y a Cressy. Estaban desvanecidos y no recuerdan nada. Si bien no hay daños, según dice el maquinista: y, bueno, eso es todo.

Era bastante, pensó Wardell,

pero no dijo nada. Se quedó un tiempo tratando de figurarse la realidad de un lagarto verde y amarillo que trepaba a bordo. Se estremeció. ¿Qué habría querido el condenado bicho?

* * *

El sol se encontraba alto en el cielo, hacia el Sur, cuando fue izado a bordo el último tambor de agua y el ballenero comenzó a moverse.

Sobre el puente, Wardell lanzó un suspiro de alivio cuando el barco abandonó los bancos de blancas crestas y se dirigió hacia las aguas profundas. Estaba colocando el indicador en AVANTE A TODA VELOCIDAD, cuando el rumor de los Diésel pareció convertirse en una tos que se detuvo.

El *Albatros* perdió impulso, meciéndose a uno y otro lado. En el mal iluminado cuarto de máquinas, Wardell encontró a Rutherford en el suelo, tratando afanosamente de encender con un fósforo un pequeño charco de gasolina.

El acto era tan descabellado, que el capitán se detuvo y se quedó mirando mudo, aturcido.

Porque la gasolina no prendía. Sobre el piso, junto al charco dorado, había cuatro fósforos quemados. Entonces,

—¡Campanas del infierno! — exclamó Wardell—. ¿Quiere decir que esa cosa puso algo en la gasolina que...

No pudo proseguir; y tampoco hubo respuesta inmediata. Pero finalmente, sin levantar la vista, el maquinista dijo torpemente:

—Patrón, estuve tratando de darme cuenta. ¿Para qué habría de querer un lagarto que nos quedemos aquí?

Wardell volvió a la cubierta sin contestar. Tenía conciencia de su hambre. Pero no se forjaba ilusiones respecto de la sensación de vacío que albergaba. Nunca ningún deseo vehemente de comida lo había hecho sentirse así.

Wardell comió sin fijarse casi en la comida y salió al aire libre, sintiéndose pesado y soñoliento. Subir al puente requirió toda su fuerza y toda su voluntad. Se quedó un momento mirando a través de los canalizos que conducían a la bahía.

Hizo un descubrimiento. Durante los breves minutos que los Diésel funcionaron con la gasolina limpia que había en los caños, el *Albatros* se había trasladado a un punto desde donde la oscura nave era visible a la distancia.

Wardell examinó soñolientamente la extraña y silenciosa nave

luego miró con los binoculares la línea de la costa. Finalmente dirigió su atención a la cubierta frente a él. Y casi se sale de su propia piel.

Allí estaba la *criatura*, inclinada tranquilamente sobre el cañón arponero, con su piel escamosa brillando como el cuero húmedo de un gran lagarto. El agua formaba oscuros y pequeños charcos a sus pies y se extendía hasta donde el arponero Art Zote se encontraba tendido boca abajo, indudablemente muerto.

Si el intruso hubiera sido un hombre, Wardell estaba seguro de que habría podido obligar a sus músculos paralizados a tomar el revólver que le colgaba del cinturón. Incluso, si la criatura se hubiera encontrado tan alejada como la primera vez que la había visto.

Pero se encontraba allí, y menos de seis metros de ella, contemplando esa luminosa monstruosidad semejante a un reptil, de cuatro brazos y patas armadas de escamas; y el conocimiento inconsciente de que las balas de las ametralladoras no la habían dañado antes y...

Con fría indiferencia ante la posibilidad de ser visto, el reptil comenzó a tironear del arpón que sobresalía por la boca del cañón arponero. Al cabo

de un segundo lo abandonó y se dirigió a la retrocarga del artefacto. La tocaba con el objeto carmesí, que brillaba con espasmódico resplandor, cuando una ola de risas y de voces quebró el silencio de la tarde.

Inmediatamente se abrió la puerta de la cocina, y una docena de hombres salieron a la cubierta. La sólida estructura de madera que servía de entrada al castillo de proa les impedía ver a la bestia.

Estuvieron allí un momento, y su risa impúdica resonó sobre aquel mar perpetuamente frío. Como desde una vasta distancia, Wardell se descubrió escuchando las bromas socces y los juramentos más soeces todavía; pensaba: "Como niños, son como niños. No deben darse cuenta todavía de lo que ha pasado. Si no, no estaría allí como tontos, inconscientes, mientras..."

Wardell interrumpió su pensamiento, asombrado de haberse dejado distraer por él un solo segundo. Emitiendo un sonido entrecortado, tomó su revólver y apuntó a la espalda verdosa del lagarto, que se inclinaba en ese momento sobre el fuerte cable oscuro que amarraba el arpón al barco.

El disparo, casualmente, produjo un momento de completo silencio. El lagarto se

enderezó lentamente y se volvió, como algo molesto. Y entonces...

Los hombres gritaron. La ametralladora de la torre del vigía comenzó a disparar con cortas y excitadas explosiones que no alcanzaron la cubierta ni al reptil, pero que dejaron una blanca espuma en el mar más allá de la borda del barco.

Wardell sintió una frenética irritación contra el maldito imbecil que se encontraba allí arriba. Poseído por la furia de su disgusto, miró al individuo y le gritó que aprendiera a apuntar debidamente. Cuando volvió a mirar la cubierta, la bestia ya no se encontraba allí.

El ligero ruido de una zambullida se filtró entre una docena de otros ruidos; y, simultáneamente, se produjo una estampida hacia la barandilla, y allí la tripulación se quedó mirando el agua. Por sobre sus cabezas, Wardell creyó ver el resplandor amarillo verdoso en las profundidades, pero el color se fundió demasiado velozmente, con excesiva facilidad, en el cambiante azul-verde-gris del mar norteño.

Wardell se quedó totalmente inmóvil; sentía frío en la región del corazón, un sentimiento vacío de cosas anormales.

El pulso no había vacilado. La bala no podía haber errado

su blanco. Sin embargo, nada había sucedido.

La viscosa tensión que sentía dentro de sí se relajó cuando vio que Art Zote se erguía tembloroso en la cubierta, y se sentaba; no, no estaba muerto después de todo. Repentinamente, todos los músculos de Wardell comenzaron a temblar. El viejo y bueno de Art... No bastaba un lagarto bribón para matar a un hombre semejante.

—¡Art! —gritó Wardell en la llamarada de su tremenda excitación—. ¡Art, apunta con el cañón al submarino! ¡Hunde ese maldito aparato! Vamos a enseñarle a esos zorinos a...

La primera bala cayó demasiado cerca. Produjo un surtidor de agua a cincuenta metros del distante casco metálico. La segunda fue demasiado lejos; estalló inútilmente en la roca grisácea de la costa.

La tercera dio justo en el blanco. Lo mismo sucedió con las diez siguientes. Era un magnífico fuego, pero al cabo de un instante Wardell ordenó intransigentemente:

—Es mejor que no sigas. Parece que las balas no penetran, no veo ningún agujero. Es mejor que ahorremos las balas para un encuentro directo si llega a ser necesario. Además...

Guardó silencio, pues no quiso dar voz al pensamiento que

lo había asaltado: el hecho era que, hasta ese momento, las criaturas de la misteriosa nave no les habían hecho ningún daño, mientras que el *Albatros* y su tripulación eran los que habían dado muestras de beligerancia. Ciertó era que habían inutilizado la gasolina y que había ocurrido el extraño hecho reciente: la criatura había subido a bordo con el solo propósito de examinar el cañón arponero. Pero no obstante...

Wardell y Preedy hablaron de todo aquello en voz baja, durante la neblinosa tarde y la fría noche, y decidieron finalmente cerrar con candado todas las puertas y apostar un hombre con una ametralladora en la torre de vigía.

Unos gritos excitados despertaron a Wardell. El sol listaba ya el horizonte cuando llegó presuroso a la cubierta a medio vestir. Al pasar por la puerta, advirtió que el candado había sido arrancado de cuajo.

Con el ceño fruncido se sumó al pequeño grupo de hombres reunidos alrededor de las ametralladoras. Fue Art Zote, el arponero, el que señaló quejosamente el daño.

—Mire, capitán, esos asquerosos bribones han cortado el cable del arpón. Y nos dejaron en su lugar un roñoso alambre

de cobre o algo así. ¡Mire qué basural!

Wardell tomó sin interés el alambre que se le tendía. Todo el asunto parecía no tener sentido. Percibió la voz del arponero que continuaba ametrallándolo.

—Y esa maldita cosa está diseminada por todas partes. Hay otros dos juegos de arpones y ambos están asegurados como por reclutas: taladraron la cubierta y pasaron los alambres por los agujeros y los ligaron al armazón del barco. No sería tanto si sirviera para algo, pero ese alambre delgado... ¡Bah!

—Alcánzame una pinza —lo tranquilizó Wardell—. Vamos a quitarlo y...

Era asombroso, pero no fue posible cortarlo. Concentró todas sus no pocas fuerzas, pero el alambre sólo se puso vagamente brillante, y aun eso pudo no ser sino un efecto de luz. Detrás de él alguien dijo con voz rara:

—Creo que hicimos un negocio. ¿Pero para qué clase de ballenas nos aprontan?

Wardell se quedó inmóvil, sorprendido por el extraño fraseo de las palabras: *¿Para qué... nos aprontan?*

Se irguió frío, ya tomada una decisión:

—Muchachos —dijo con voz

sonora—, tomen el desayuno. Vamos a llegar al fondo de esto, aunque sea lo último que hagamos en nuestra vida.

* * *

Las toleteras crujieron; el agua susurraba gentilmente al paso del bote de remos... y a cada minuto que transcurría Wardell sentía menos agrado por su posición.

Al cabo de un momento advirtió que el bote no se dirigía directamente hacia la nave y que su ángulo de aproximación le permitiría una vista lateral de un objeto raro, a proa, que ya había advertido antes.

Levantó los binoculares y se quedó tieso, demasiado asombrado incluso para lanzar una exclamación. Era un arma, por cierto: *un cañón para disparar arpones*.

No había modo de equivocarse. Ni siquiera habían cambiado el diseño, ni el largo del arpón, ni... ¡Un momento! ¿Y la línea?

‘Pudo descubrir un rodillo del tamaño de un juguete junto al cañón, que fulguraba con brillo cobrizo; de él se deducía toda una historia.

“Nos han dado”, pensó, “un cable tan bueno como el de ellos, algo que puede sostener... cualquier cosa”. Una vez más lo recorrió un escalofrío al re-

cordar las palabras que el miembro de su tripulación había usado: *¿Qué clase de ballenas...*

--;‘Más cerca!’ --dijo con voz ronca.

Soio tuvo una oscura conciencia de que esa audacia era enteramente imprudente. Cuidado, pensó, ya había demasiados necios en el infierno. La temeridad era...

--¡‘Más cerca!’ --urgió.

A treinta metros, el largo y oscuro casco de la nave, inclusive parte de lo que estaba bajo el agua, era enteramente visible; y no había ni un raspón siquiera que indicara el impacto de las balas del cañón de tres pulgadas, ni un solo signo de daño en ninguna parte.

Wardell abrió la boca para hablar otra vez, firmemente decidido a trepar a bordo protegido por la ametralladora, cuando se oyó algo que se asemejaba a un trueno inmenso.

Era el sonido de un cataclismo, como el de toda una serie de cañones monstruosos que disparaban uno después del otro. El eco devolvió plenamente el inmenso ruido desde las desnudas colinas y llenó el hueco natural que formaba la bahía, casi totalmente rodeada por la tierra.

La larga nave en forma de torpedo comenzó a moverse.

Más y más rápidamente, trazó un gran semicírculo; de su parte posterior salían chispas resplandecientes que caían en el agua; y luego, tras esquivar completamente el bote de remos, se dirigió a los canalizos que conducían al mar abierto.

De pronto una bomba estalló a su lado; luego una segunda y una tercera; Wardell pudo ver llamear la boca del cañón de tres pulgadas sobre la cubierta del *Albatros*, a lo lejos. No había duda de que Art Zote y Preedy creían que la hora de crisis se encontraba próxima.

Pero la extraña embarcación no se dio por aludida. Se alejó tronando por el pasaje en dirección de las aguas profundas, hasta que estuvo a una milla del *Albatros*; luego las ígneas explosiones cesaron. Los cielos se vaciaron de las sucesivas olas de estrépito. La nave siguió avanzando un trecho y por fin se detuvo.

Y se quedó allí, silenciosa, sin vida como antes, una forma oscura que asomaba desde las aguas agitadas. En cierto momento de su avance Art Zote había tenido el buen tino de interrumpir el inútil bombardeo.

Wardell podía escuchar en medio del silencio la pesada respiración de los hombres que

se afanaban en los remos. El bote se sacudía con cada impulso, y no cesaba de agitarse cada vez que las todavía turbulentas aguas de la bahía batían contra sus flancos.

De regreso a bordo del ballenero, Wardell llamó a Preedy a su cabina. Sirvió dos tragos fuertes, bebió su propia porción de una sola vez, y dijo:

—Mi plan es el siguiente: vamos a equipar el bote, lo proveeremos de agua y comida y enviaremos a tres hombres en busca de ayuda. Es evidente que no podemos seguir jugando a las escondidas sin saber siquiera de qué se trata. A tres hombres capaces no les llevará más de una semana llegar, digamos, a la estación de policía de Tip, quizá menos. ¿Usted, qué opina?

Lo que Preedy opinaba quedó ahogado por un resonar de botas. La puerta se abrió de golpe. El hombre que entraba sin ceremonia sostenía dos oscuros objetos:

—¡Mire, capitán, lo que una de esas bestias arrojó a bordo! Un plato plano de metal y un saco de algo. Se fue antes de que siquiera lo viéramos.

La plancha metálica era lo que le llamó a Wardell la atención, pues no parecía tener propósito ninguno. Tenía tres centímetros de espesor por

treinta de largo y veinticuatro de ancho. Era de color plateado metálico, de un lado, y negro del otro.

Eso era todo. Vio entonces que Preedy había tomado el saco y lo había abierto. El piloto emitió una corta exclamación:

—¡Señor, mire! Hay aquí una fotografía del cuarto de máquinas con una flecha que señala un tanque de combustible... y cierto polvo gris. Debe ser para arreglar la gasolina.

Wardell iba a dejar el plato de metal para tomar el saco. Y de pronto se detuvo con sobresalto al descubrir una anomalía de... la parte negra de la plancha metálica. La sorpresa tuvo la fuerza de un golpe.

Era... tridimensional. Comenzaba a una profundidad increíble dentro del plato hasta hacerse luego visible. Puntos de luz extraños, agudos, brillantes, le salían al encuentro desde la aterciopelada y muerta negrura.

Cuando Wardell lo miró, cambió. Algo flotaba en el borde superior, se acercaba y se mostraba sobre la negrura como un pequeño animal.

Wardell pensó: "Una fotografía, por los cielos, una fotografía móvil de alguna especie".

El pensamiento se deshizo. ¿Una fotografía de *qué?*

El animal parecía minúsculo, pero era el más condenado horror sobre el que se hubieran posado sus ojos, una miniatura monstruosa, de muchas patas, de cuerpo largo, de hocico prolongado, horrible, la caricatura misma de la vida anormal, la loca creación de una imaginación insana.

Wardell se sobresaltó..., pues la criatura crecía. Llenaba la mitad del fantástico plato y, sin embargo, parecía siempre verse desde una gran distancia.

—¿Qué es? —oyó que Preedy le preguntaba entrecortadamente por sobre su hombro.

Wardell no contestó; porque la historia se desarrollaba ante sus ojos.

* * *

La lucha en el espacio había comenzado de la única manera en que era posible ponerse en contacto con un demonio-Blal: inesperadamente. Se destaron violentas energías; la nave policial antiinercia giró desesperadamente mientras las automáticas llameaban en incandescente destrucción... demasiado tarde.

El monstruo se mostraba en lo alto de la pantalla; de su cabeza ancha brotaba un fino resplandor anaranjado. El comandante Ral Dorno gruñó al

ver que el resplandor anaranjado apartaba el fuego blanco de la nave patrullera el tiempo suficiente como para dañarla.

—¡Espacio! —ululó— ¡No le dimos a sus sensitivos a tiempo! ¡No le...

La pequeña nave se sacudió de popa a proa. Las luces parpadearon y se apagaron; el transmisor zumbó con un sonido extraño y luego enmudeció. Los motores atómicos abandonaron su silenciosa y potente marcha, y tartamudearon jadeantes. Y se detuvieron.

La nave espacial comenzó a caer.

Alguien detrás de Dorno — la voz de Senna— gritó con alivio:

—¡Sus sensitivos se están poniendo negros! ¡Le dimos! ¡También él está cayendo!

Dorno no replicó. Con cuatro brazos escamosos tendidos por delante, buscó a tientas su camino desde la inutilizada pantalla y atisbó con ojos torvos por la escotilla más cercana.

Era difícil ver en la potente luz de aquel sistema planetario, pero finalmente observó la monstruosidad en forma de bala de cuarenta metros de largo. El maligno hocico de la criatura se abría y se cerraba como las mandíbulas de una enorme excavadora. Las patas

blindadas se agitaban y daban zarpazos en el vacío; el largo y pesado cuerpo se retorció con gran despliegue de actividad muscular.

Dorno se dio cuenta de que alguien se deslizaba a su lado. Sin darse cuenta, dijo expectante:

—Le dimos a sus sensitivos, sí. Pero está todavía vivo. La presión atmosférica de ese planeta va a reducir la velocidad de su caída lo suficiente como para que sólo quede atontado. Tenemos que tratar de utilizar los cohetes para no aterrizar a menos de quinientos *negs* de ese monstruo. Nos harán falta por lo menos cien períodos *lan* para los arreglos y...

—Comandante... ¿Qué es eso?

Las palabras fueron apenas un murmullo, con tanta rapidez habían sido pronunciadas. Dorno se dio cuenta de que el susurro provenía de la novicia Carliss, su esposa de la nave.

Todavía le resultaba extraño tener otra esposa que Yarosan. Y en medio de esta crisis le llevó algún tiempo darse cuenta de que aquella veterana de tantos viajes no se encontraba con él. Pero Yarosan había hecho uso del privilegio de las mujeres patrulleras.

—Estoy llegando a la edad en que me hacen falta hijos — había dicho— y como legalmen-

te sólo uno puede ser tuyo, quiero, Ral, que te busques alguna principiante bonita y te cases con ella durante dos viajes...

Dorno se volvió con lentitud, vagamente irritado por el hecho de que hubiera alguien a bordo que no lo supiera automáticamente todo. Dijo en forma precisa:

—Es un demonio, Blal, una bestia salvaje con un cociente intelectual de diez, que ronda por estos sistemas inexplorados donde todavía no ha sido exterminado. Es anormalmente feroz. En la cabeza tiene una zona llamada sensitiva donde elabora orgánicamente energías enormes. El objeto natural de esas energías es procurarle un medio de traslado. Desdichadamente, cuando el monstruo está en movimiento, cualquier máquina que se encuentre en su vecindad y cuyo poder operativo esté por debajo del nivel molecular, se satura de esa... fuerza orgánica. Eliminarla es una tarea larga y lenta, pero hay que hacerlo antes que una sola máquina atómica o electrónica vuelva a funcionar. Nuestras automáticas lograron destruir los sensitivos del Blal al mismo tiempo que él nos alcanzó a nosotros. Ahora tenemos que destruir su cuerpo, pero no podemos hacerlo en tan-

to nuestras armas energéticas no funcionen nuevamente. ¿Está todo claro?

Junto a él, Carliss, la Salfid hembra, asintió dubitativa. Finalmente dijo:

—Supón que vive en ese planeta. ¿Y si hay otros allí?

Dorno suspiró.

—Querida mía —dijo—, hay un reglamento según el cual todos los miembros de una tripulación deben estar familiarizados con los datos pertenecientes a todos los sistemas junto a los cuales debe pasar su nave o...

—Pero a este sol lo descubrimos sólo hace medio *lan*.

—Hace tres *lans* que está registrado en el multiplano..., pero dejemos eso. Ese planeta es el único de este sistema que está habitado. Su área terrestre ocupa una veintava parte del total y fue colonizado por los seres humanos de sangre caliente de Wodesk. Su pueblo lo llama Tierra y debe desarrollar todavía los vuelos espaciales. Podría procurarte datos técnicos astrogeográficos, incluso el hecho de que el demonio-Blal no se acercaría *motu proprio* a una gravedad de ocho *der* o al oxígeno de esa atmósfera. Desdichadamente logrará sobrevivir a pesar de esas incompatibilidades físicas y químicas; y ese es el enorme peligro, el peli-

gro mortal, en realidad. Su mente conoce solo el camino del odio. Hemos destruido su principal fuente orgánica de energía, pero en realidad su sistema nervioso entero es un depósito de fuerzas sensitivas. Para cazar, debe proyectarse a través del espacio en busca de meteoritos que avanzan a muchos kilómetros por segundo; para poder perseguirlos, hace edades enteras que se desarrolló en él la habilidad de ajustarse a cualquier cuerpo material. Dado el dolor que le hemos provocado, se ha ajustado a nosotros desde el primer intercambio de energías; por lo tanto, no bien aterrice, se lanzará en nuestra busca por lejos que nos encontremos. Debemos asegurarnos de que no nos alcance antes que tengamos listo el desintegrador. De lo contrario...

—Pero con seguridad no puede dañar una nave espacial de metalita.

—No solo puede, sino que además lo hará. Sus dientes no son meramente dientes. Proyectan finos rayos de energía que disuelven cualquier metal por duro que sea. Y cuando haya acabado con nosotros, figúrate el incalculable daño que provocará en la Tierra antes que la patrulla descubra lo sucedido...; todo esto sin contar el hecho de que los psicólogos galácti-

cos consideran una absoluta catástrofe el que un planeta descubra antes de lo debido la existencia de una civilización galáctica que le es abrumadoramente superior.

—Ya lo sé —asintió Carliss con énfasis—. El reglamento exige que matemos inmediatamente cualquier habitante de un planeta semejante que nos vea.

Dorno emitió un sombrío sonido de asentimiento, resumiendo luego de mala gana:

—El problema consiste entonces en aterrizar lo suficientemente lejos de la bestia para mantenernos protegidos, destruirla antes que haga ningún daño y asegurarnos finalmente de que ningún ser humano nos vea.

Y agregó:

—Y ahora te sugiero que vayas a observar cómo Senna utiliza los tubos de los cohetes para descender sin peligro en este aterrizaje de emergencia. El...

Una luz de gas aleteó fuera de la puerta del cuarto de control. El Sahfid que entró era aún más corpulento que el poderoso Dorno. Llevaba un globo que ardía como empañado, pero que esparcía una intensa luz blanca.

—Tengo malas noticias —dijo Senna—. Recordarán que

utilizamos combustible de cohetes al perseguir a los delinquentes de Kjev y no tuvimos todavía oportunidad de reemplazarlo. Tendremos que aterrizar con un mínimo de manobras.

Ni siquiera después que Senna se hubo ido, Dorno dijo nada. Nada había que decir en presencia del desastre.

* * *

Trabajaron —Dorno y Carliss, Senna y Degel, su mujer— con tranquila e incesante furia. Transcurridos cuatro *lans*, todos los desagotadores estuvieron en posición y no había ya nada que hacer salvo esperar angustiados que las estructuras electrónicas se fueran normalizando. Dorno dijo:

—Algunos de los motores más pequeños, las inútiles armas de mano y las herramientas energéticas de la maquinaria funcionarán antes que llegue el demonio-Blal. Pero nada que sirva. Harán falta cuatro días y noches de este planeta para que los motores impulsores y los desintegradores funcionen nuevamente. Y eso nos deja casi sin esperanzas. Supongo que podríamos fabricar alguna especie de arma a reacción, utilizando como propulsor los restos del combustible de cohetes. Pero eso sólo enfurecería más a la bestia.

Se encogió de hombros.

—Me temo que sea inútil. Según nuestras observaciones finales, el monstruo debe de haber aterrizado más o menos a unos cien *negs* de nosotros, de modo que nos alcanzará mañana. Nosotros...

Las alarmas moleculares sonaron metálicamente. Pocos segundos más tarde vieron avanzar el barco por el pasaje y luego retroceder velozmente otra vez. Los ojos fijos sin parpados de Dorno observaron pensativamente hasta que el ballenero se perdió de vista.

No habló en seguida, sino que estuvo un tiempo observando las fotografías automáticas, que eran enteramente químicas en su funcionamiento y, por lo tanto, no habían sido afectadas por la catástrofe sufrida por el resto de la nave. Dijo por fin lentamente:

—No estoy seguro, pero creo que estamos de suerte. Los amplificadores muestran que ese barco tiene dos cañones a bordo, y uno de ellos tiene algo que sobresale. Eso me da una idea. Si es necesario debemos utilizar el resto de combustible de cohetes para mantenernos cerca de esa nave hasta que yo haya subido a bordo e investigado.

—Ten cuidado —dijo ansiosamente Carliss.

—La armadura transparente me protegerá de todo —le dijo Dorno—, salvo del más sostenido cañoneo.

* * *

Un cálido sol brillaba en la bahía, lo cual hacía tanto más sorprendente el cortante frío del agua. La helada sensación en las agallas le produjo la más extrema agonía; pero aún un mínimo examen del arpon desde la escotilla del castillo de proa le indicó que allí estaba la solución.

—Un arma muy notable —dijo a sus compañeros al regresar a la nave patrullera—. Será necesario un explosivo más energético para atacar con ella al Blal y, por supuesto, mejor metal en todas las fases de su composición. Tendré que regresar para tomar medidas y más tarde para instalar el nuevo equipo. Pero eso será simple. Logré inutilizar su combustible.

Concluyó:

—Eso debe rectificarse a su debido tiempo. Cuando llegue el Blal tendrán que maniobrar.

—¿Pero ellos lucharán?

Dorno sonrió sin alegría.

—Querida mía —dijo—, eso es algo que no debemos dejar al acaso. Una película tridimensional va a ponerlos al corriente de la más bien horripilante historia. En cuanto al resto, mantendremos sencilla-

mente su barco entre nosotros y el demonio-Blal. La bestia sentirá fuerza vital a bordo de la nave y, como estúpida que es, creerá que ellos son nosotros. Sí, te garantizo que van a luchar.

Carliss dijo:

—Incluso puede que el Blal nos ahorre la molestia de tener que matarlos luego.

Dorno la miró pensativo.

—¡Oh, sí —dijo—, los reglamentos! Te aseguro que los cumpliremos al pie de la letra.

Se sonrió:

—Algún día, Carliss, debes leerlos todos. Los grandes seres que los prepararon para que nosotros los administremos los hicieron comprensibles, muy comprensibles.

* * *

Los dedos de Wardell empujaron sobre los binoculares al examinar el enorme bulto que relucía oscuro en el mar, a un kilómetro hacia el Norte, y que se encaminaba directamente hacia el barco. El monstruo dejaba una estela brillante en las aguas al nadar con sus fuerzas enormes.

En cierto modo, la parte que resultaba visible no difería de una ballena grande. Wardell se aferró a la frenética esperanza y entonces...

Una gran espuma se alzó en el mar y su ilusión quedó des-

truida como un saco a prueba de balas ante una bala de cañón.

Porque ninguna ballena de los anchurosos océanos del Señor había jamás vomitado agua de modo tan formidable. Wardell tuvo la breve y vívida imagen mental de unas mandíbulas de cuatro metros que se movían convulsas bajo las olas y arrojaban agua como un fuelle.

Por un instante sintió un violento furor contra sí mismo por haber imaginado, siquiera por un segundo, que pudiera haber sido una ballena. La furia desapareció cuando se dio cuenta de que la ocurrencia podría no resultar inútil. Porque le recordó que durante toda su vida había actuado en medio de un juego donde el miedo no intervenía.

Con mucha lentitud, muy cuidadosamente, se irguió. Llamó con voz calma y resonante:

—¡Muchachos! Nos guste o no, estamos metidos en este baile. Así que ¡a la tarea! ¡a desempeñarse como los mejores balleñeros del mundo!

* * *

Todo el daño sufrido por el *Albatros* tuvo lugar durante los dos primeros minutos, después que el arpón salió disparado del cañón de Art Zote.

Ante el cruel impacto, una cabeza ciega, de pesadilla, se

elevó esparciendo toneladas de agua; y el ataque consistió en un desesperado pataleo de miembros blindados, que tanto daban en el mar como en el barco que retrocedía frenético.

Quedaron a salvo por fin; y Wardell, saliendo tembloroso de las ruinas del puente, percibió por vez primera los tronantes motores de la nave del lagarto y el segundo arpón clavado en el flanco del monstruo; la resplandeciente cola cobriza del arpón se extendía tenue y tensa hasta la nave erizada de escamas.

Cuatro arpones más se lanzaron, dos de cada barco; y entonces tuvieron al monstruo tirante entre ambas.

Durante una hora entera Art Zote no dejó de arrojar las bombas que quedaban, sobre ese cuerpo que se retorció con una ferocidad agonizante pero sin fin.

Y luego, durante tres largos días y noches permanecieron allí mientras la bestia, que no quería morir, se estremecía y luchaba con insensata e infinita furia.

Era la cuarta mañana.

Desde la destrozada cubierta de su barco, Wardell contemplaba la escena en la otra nave. Dos lagartos estaban instalando una curiosa y luminosa estructura que comenzó a bri-

llar con luz gris y neblinosa.

La niebla casi palpable era orientada hacia la bestia que se encontraba en el mar; y donde la tocaba se producía... un cambio, la trocaba en... nada...

No había ahora ningún movimiento en el *Albatros*, no se oía ni un sonido. Los hombres permanecían inmóviles y miraban con semiparalizada fascinación al monstruo de cien toneladas que se deshacía en elementos ante la fuerza trascendental que lo desgarraba.

Una larga hora transcurrió antes de que el terrible cuerpo se hubiera disuelto.

Retiraron luego el resplandeciente desintegrador, y por un momento hubo un silencio mortal. Una niebla tenue apareció en el horizonte hacia el Norte, envolviendo a ambos barcos. Wardell aguardaba con sus hombres, tenso, frío y... pensativo.

—Vayámonos de aquí —dijo alguien—. No confío en esos bribones ni aun siquiera después de haberlos ayudado.

Wardell se encogió de hombros, impotente.

—¿Qué podemos hacer? El saco de polvo químico que arrojaron a bordo junto con la plancha cuatridimensional solo transformó un tanque de combustible, y el que estaba medio vacío, por añadidura. Salvo

unos pocos galones, lo usamos todo en las maniobras. Nosotros...

—¡Maldita escoria! —se lamentó otro—. Es todo el misterio con que lo hicieron lo que no me gusta. ¿Por qué, si querían que los ayudáramos, no vinieron y nos lo dijeron?

Wardell no se había dado cuenta de cuán grande era su propia tensión. Las palabras del marinero le produjeron una oleada de furia.

—¡Oh, claro! —dijo disgustado—. Ya se me presenta el cuadro. Ya nos veo desplegando la bandera de bienvenida con un disparo de nuestro cañón de tres pulgadas. Y si hubieran logrado comunicarnos que querían tomar las medidas de nuestro cañón arponero para construir ellos uno propio y que acondicionáramos el nuestro para poder atrapar veinte ballenas a la vez y nos quedáramos aquí hasta que llegara esa cosa infernal... ¡Oh, sí, nos hubiéramos quedado! ¡Sí que nos hubiéramos quedado! Mas no son tan tontos.

—Nunca vi un maldito bicho de sangre tan fría, pero nos quedamos porque no teníamos más remedio, y nada de ¡por favor! o de ¡gracias! Lo que me preocupa es no haber visto nunca una especie semejante, ni oído nada de ella, tampoco

co. Eso podría probar solamente que los muertos no hablan, pero...

Su voz se acalló porque en la nave de los lagartos se agitaba la vida nuevamente: estaban instalando otra estructura. Más pequeña, de aspecto más deslucido que la primera, y equipada con proyectores semejantes a cañones.

Wardell se puso rígido, y luego su berrido resonó a través de la cubierta:

—Eso sólo puede ser para nosotros. ¡Art, te quedan tres bombas todavía! ¡Disponte a la lucha...!

Una nube de humo cortó instantáneamente sus palabras, sus pensamientos, su conciencia.

La suave voz sibilante de Dorno trazó un tranquilo diseño sonoro en el silencio de la cabina de la nave espacial:

—Los reglamentos tienen por objeto proteger la continuidad moral de la civilización e impedir una interpretación demasiado literal de las leyes fundamentales por parte de admi-

nistradores anquilosados o irreflexivos. Está bien que se proteja a los planetas de bajo nivel de evolución contra el contacto con civilizaciones superiores, hasta el punto de que la muerte sea una medida justificable contra aquellos que presienten la verdad, PERO...

Dorno sonrió y dijo:

—Cuando a un ciudadano o funcionario galáctico se le ha prestado una importante ayuda, sean cuales fueren las circunstancias, la continuidad de la conducta civilizada exige tomar otras medidas a fin de impedir que la historia circule. Hay precedentes, por supuesto —añadió Dorno tranquilamente—. Y estoy elaborando un plan en consonancia con ellos. Nos llevará más allá del distante sol de Wodesk, desde cuyos verdes y magníficos planetas proviene la colonización de la Tierra. No será necesario mantener a nuestros huéspedes en estado cataléptico. Dejemos que, tan pronto como se recobren de los efectos del gas plateado, puedan tener experiencia del viaje.

YA LLEGA

La novela de ciencia ficción que no se creía posible.

EL ETERNAUTA

por: HECTOR G. OESTERHELD



El libro de mayor suspenso jamás escrito en la Argentina.

Buenos Aires, para ser más exacto, la Plaza del Congreso, cabeza de invasión...



El histórico guión radiotelefónico basado en la "guerra de los mundos", que enloqueció de pánico a miles de personas y lanzó a la fama a su director Orson Welles.

Por Howard Koch

la gran invasión

NARRADOR: Sabemos que en los primeros años del siglo XX nuestro mundo era observado atentamente por inteligencias superiores a la del hombre, aunque tan perecederas como ella. Sabemos ahora que mientras los humanos se afanaban en sus variadas ocupaciones, eran estudiados y analizados quizás tan minuciosamente como ellos mismos estudian y analizan con el microscopio las diminutas criaturas que pululan y se reproducen en una gota de agua. Con infinita complacencia la gente se desplaza por sobre la Tierra en sus pequeñas ocupaciones, serenas y segura de su dominio en este pequeño fragmento de materia solar que, por casualidad o por cálculo, el hombre heredó de los oscuros misterios del Tiempo y el Espacio. Sin embargo, a través de un inmenso golfo de éter, mentes que al lado de las nuestras son como las nuestras al lado de las de los animales de la selva, intelectos vastos, fríos e inmisericordes, contemplaban a esta Tierra con ojos codiciosos, y lenta pero seguramente trazaban sus planes con respecto a nosotros. En el trigésimo octavo año del siglo XX llegó la gran desilusión.

Finalizaba octubre. Los negocios andaban mejor. El temor a la guerra había pasado. Más hombres regresaban a trabajar. Las ventas estaban repuntando. Esa noche determinada, la noche del 30 de octubre, el servicio estadístico Crossley calculó que treinta y dos millones de personas se hallaban escuchando las transmisiones radiales.

ANUNCIADOR UNO: ... en las próximas veinticuatro horas no se registrarán grandes cambios en la temperatura. En Nueva Escocia hay una ligera perturbación atmosférica de origen indeterminado, que provoca una zona de baja presión que se desplaza con bastante rapidez sobre los Estados del nordeste, trayendo como consecuencia algunas lluvias, acompañadas de vientos moderados. Temperatura máxima pronosticada: 19°; mínima: 9°. Han escuchado el informe del tiempo proporcionado por la Oficina Meteorológica del Gobierno.

ANUNCIADOR DOS: Conectamos ahora, estimados oyentes, con el Salón Meridiano del Hotel Park Plaza, en el centro de Nueva York, y los dejamos en la gratísima compañía de

Ramón Raquello y su orquesta.

(Música española que se desvanece en seguida.)

ANUNCIADOR TRES: Buenas noches, señoras y señores. Tenemos el agrado de ofrecerles, directamente desde el Salón Meridiano del Park Plaza, en la ciudad de Nueva York, la música de Ramón Raquello y su orquesta. Comenzando con un tema español, Ramón les brinda "La Cumparsita".

(Comienza el tango.)

ANUNCIADOR DOS: Señoras y señores, interrumpimos nuestro programa de músicaailable para transmitir un boletín especial de Noticias Radiales Intercontinentales. A las diecinueve y cuarenta, hora central, el profesor Farrell, del observatorio de Mount Jennings, de Chicago (Illinois), informa haber observado varias explosiones de gas incandescente, que se producen a intervalos regulares en el planeta Marte.

El espectroscopio indica que el gas es hidrógeno y que se desplaza en dirección a la Tierra a enorme velocidad. El profesor Pierson, del Observatorio de Princeton, confirma la noticia del doctor Farrell y describe el fenómeno como "un chorro de llamas azules que parecerían haber sido disparadas por un arma". Retornamos ahora a la música de Ramón

Raquello, que interpreta para ustedes directamente desde el Salón Meridiano del Park Plaza Hotel, situado en pleno centro de Nueva York.

(Se oye la música unos instantes, hasta que la pieza termina. Eco de aplausos.)

Y ahora, una melodía que jamás pierde el favor popular: "Polvo de estrellas", en la interpretación de Ramón Raquello y su orquesta...

(Música.)

ANUNCIADOR DOS: Señoras y señores, prosiguiendo con las noticias propaladas hace unos instantes por nuestro boletín, la Oficina Meteorológica del Gobierno ha pedido a los principales observatorios del país que se mantengan atentos a cualquier fenómeno que se observe en el planeta Marte. Debido a la naturaleza nada usual de estos fenómenos, hemos concertado una entrevista con el célebre astrónomo profesor Pierson, quien nos dará su opinión sobre estos sucesos. Dentro de algunos momentos estaremos con ustedes en el Observatorio Princeton, en Princeton (Nueva Jersey). Hasta entonces, los dejamos con la música de Ramón Raquello y su orquesta.

(Música.)

ANUNCIADOR DOS: Ya estamos listos para conectar con el Ob-

servatorio Princeton, en Princeton, donde nuestro comentarista, Carl Phillips, entrevistará al famoso astrónomo profesor Richard Pierson. Estamos en Princeton (Nueva Jersey).

(Eco.)

PHILLIPS: Buenas noches, señoras y señores. Les habla Carl Phillips desde el Observatorio de Princeton. Estoy en medio de una amplia cámara semicircular, completamente oscura, salvo en un lugar del cielorraso donde se abre un orificio rectangular. A través de esta abertura puedo ver algunas estrellas, que arrojan su resplandor frío sobre el intrincado mecanismo del enorme telescopio. El tic-tic que oyen ustedes es la marcha de los relojes. El profesor Pierson está justamente arriba del lugar dónde yo estoy, sobre una pequeña plataforma, mirando a través de los gigantescos lentes. Les pido que tengan paciencia, señoras y señores, por cualquier demostra que pudiera producirse en el curso de nuestra entrevista. Además de su incesante observación de los cielos, el profesor Pierson debe interrumpirse constantemente para atender llamadas telefónicas u otras comunicaciones. Durante este periodo está en contacto constante con los centros astronómicos más importantes del mundo...

Profesor, ¿puedo comenzar a interrogarlo?

PIERSON: Cuando usted guste, señor Phillips.

PHILLIPS: Profesor, ¿quiere usted tener la gentileza de decirles a nuestros oyentes qué es exactamente lo que usted observa en el planeta Marte a través de su telescopio?

PIERSON: Por el momento nada extraño, señor Phillips. Marte es un disco rojo que nada en un mar azul. En el disco hay franjas transversales. Que ahora son muy visibles, porque sucede que Marte está en su punto más cercano a la Tierra... en oposición, como decimos en astronomía.

PHILLIPS: En su opinión, profesor, ¿qué significan esas franjas transversales?

PIERSON: Puedo asegurarle, señor Phillips, que no son canales, aunque ésa es la opinión más generalizada entre los que imaginan que Marte está habitado. Desde un punto de vista científico, las franjas son simplemente el resultado de condiciones atmosféricas propias del planeta.

PHILLIPS: Entonces, ¿está usted completamente convencido, como científico, de que la inteligencia viviente, tal como la conocemos nosotros, no existe en Marte?

PIERSON: Yo diría que las po-

sibilidades de que no exista son mil contra una.

PHILLIPS: En ese caso ¿cómo explica usted erupciones de gas que tienen lugar en la superficie del planeta a intervalos regulares?

PIERSON: Señor Phillips, me es imposible explicarlas.

PHILLIPS: A propósito, profesor, y para refrescar la memoria de nuestros oyentes: ¿a qué distancia de la Tierra está Marte?

PIERSON: Aproximadamente a sesenta y cinco millones de kilómetros.

PHILLIPS: Bueno, esa cifra nos tranquiliza bastante... Un momento, señoras y señores: alguien acaba de entregar un mensaje al profesor Pierson. Mientras lo lee, permítanme recordarles que hablamos desde el Observatorio de Princeton (Nueva Jersey), donde estamos interrogando a un astrónomo mundialmente famoso, el profesor Richard Pierson... Un momento, por favor. El profesor Pierson acaba de pasarme el mensaje que ha recibido hace unos instantes. Profesor, ¿puedo leer este mensaje a los oyentes?

PIERSON: Desde luego, señor Phillips.

PHILLIPS: Señoras y señores, les leeré un cable dirigido al profesor Pierson por el doctor

Gray, del Museo de Historia Natural de Nueva York. "Veintiuna y quince, hora standard del Este. Sismógrafo registró choque de intensidad similar terremoto ocurrido dentro de un radio treinta y dos km. de Princeton. Ruego investigar. Firmado: Lloyd Gray, Jefe División Astronómica". Profesor Pierson, ¿puede tener este suceso algo que ver con los disturbios observados en el planeta Marte?

PIERSON: No lo creo, señor Phillips. Probablemente sea un meteorito de tamaño desusado, y su llegada en estos precisos momentos no es más que una coincidencia. No obstante pienso ponerme a la cabeza de un grupo investigador tan pronto como amanezca.

PHILLIPS: Gracias, profesor, Señoras y señores, durante los últimos diez minutos estuvimos transmitiendo para ustedes desde el Observatorio de Princeton, en una entrevista especial con el profesor Pierson, astrónomo de gran fama. Aquí les habla Carl Phillips. Volvemos ahora a nuestro estudio de Nueva York.

(Música de piano, que se desvanece en seguida.)

ANUNCIADOR DOS: Señoras y señores, he aquí el último boletín de Noticias Radiales Intercontinentales. Toronto, Cana-

dá; el profesor Morse, de la universidad de Macmillan, anunció haber observado un total de tres explosiones en el planeta Marte, entre las 19.45 y las 21.20, hora standard del Este. Esto confirma anuncios anteriores provenientes de observatorios norteamericanos. Y ahora una información especial que nos llega de más cerca. Trenton, Nueva Jersey. Se anuncia que a las 20.50 un objeto muy grande, que se cree sea un meteorito, cayó envuelto en llamas en una granja de las cercanías de Grovers Mill (Nueva Jersey), a treinta y cinco kilómetros de Trenton. El resplandor pudo verse en el cielo dentro de un radio de varios cientos de kilómetros, y el ruido del impacto se oyó, en el norte, hasta Elizabeth.

Hemos enviado al lugar un equipo móvil especial, desde el cual nuestro comentarista, Carl Phillips, les brindará una descripción no bien llegue allí desde Princeton. Mientras tanto, vamos al Hotel Martinet, en Brooklyn, donde Bobby Miller y su orquesta nos deleitarán con un programa de músicaailable.

(Música de swing durante 20 segundos. Corte.)

ANUNCIADOR DOS: Y ya estamos en Grovers Mill, Nueva Jersey.

(Rumor de multitud. Sirenas policiales.)

PHILLIPS: Señoras y señores, les habla nuevamente Carl Phillips, esta vez desde la granja Wilmuth, en Grovers Mill (Nueva Jersey). El profesor Pierson y yo hemos recorrido en diez minutos los dieciocho kilómetros que separan este lugar de Princeton. Bien, realmente no sé por dónde empezar a describir, aunque sólo sea en forma aproximada, la extraña escena que está desarrollándose delante de mis ojos, y que podría ser un cuadro salido de una *Mil y una noches* modernas. Acabo de llegar. Todavía no he tenido oportunidad de echar un vistazo a mi alrededor. Creo que de ése... Sí, sí, creo que ése es el... objeto; está directamente frente a mí, semienterrado en un cráter muy amplio. Debe de haber caído con una fuerza aterradora. El campo está cubierto de astillas desprendidas de algún árbol que este... objeto debe de haber derribado al caer. Lo que puedo ver del... objeto mismo no tiene aspecto de meteorito, o por lo menos no se parece a los meteoros que yo he visto. Más bien es como un enorme cilindro. Tiene un diámetro de unos..., ¿cuánto diría usted, profesor Pierson?

PIERSON: (*lejano*): Unos treinta metros.

PHILLIPS: Unos treinta metros. El metal que lo recubre es... bueno, jamás vi nada parecido. Es de color blanco amarillento. Muchos curiosos se amontonan cerca del objeto pese a los esfuerzos de la policía para contenerlos. Están obstruyendo mi visual. ¿Serían tan amables de apartarse, señores?

POLICÍA: Más atrás, apártense, más atrás.

PHILLIPS: Mientras el agente de policía aparta a la multitud, tenemos aquí al señor Wilmuth, propietario de la granja. Es posible que tenga algunas cosas interesantes que agregar. Señor Wilmuth, ¿tendría usted la gentileza de contar a nuestros oyentes sus impresiones acerca de este extraño visitante que cayó en los fondos de su casa? Más cerca, por favor Señoras y señores, el señor Wilmuth.

WILMUTH: Estaba escuchando la radio...

PHILLIPS: Más cerca y más alto, por favor.

WILMUTH: Perdón.

PHILLIPS: Más alto, por favor, y más cerca.

WILMUTH: Sí, señor... Estaba escuchando la radio y medio amodorrado; ese profesor hablaba de Marte, así que yo

estaba medio dormido, y medio...

PHILLIPS: Sí, sí, señor Wilmuth. ¿Y qué pasó entonces?

WILMUTH: Como le iba diciendo, estaba escuchando la radio medio...

PHILLIPS: Sí, señor Wilmuth. ¿Y entonces vio algo?

WILMUTH: En seguida no. Primero oí algo.

PHILLIPS: ¿Qué oyó usted?

WILMUTH: Un chiflido. Así: ssssssss..., como un buscapiés del 4 de Julio.

PHILLIPS: ¿Y entonces?

WILMUTH: Saqué la cabeza por la ventana y hubiera jurado que estaba dormido y señorando.

PHILLIPS: ¿Sí?

WILMUTH: Vi como un franga verdosa y entonces ¡zácate! ¡Algo chocó contra el suelo. ¡Casi me caigo de la silla!

PHILLIPS: Me figuro que usted se habrá asustado bastante ¿verdad, señor Wilmuth?

WILMUTH: Bueno, yo... no estoy muy seguro... Creo que... estaba medio "embroncado".

PHILLIPS: Gracias, señor Wilmuth. Gracias.

WILMUTH: ¿Quiere que le cuente más?

PHILLIPS: No, está muy bien. Eso es suficiente. Señoras y señores, acaban de oír al señor Wilmuth, propietario de la granja donde cayó este objeto.

Quisiera poder transmitirles la atmósfera... el clima de todo esto... de esta escena fantástica. Cientos de automóviles se hallan estacionados en un campo detrás de nosotros. La policía trata de cercar la carretera que lleva a la granja. Pero es inútil. La gente se abre paso de cualquier manera. Los faros buscahuellas arrojan una luz poderosa dentro del cráter donde se encuentra el objeto semi-enterrado. Algunos de los más temerarios se aventuran cerca del borde. Sus siluetas se recortan contra la coraza de metal.

(Se oye un zumbido débil.)

Un hombre quiere tocar el objeto... está discutiendo con un policía. El policía gana... Señoras y señores, hay algo que me olvidé de mencionar a causa de toda esta excitación, pero que ahora se hace cada vez más notable. Quizá se oiga ahora en sus aparatos de radio. Escuchen *(pausa larga)*... ¿Lo oyen? Es un zumbido extraño que parece provenir del interior del objeto. Llevaré más cerca el micrófono. Ya está. *(Pausa)*. Ahora estamos a una distancia de ocho metros. ¿Lo oyen ahora? ¡Oh, profesor Pierson!

PIERSON: ¿Sí, señor Phillips?

PHILLIPS: ¿Puede usted aclararnos el significado de ese

zumbido en el interior del objeto?

PIERSON: Posiblemente se trata del enfriamiento irregular de su superficie.

PHILLIPS: ¿Sigue usted creyendo que es un meteoro, profesor?

PIERSON: No sé qué creer. La coraza de metal es definitivamente extraterrestre... No es conocida en nuestra tierra. Cuando un meteorito entra en contacto con la atmósfera terrestre, la fricción suele agujerear su superficie. Este objeto es liso y, como usted puede ver, de forma cilíndrica.

PHILLIPS: ¡Un momento! ¡Algo está sucediendo! ¡Señoras y señores, esto es aterrador! ¡El extremo superior del objeto está comenzando a desprenderse! ¡La parte de arriba está rotando como una tuerca! El objeto debe ser hueco!

VOCES: ¡Se mueve! ¡Miren, se está desenroscando! ¡Atrás, ahí! ¡Atrás, les digo! ¡A lo mejor hay hombres que tratan de escapar! ¡Está al rojo, se van a achicharrar! ¡Atrás ahí! ¡Echen atrás a esos idiotas!

(Repentinamente se oye el ruido de una gran pieza de metal que cae.)

VOCES: ¡Se salió! ¡Se aflojó la tapa! ¡Cuidado, usted! ¡Retrocedan!

PHILLIPS: Señoras y señores,

ésta es la escena más escalofriante que he presenciado en mi vida... ¡Un momento! Alguien está arrastrándose fuera de ese hueco. Alguien o... algo. Veo dos discos luminosos asomarse por el agujero negro... ¿Serán ojos? Puede ser un rostro. Puede ser...

(Gritos de espanto de la multitud.)

Cielo santo, algo reptante entre las sombras como si fuera una víbora gris. Ahora otra, y otra. Parecen tentáculos. Ahí está, ahora puedo ver el cuerpo de esa cosa. Es grande como el de un oso y reluce como cuero mojado. Pero la cara. Es... indescriptible. Apenas puedo forzar-me a mí mismo a mirarla. Los ojos son negros y brillan como los de una serpiente. La boca tiene forma de V, y de los angostísimos labios, que parecen estremecerse y latir, gotea la saliva. El monstruo, o lo que sea, casi no puede moverse. Parece abrumado por... posiblemente la gravedad, o algo así. Está enderezándose. La multitud retrocede. Ya han visto demasiado. Esta es la experiencia más extraordinaria... No hallo palabras... Mientras hablo estoy tironeando el micrófono. Tendré que hacer una pausa en mi descripción hasta cambiar de posición. Espérenme, se

lo ruego; volveré en un minuto.

(Música de piano.)

ANUNCIADOR DOS: Estamos brindando a ustedes una relación directa de lo que ocurre en la granja del señor Wilmuth en Grovers Mill (Nueva Jersey).

(Más piano.)

Volvemos a ponerlos en comunicación con Carl Phillips en Grovers Mill.

PHILLIPS: Señoras y señores, ¿estoy en el aire?... señoras y señores, aquí estoy, cerca de una tapia de piedra que limita el jardín del señor Wilmuth. Desde aquí puedo ver toda la escena. Les daré a ustedes todos los detalles mientras pueda hablar. Mientras pueda ver. Han llegado más efectivos de la policía del Estado. Unos treinta de ellos están tendiendo un cordón delante del cráter; ya no es necesario hacer retroceder a la gente. Ellos mismos desean mantenerse a distancia. El capitán está conferenciando con alguien. No podemos ver claramente con quién. Ah, sí, creo que es el profesor Pierson. Sí, es él. Ahora se separan. El profesor va hacia un costado, estudiando el objeto, mientras el capitán y dos policías avanzan con algo en las manos. Ahora puedo verlos bien. Es un pa-

ñuelo blanco atado al extremo de una vara... Una bandera de parlamento. Si esas criaturas saben lo que significa... ¡lo que significa todo...! ¡Un momento! ¡Está sucediendo algo!

(Sonidos sibilantes seguidos por un zumbido que crece en intensidad.)

Una forma gibosa surge del cráter. Puedo distinguir un rayito de luz contra un espejo. ¿Qué es eso? Del espejo salta una llamarada que se dirige rectamente hacia los hombres que avanzan. ¡Les golpea justo en la cabeza! ¡Dios mío, están incendiándose!

(Gritos y gemidos sobrehumanos.)

Ahora todo el campo está en llamas. *(Explosión)*. Los bosques..., los graneros..., los tanques de gasolina de los automóviles... El rayo se extiende por todas partes. Viene en esta dirección: a unos veinte metros a mi derecha...

(Ruido de rotura en el micrófono... Luego silencio de muerte.)

ANUNCIADOR DOS: Señoras y señores, debido a circunstancias ajenas a nuestra voluntad nos vemos imposibilitados de continuar nuestra transmisión desde Grovers Mill. Evidentemente, algo anda mal en el equipo transmisor. No obstan-

te, podemos asegurarles que volveremos a establecer contacto a la brevedad posible. Mientras tanto, oigamos el último boletín proveniente de San Diego, California. Durante una cena en la Sociedad Astronómica de California, el profesor Ingellkoffer expresó la opinión de que las explosiones de Marte no son, indudablemente, otra cosa que serias irregularidades de tipo volcánico en la superficie del planeta. Continuamos con nuestro intermedio de piano.

(Piano. Luego corte.)

Señoras y señores, acabamos de recibir un mensaje telefónico desde Grovers Mill. Un segundo, por favor. Por lo menos cuarenta personas, entre ellas seis policías estatales, yacen muertos en un campo al este de Grovers Mill, con los cuerpos quemados y distorsionados de tal manera que su identificación se hace imposible. La próxima vez que oirán ustedes será la del brigadier general Montgomery Smith, comandante de la milicia del Estado con asiento en Trenton (Nueva Jersey).

SMITH: El gobernador de Nueva Jersey me pidió que pusiera bajo la ley marcial los condados de Mercer y Middlesex hasta Princeton, y por el este hasta Jamesburg. Nadie

podrá penetrar en esa zona salvo con un pase especial expedido por autoridades civiles o militares. Cuatro compañías de la milicia del Estado están en camino desde Trenton hacia Grovers Mill, para ayudar a evacuar la población que se encuentre dentro de la zona de operaciones militares. Gracias.

ANUNCIADOR: Acaban ustedes de oír al general Montgomery Smith, comandante de la milicia del Estado con asiento en Trenton. Mientras tanto, siguen llegando detalles de la catástrofe de Grovers Mill. Las extrañas criaturas, después de su terrible ataque, volvieron a su cráter y no hicieron intento alguno de obstaculizar los esfuerzos de los bomberos para recobrar los cadáveres y extinguir el fuego. Varias dotaciones del condado de Mercer están luchando contra las llamas, que amenazan a toda la región.

(Larga pausa. Susurros.)

Señoras y señores, acaban de informarme que finalmente hemos podido establecer comunicación con un testigo presencial de la tragedia. El profesor Pierson ha sido localizado en una granja cerca de Grovers Mill, donde instaló un puesto de observación de emergencia. Será, él, como científico, quien nos dé una explicación de la calamidad. La voz que oirán usted-

des inmediatamente es la del profesor Pierson, transmitida por cable directo. Con ustedes el profesor Pierson.

PIERSON: No puedo dar ninguna información definitiva sobre las criaturas del cilindro-cohete de Grovers Mill... ni sobre su naturaleza, ni sobre su origen, ni sobre sus propósitos acerca de nuestro planeta. Con respecto a su instrumento destructor, puedo aventurar una conjetura. Por falta de un término mejor, daré a esta arma el nombre de "rayo de calor". Es absolutamente evidente que estas criaturas poseen conocimientos científicos mucho más avanzados que los nuestros. Me inclino a creer que de alguna manera son capaces de generar calor intensísimo en una cámara absolutamente aislante. Este intenso calor es proyectado, en forma de rayo paralelo, contra cualquier objeto, por medio de un espejo parabólico pulido de composición desconocida, que actúa en forma muy parecida al espejo de un faro marino cuando proyecta su haz de luz. Esa es mi opinión acerca del rayo de calor.

ANUNCIADOR Dos: Gracias, profesor Pierson. Señoras y señores, he aquí un boletín proveniente de Trenton. Se trata de unas breves líneas en que se nos informa que en el hos-

pital de esta ciudad ha sido identificado el cuerpo carbonizado de nuestro comentarista Carl Phillips. Y ahora un boletín de Washington, D. C.

La oficina del director de la Cruz Roja Nacional informa que se han destinado diez unidades de trabajadores de emergencia de la Cruz Roja a los cuarteles generales de la milicia del Estado, estacionada en las afueras de Grovers Mill (Nueva Jersey). Aquí un boletín de la policía del Estado, en Empalme Princeton: El fuego de Grovers Mill y alrededores ha sido controlado. Los exploradores anuncian que reina absoluta quietud en el cráter, sin que por la boca del cilindro aparezca signo alguno de vida. Y ahora, señoras y señores, transmitiremos una comunicación especial, que nos dirá el señor Harry McDonald, vicepresidente a cargo de las operaciones.

McDONALD: Hemos recibido un pedido de la milicia de Trenton que nos solicita que pongamos a su disposición todos nuestros medios radiotelefónicos. En vista de la gravedad de la situación, y convencidos de que la finalidad suprema de la radio es servir a los intereses públicos en cualesquiera circunstancias, cedemos todos los espacios radiales a la

milicia del Estado de Trenton.

ANUNCIADOR: Nos trasladamos ahora a los cuarteles generales de campaña de la milicia del Estado, cerca de Grovers Mill (Nueva Jersey).

CAPITÁN: Les habla el capitán Lansing, del Cuerpo de Señales, agregado a la Milicia del Estado, que en estos momentos realiza operaciones militares en las cercanías de Grovers Mill. La situación provocada por la presencia de individuos de naturaleza no identificada, según se informó, está en estos momentos bajo nuestro absoluto control.

El objeto cilíndrico, que yace en un cráter directamente debajo de nuestra posición, está totalmente rodeado por ocho batallones de infantería, sin armamento pesado pero adecuadamente equipados con fusiles y ametralladoras. Toda causa de alarma, si la hubo en algún momento, es ahora por completo injustificada. Esos seres, sean lo que fueren, ni siquiera se atreven a asomar las cabezas por sobre el pozo. Desde aquí, y gracias a los faros buscavallas, me es posible divisar su escondrijo. Pese a todos sus medios ofensivos, estas criaturas no pueden hacer frente al fuego graneado de nuestras ametralladoras. De cualquier manera, se trata de una experien-

cia interesante para las tropas. Puedo distinguir los uniformes caquis que se mueven delante de las luces. Es casi como si fuera una verdadera guerra. Parece observarse un poco de humo en los bosques que bordean el río Millstone. Probablemente se trata de hogueras encendidas por excursionistas. Bien, es posible que pronto tengamos un poco de acción. Una de las compañías está desplegándose por el flanco izquierdo. Un golpe rápido, y todo habrá terminado. ¡Un momento, por favor! Veo algo en la parte superior del cilindro. No, no es más que una sombra. Ahora las tropas están en el borde de la granja Wilmuth. Siete mil hombres armados acercándose a un viejo tubo de metal. ¡Un momento: no era una sombra! Es algo que se mueve... de metal sólido... como una especie de escudo que se levanta y sale del cilindro... Crece y crece cada vez más. ¡Santo cielo, el cilindro está parado sobre patas!... En realidad es como si se irguiera sobre una especie de armadura metálica. ¡Ya está llegando a la altura de los árboles, y los buscahuellas lo alumbran! ¡Deténganse!

(Silencio.)

ANUNCIADOR DOS: Damas y caballeros, tengo que hacer un

gravísimo anuncio. Por increíble que parezca, tanto las observaciones de la ciencia como la evidencia de nuestros propios ojos, llevan a sospechar casi con certeza que esos seres extraños que aterrizaron esta noche en las granjerías de Jersey son la vanguardia de un ejército invasor del planeta Marte. La batalla que tuvo lugar esta noche en Grovers Mill ha terminado en una de las más terribles derrotas sufridas por ejército alguno en los tiempos modernos: siete mil hombres armados con fusiles y ametralladoras lucharon contra una sola máquina de guerra de los invasores de Marte. Sólo se tienen noticias de ciento veinte sobrevivientes. El resto de los hombres yacen en el campo de batalla que se extiende desde Grovers Mill hasta Plainsboro, pisoteados y aplastados hasta morir por las patas metálicas del monstruo, o totalmente carbonizados por el rayo de calor. El monstruo controla ahora toda la parte central de Nueva Jersey y, efectivamente, ha dividido al Estado por la mitad. Las líneas de comunicación que van desde Pensilvania hasta el Océano Atlántico han quedado cortadas. Los rieles del ferrocarril fueron arrancados, y el servicio desde Nueva York a Filadelfia es muy

irregular, excepto si se hace el desvío por las estaciones de Allentown y Phoenixville. Las carreteras que llevan al norte, al sur y al oeste están obstruidas por multitudes enloquecidas. La policía y el ejército son incapaces de controlar esta huida masiva. Por la mañana, los fugitivos habrán atestado las ciudades de Filadelfia, Camden y Trenton, que se estima llegarán al doble de su población normal.

En estos momentos la ley marcial rige en toda Nueva Jersey y en la parte oriental de Pensilvania. Conectamos ahora con Washington para oír una transmisión especial sobre el Estado de Emergencia Nacional. Con ustedes el ministro del Interior...

MINISTRO: Ciudadanos de la nación: no trataré de ocultar la gravedad de la situación por la que atraviesa el país, ni la preocupación del gobierno por proteger la vida y los bienes del pueblo. No obstante, deseo inculcarles a todos, ciudadanos particulares y funcionarios públicos, a todos sin excepción, la urgente necesidad de calma y de una acción fructífera. Afortunadamente este formidable enemigo sigue confinado en una zona relativamente pequeña, y podemos confiar en que las fuerzas militares lo

mantendrán allí. Mientras tanto, pongamos nuestra fe en Dios, y continuemos, todos y cada uno de nosotros, en el cumplimiento de nuestras tareas cotidianas, para poder enfrentar a este destructivo enemigo con una nación unida, animosa y consagrada a la preservación de la supremacía humana sobre la Tierra. Muchas gracias.

ANUNCIADOR: Se ha escuchado la palabra del ministro del Interior, directamente desde Washington. En este estudio están amontonándose muchos y muy nutridos boletines. Se nos informa que la parte central de Nueva Jersey está totalmente incomunicada a causa de los efectos del rayo de calor sobre las líneas de alta tensión y los equipos eléctricos. He aquí un boletín especial de Nueva York. Se han recibido cables de organizaciones científicas inglesas, francesas y alemanas en que se nos ofrece ayuda. Los astrónomos siguen observando constantemente explosiones de gas a intervalos regulares en el planeta Marte. La opinión más generalizada es que el enemigo será reforzado por cohetes adicionales. Se han hecho tentativas para localizar al profesor Pierson, de Princeton, que observó muy de cerca a los marcianos. Se teme que haya su-

cumbido en la batalla reciente.

Langham Field, Virginia: Aviones de reconocimiento localizaron tres máquinas marcianas, visibles por entre las copas de los árboles, que se dirigen hacia el norte, rumbo a Somerville, mientras la población huye delante de ellas. No utilizan el rayo de calor, aunque avanzan a la velocidad de un tren expreso; los invasores escogen cuidadosamente los lugares por los que han de pasar. Parecen esforzarse conscientemente en evitar la destrucción de las ciudades y de la campaña. No obstante, se detienen para inutilizar las líneas de alta tensión, los puentes y las vías de ferrocarril. Aparentemente tienen por objetivo destruir la resistencia, paralizar las comunicaciones y desorganizar la sociedad humana.

He aquí un boletín proveniente de Basking Ridge, Nueva Jersey: Unos cazadores de rejonos descubrieron un segundo cilindro, similar al primero, enterrado en un gran pantano a unos treinta y dos kilómetros al sur de Morristown. Unidades de artillería del ejército de los Estados Unidos acuden desde Newark para destruir la segunda unidad invasora antes que se abra el cilindro y sea emplazada la máquina de gue-

rra. Están tomando posición al pie de las montañas Watchung. Otro boletín de Langham Field, Virginia: Aviones de reconocimiento informan que las máquinas enemigas, en número de tres, avanzan ahora hacia el norte a velocidad creciente, destruyendo a su paso casas y árboles en su evidente prisa por reunirse con sus aliadas del sur de Morristown. Un operador telefónico divisó nuevas máquinas al este de Middlessex y a unos quince kilómetros de Plainfield.

OFICIAL: Distancia: dos mil doscientos metros.

ARTILLERO: Dos mil doscientos metros.

OFICIAL: Proyección: treinta y nueve grados.

ARTILLERO: Treinta y nueve grados.

OFICIAL: ¡Fuego!

(Explosión de arma pesada. Pausa).

OBSERVADOR: Ciento veintisiete metros a la derecha, señor.

OFICIAL: Rectificar distancia: dos mil trescientos diez metros.

ARTILLERO: Dos mil trescientos diez metros.

OFICIAL: Proyección treinta y siete grados.

ARTILLERO: Treinta y siete grados.

OFICIAL: ¡Fuego!

(*Explosión de arma pesada.*
Pausa.)

OBSERVADOR: ¡Le dimos, señor!. Le acertamos a uno en el trípode. Se han detenido. Los otros están tratando de repararlo.

OFICIAL: ¡Rápido, tome la distancia! Rectifique cincuenta, treinta metros.

ARTILLERO: Treinta metros.

OFICIAL: Proyección: Veintisiete grados.

ARTILLERO: Veintisiete grados.

OFICIAL: ¡Fuego!

(*Explosión de arma pesada.*
Pausa.)

OBSERVADOR: No alcanzo a ver el blanco, señor. Están largando humo.

OFICIAL: ¿Qué es eso?

OBSERVADOR: Humo negro, señor. Viene en esta dirección. Cerca del suelo. Se mueve con rapidez.

OFICIAL: Pónganse máscaras anti-gás. (*Pausa.*) Prepárese a disparar. Rectifique a mil quinientos metros.

ARTILLERO: Mil quinientos metros.

OFICIAL: Proyección: veinticuatro grados.

ARTILLERO: Veinticuatro grados.

OFICIAL: ¡Fuego! (*Explosión.*)

OBSERVADOR: Sigo sin poder

ver, señor. El humo se aproxima.

OFICIAL: Tome la distancia. (*Tose.*)

OBSERVADOR: Novecientos metros. (*Tose.*)

OFICIAL: Novecientos metros. (*Tose.*)

OBSERVADOR: Proyección: veintidós grados (*Tose.*)

OFICIAL: Veintidós grados. (*La tos se desvanece.*)

(*Esas voces y toses son reemplazadas paulatinamente por el ruido del motor de un aeroplano.*)

COMANDANTE: Bombardero del ejército, V-8-43 en las afueras de Bayonne, Nueva Jersey, teniente Voght al mando de ocho bombarderos. Informando al comandante Fairfax, Langham Field... Aquí Voght, informando al comandante Fairfax, Langham Field... Máquinas tripódicas enemigas a la vista. Reforzadas por tres máquinas del cilindro de Morristown. Seis en total. Una de ellas está parcialmente averiada. Aparentemente fue alcanzada por un mortero del ejército en las montañas Wachtung. Las armas parecen silenciosas. Hay una niebla negra y espesa en suspensión junto al suelo... es de densidad extrema y naturaleza desconocida. No hay signos del rayo de calor. El enemigo dobla ahora hacia el este, cru-

za el río Passaic y se interna en los pantanos de Jersey. Otra atraviesa la autopista Pulaski. Objetivo evidente: la ciudad de Nueva York. Están destruyendo una usina de alta tensión. Las máquinas se hallan muy juntas ahora; nosotros estamos listos para atacar. Aviones volando en círculo, listos para el golpe. Mil metros más y estaremos encima de la primera máquina... ochocientos... seiscientos... cuatrocientos... doscientos... ¡Ahí van! Alzan sus brazos gigantes... ¡Un rayo verde! ¡Están rociándonos con llamas! Seiscientos metros. Los motores fallan. Ninguna posibilidad de soltar las bombas. Solo podemos hacer una cosa: dejarnos caer sobre las máquinas, con avión y todo. Nos arrojamos sobre la primera. ¡Se paró el motor! Ocho...

OPERADOR UNO: Aquí Bayonne, Nueva Jersey, llamando a Langham Field... Aquí Bayonne, Nueva Jersey, llamando a Langham Field... Responda, por favor...

OPERADOR DOS: Aquí Langham Field... Adelante...

OPERADOR UNO: Ocho bombarderos del ejército en combate con las máquinas tripódicas enemigas sobre las llanuras de Jersey. Los motores fueron inutilizados por el rayo de calor. Han sido derribados todos.

Una máquina enemiga destruida. En estos momentos el enemigo arroja humo negro y espeso en dirección de...

OPERADOR TRES: Aquí Newark, Nueva Jersey... Aquí Newark, Nueva Jersey... ¡Advertencia! Un humo negro y ponzoñoso está llegando desde los pantanos de Jersey. Se acerca a la calle Sur. Las máscaras antigás son ineficaces. Urgimos a la población a salir al aire libre... los automóviles deberán utilizar las rutas 7, 23 y 24... Eviten las zonas congestionadas. El humo se extiende ahora por el Bulevar Raymond...

OPERADOR CUATRO: 2X2L... llamando a CQ... 2X2L... llamando a CQ... 2X2L... llamando a 8X3R...

OPERADOR CINCO: Aquí 8X3R... contestando a 2X2L.

OPERADOR CUATRO: ¿Cómo se oye? ¿Cómo se oye? Clave, por favor. ¿Dónde está usted, 8X3R? ¿Qué sucede? ¿Dónde está?

(Sobre la ciudad, campanas que van disminuyendo gradualmente.)

ANUNCIADOR: Hablo desde la terraza del Edificio de Transmisión, en la ciudad de Nueva York. Las campanas que oyen ustedes están tañendo para advertir a la población que debe evacuar la ciudad a medida que se acercan los marcianos.

Se estima que en las últimas dos horas, tres millones de personas se han trasladado hacia el norte por las carreteras; la autopista Hutchison River aún está abierta al tránsito motorizado. Eviten los puentes que llevan a Long Island: están completamente obstruidos. Todas las comunicaciones con Jersey fueron cortadas hace diez minutos. Ya no hay más defensas. Nuestro ejército ha sido deshecho... la artillería, la Fuerza Aérea, todo ha sido diezmado. Esta puede ser la última transmisión radial. Nos quedaremos aquí hasta el final. En la catedral, debajo de nosotros, la población celebra servicios religiosos.

(Voces que entonan himnos.)

Ahora miro hacia el puerto. Embarcaciones de todas clases, cargadas hasta el tope de fugitivos, pugnan apresuradamente por salir de los muelles.

(Sirenas de barcos.)

Las calles están llenas de gente. El ruido es igual al que se oye la víspera de Año Nuevo. Un momento... por sobre Palisades ya se alcanza a ver el enemigo. Cinco grandes máquinas. La primera cruza el río. Puedo verla desde aquí, vadeando el Hudson como un hombre vadearía un arroyuelo... Acaban de entregarme un boletín: es-

tán cayendo cilindros marcianos en todo el país. Uno en las afueras de Buffalo, otro en Chicago, otro en San Luis... Todo parece estar perfectamente coordinado en el tiempo y en el espacio. Ahora, la primera máquina llega a la costa. Se queda observando, escudriñando la ciudad. Su cabeza de acero abovedado está a la altura de los rascacielos. Espera a las otras. Se yerguen como una hilera de torres nuevas en el extremo occidental de la ciudad. En este momento alzan sus manos de metal. Este es el fin. Comienza a salir el humo... humo negro que se expande por toda la ciudad. La gente que está en las calles alcanza a verlo. Todos se vuelven al East River... y miles de ellos se arrojan al agua como ratas. El humo comienza a extenderse más rápidamente. Ha llegado a Times Square. La gente trata de huir de él, pero es inútil. Caen como moscas. Ahora el humo cruza la Sexta Avenida... la Quinta Avenida... está a cien metros... a quince...

OPERADOR CUATRO: 2X2L llamando a CQ... 2X2L llamando a CQ... Nueva York... ¿No hay nadie en el aire? ¿No hay nadie?... 2X2L...

* * *

PIERSON: Mientras traslado estas notas al papel, me obse-

siona el pensamiento de que bien puedo ser el único ser viviente sobre la Tierra. He estado oculto en esta casa vacía cerca de Grovers Mill, pequeña isla de luz separada del resto del mundo por el humo negro. Todo lo que sucedió antes de la llegada de estas monstruosas criaturas me parece ahora parte de otra vida: una vida que carece de continuidad con el presente, existencia furtiva del solitario desterrado que garrapea estas palabras a la vuelta de algunas anotaciones astronómicas que llevan la firma de un tal Richard Pierson. Miro mis manos ennegrecidas, mis ropas desgarradas, mis zapatos destrozados, y trato de asociarlos con un profesor que vive en Princeton y que, la noche del 30 de octubre, miró a través de su telescopio y alcanzó a ver un estallido de luz anaranjada en un planeta distante. Mi esposa, mis colegas, mis alumnos, mis libros, mi observatorio, mi ... mundo... ¿dónde están? ¿Existieron alguna vez? ¿Soy yo Richard Pierson? ¿Qué día es hoy? ¿Existen los días cuando no hay calendarios? ¿Pasa el tiempo cuando no hay manos humanas que den cuerda a los relojes? Al poner por escrito mi vida diaria me digo a mí mismo que estoy preservando la historia de la humanidad entre

las cubiertas oscuras de este libro cuya misión era consignar los movimientos de las estrellas. Pero para escribir debo vivir, y para vivir debo comer... Encuentro pan mohoso en la cocina, y una naranja que no está tan mala como para que no se la pueda comer. Mantengo los ojos fijos en la ventana. De tiempo en tiempo alcanzo a ver un marciano por sobre el humo negro.

El humo mantiene todavía a la casa en su negra prisión. Pero al cabo oigo un ruido sibilante, y de repente veo a un marciano montado en su máquina, rociando el aire con un chorro de vapor, como para disipar el humo. Me meto en un rincón mientras sus enormes patas de metal casi rozan la casa. Exhausto de terror, me quedo dormido.

Es de mañana. El sol inunda la ventana. La negra nube de gas se ha disipado, y las llanuras calcinadas del norte lucen como si por ellas hubiera pasado una tormenta de nieve negra. Me aventuro fuera de la casa. Me acerco a una carretera. No hay tránsito. Aquí y allá un auto desfrozado, equipajes desparramados, un esqueleto ennegrecido. Por alguna razón me siento más seguro siguiéndoles la pista a estos monstruos que escapando de

ellos. Me mantengo en cuidadosa vigilancia: he visto alimentarse a los marcianos. Si por sobre los árboles apareciera una de esas máquinas, estoy dispuesto a tirarme al suelo y quedarme allí, lo más achataado que pueda. Descubro un castaño. Es octubre, las castañas están maduras. Lleno mis bolsillos. Debo sobrevivir. Durante dos días camino, creo que hacia el norte, en medio de un mundo desolado. Finalmente alcanzo a ver una criatura viviente: una ardillita roja sobre un haya. Me quedo contemplándola, maravillado. Ella también me mira. Creo que en ese momento el animal y yo compartimos la misma emoción: la dicha de encontrar otro ser con vida. Sigo hacia el norte. Encuentro vacas muertas en un campo nauseabundo. Más allá, las ruinas quemadas de una cremería. El silo permanece erguido en medio del erial como un faro abandonado junto al mar. Al tope del silo hay una veleta. La flecha señala el norte.

Al día siguiente arribo a una ciudad cuyos contornos me resultan vagamente familiares, pero que tiene los edificios ya hundidos, ya elevados por sobre el nivel normal, como si un gigante hubiese pasado caprichosamente su mano por

allí. Llegué a los suburbios. Hallé a Newark sin demoler, pero como humillada por algún antojo de los victoriosos marcianos. En ese momento tuve la extraña sensación de que alguien me observaba, y alcancé a ver un bulto acurrucado en un umbral. Di un paso hacia el bulto, y entonces se enderezó y se convirtió en un hombre: un hombre armado con un enorme cuchillo.

DESCONOCIDO: Deténgase. ¿De dónde viene?

PIERSON: Vengo de... muchos lugares. Hace tiempo venía de Princeton.

DESCONOCIDO: Princeton ¿eh? ¡Eso queda cerca de Grovers Mill!

PIERSON: Sí.

DESCONOCIDO: Grovers Mill... *(Ríe como si se tratase de un magnífico chiste.)* No hay comida ahí. Este es mi país... toda esta parte de la ciudad hasta el río. Hay comida solo para uno. ¿Hacia dónde va?

PIERSON: No lo sé. Creo que ... ando buscando gente.

DESCONOCIDO: *(nerviosamente)*: ¿Qué fue eso? ¿Oyó usted algo en este mismo instante?

PIERSON: Nada más que un pájaro. ¡Un pájaro vivo!

DESCONOCIDO: En estos días se llega a saber que los pájaros tienen sombras... Oiga, estamos

al raso aquí. Metámonos en ese zaguán para charlar.

PIERSON: ¿Ha visto usted algún marciano?

DESCONOCIDO: Se han ido a Nueva York. Por las noches el cielo se ilumina con sus luces. Como si aún hubiera gente viviendo allí. Durante el día no se los ve. Hace cinco días un par de ellos llevaron algo grande desde el aeropuerto hasta la llanura. Creo que están aprendiendo a volar.

PIERSON: ¡Volar!

DESCONOCIDO: Sí, volar.

PIERSON: Entonces se acabó la humanidad. Desconocido, aún quedamos usted y yo. Quedamos dos.

DESCONOCIDO: Ellos sí que están bien. Destruyeron el país más poderoso del mundo. Probablemente todas las noches caen algunas de esas estrellas verdes en todas partes. Solo han perdido una máquina. No hay nada que hacer. Estamos listos. Acabados.

PIERSON: ¿Dónde estaba usted? Viste uniforme...

DESCONOCIDO: Diga mejor restos de uniforme. Estaba en la milicia... en la Guardia Nacional. ¡Fue muy divertido! Algo así como una guerra entre hombres y hormigas.

PIERSON: Solo que somos hormigas comestibles. Lo descubrí

hace poco ¿Qué harán con nosotros?

DESCONOCIDO: Ya lo tengo pensado. Ahora mismo nos atrapan como quieren. El marciano no tiene más que salir unos pocos kilómetros para encontrarse con una multitud que huye. Pero no seguirán haciendo eso. Comenzarán a atraparnos sistemáticamente y a... a conservar a los mejores y guardarlos en jaulas y cosas así. ¡Todavía no empezaron con nosotros!

PIERSON: ¡No empezaron!

DESCONOCIDO: No empezaron. Todo lo que ocurrió hasta ahora fue porque no tenemos el seso suficiente para quedarnos tranquilos, en vez de molestarlos con armas y cosas parecidas, y perder la cabeza y salir disparando multitudes enteras. Ahora, en vez de correr como ciegos, no tenemos más remedio que acomodarnos a las circunstancias. Las ciudades, las naciones, la civilización, el progreso...

PIERSON: Pero si es así, ¿entonces para qué vivir?

DESCONOCIDO: Durante más o menos un año no habrá conciertos ni cenas en lindos restaurantes. Si lo que busca es diversión, sáqueselo de la cabeza.

PIERSON: ¿Y qué nos queda?

DESCONOCIDO: ¡La vida: eso

es lo que nos queda! Yo quiero vivir. ¡Y usted también! No vamos a ser exterminados. Y tampoco pienso ser atrapado y domesticado y cebado y cuidado como un buey.

PIERSON: ¿Y qué va usted a hacer?

DESCONOCIDO: Voy a embromarlos. Tengo un plan. Nosotros, como hombres, estamos terminados. No sabemos lo bastante. Tenemos que aprender mucho antes que se nos presente una oportunidad. Y tenemos que vivir y ser libres mientras aprendamos. Lo tengo todo pensado, ya ve.

PIERSON: Dígame el resto.

DESCONOCIDO: Bueno, no todos nosotros estamos destinados a ser bestias salvajes. Y así está bien. Por eso yo lo observaba a usted. Todos esos empleados que vivían en sus casas... esos no servirían. No tienen la pasta necesaria. No sabían más que correr al empleo. He visto a cientos de ellos, corriendo para alcanzar el tren todas las mañanas por miedo de ser amonestados si no llegaban puntualmente; y volviendo a correr por la noche por temor de no llegar a tiempo para la cena. Seguros de vida y algún otro seguro menor para caso de accidente. Y los domingos, a preocuparse por el futuro. Los marcianos serán un don de

Dios para esos tipos. Lindas jaulitas espaciosas, buena comida, grandes cuidados, nada de preocupaciones. Después de una semana de vagar por el campo con los estómagos vacíos, vendrán ellos mismos, muy contentos, a que los atrapen.

PIERSON: Lo tiene todo pensado, ¿no es verdad?

DESCONOCIDO: ¡Y que lo diga! Y eso no es todo. Estos marcianos tomarán a algunos de ellos como mascotas y les enseñarán a hacer gracias. ¿Quién sabe? A lo mejor se ponen sentimentales cuando se trata de matar a la mascotita que han criado desde pequeña. Y quizás algunos de ellos sean adiestrados para cazarnos a nosotros.

PIERSON: No, eso es imposible. Ningún ser humano...

DESCONOCIDO: Sí, lo harán. Hay hombres que lo harán encantados de la vida. Si alguno de ellos llega a perseguirme...

PIERSON: Mientras tanto, usted y yo, y los otros como nosotros... ¿dónde vamos a vivir cuando los marcianos posean la Tierra?

DESCONOCIDO: Lo tengo todo pensado. Viviremos bajo la superficie. He estado pensando en las cloacas. Debajo de Nueva York hay miles y miles. Las principales son lo suficientemente grandes para contenernos. Y después están los sótanos,

los almacenes subterráneos, las triptas, los túneles del ferrocarril, los trenes metropolitanos. Comienza a comprender ¿eh? Y llegaremos a reunir un puñado de hombres fuertes. Nada de débiles, esos afuera.

PIERSON: ¿Y usted quiere que yo vaya?

DESCONOCIDO: Bien, le he dado una oportunidad, ¿no?

PIERSON: No discutiremos por eso. Continúe.

DESCONOCIDO: Tenemos que construir lugares seguros en los cuales permanecer, sabe, y conseguir todos los libros que podamos: libros científicos. Ahí es donde intervienen los hombres como usted, ¿entiende? Invadiremos los museos, incluso espia-remos a los marcianos. Quizá no sea tanto lo que tenemos de aprender de... Imagínese esto: de pronto se ponen en funcionamiento cuatro o cinco de sus propias máquinas de guerra: rayos de calor a derecha e izquierda, y ni un solo marciano en ellas ¡Ni un solo marciano en ellas! Pero sí hombres... hombres que han aprendido cómo hacerlo. Hasta puede suceder en nuestra época. ¡Caray! ¡Imagínese lo que va a ser tener una de esas preciosidades con rayo de calor y todo para manejar a voluntad! Se lo aplicaríamos a los mismos marcianos, se lo aplicaríamos a los

hombres. Pondríamos de rodillas a todo el mundo.

PIERSON: ¿Es ese su plan?

DESCONOCIDO: Usted y yo, y otros cuantos, poseeremos el mundo.

PIERSON: Ya lo veo.

DESCONOCIDO: Diga, ¿qué le pasa? ¿A dónde va?

PIERSON: A cualquier mundo menos al suyo. Adiós, desconocido...

Después de separarme del artillero llegué al Túnel Holland. Entré en ese tubo silencioso ansioso conocer el destino de la gran ciudad allende el Hudson. Con mucha cautela emergí del túnel y comencé a andar por la calle Canal.

Llegué a la calle Catorce, y aquí volví a encontrar el humo negro y varios cadáveres, y un olor fuerte y desagradable que provenía de las despensas de algunas casas. Rondé por entre las calles treinta y cuarenta; estuve solo en medio de Times Square. Pude ver un perro flaco que corría por la Séptima Avenida con un trozo de carne marrón oscuro en las fauces y un grupo de cuzcos hambrientos pisándole los talones. Describió un amplio círculo a mi alrededor, como si temiese que yo fuera un nuevo competidor. Subí por la Avenida Broadway siguiendo la dirección de la extraña polvareda; pasé por de-

lante de escaparates silenciosos que exhibían sus artículos mudos ante las veredas vacías; pasé por la entrada del Teatro Capitol, silencioso, oscuro; pasé por una galería de tiro al blanco, donde una fila de rifles vacíos enfrentaba una hilera quieta de patitos de madera.

De pronto alcancé a ver la capucha de una máquina marciana, detenida en algún punto del Parque Central y refulgiendo con el último sol de la tarde. ¡Una idea loca se apoderó de mí. Corrí como un enajenado atravesando Columbus Circle, y me interné en el Parque. Subí a una pequeña elevación que se alza por sobre el lago a la altura de la calle Sesenta. Desde allí pude ver, paradas en silenciosa fila a lo largo del Mall, diecinueve de esos enormes titanes metálicos, con las capuchas vacías y los brazos de acero colgando descuidadamente a los costados. Busqué en vano los monstruos que habitan esas máquinas.

Repentinamente mi atención se vio atraída por la inmensa bandada de pájaros negros que revoloteaban directamente encima mío. Describían círculos en dirección al suelo: allí, justo ante mis ojos, rígidos y silenciosos, yacían los marcianos, y los pájaros hambrientos los picoteaban y arrancaban tiras de carne de sus cadáveres.

Más tarde, cuando se examinaron los cuerpos en los laboratorios, se descubrió que habían sido aniquilados por las bacterias patógenas y corruptoras, contra las cuales no tenían sistema alguno de protección. Una vez que todas las defensas del hombre hubieron fallado, los marcianos fueron muertos por las criaturas más pequeñas que Dios, en Su sabiduría, puso sobre esta Tierra.

Ahora me parece extraño estar sentado en mi pacífico estudio de Princeton, escribiendo el último capítulo de los acontecimientos que comenzaron en una granja desierta de Grovers Mill. Me parece extraño ver desde mi ventana los chapiteles de la universidad, penumbrosos y azules en la bruma de abril. Me parece extraño mirar cómo juegan los niños en las calles. Me parece extraño ver a los jóvenes pasearse por la verde pradera, donde la hierba nueva de la primavera cura las últimas heridas negras de una tierra calcinada. Me parece extraño observar a los curiosos que entran en el museo, donde están a la vista del público las piezas separadas de una máquina marciana. Me parece extraño evocar el momento en que la ví por vez primera, brillante y nítida, dura y silenciosa, bajo la aurora del último gran día.

una muerte

Por H. G. Oesterheld



Los contactos con seres de otros mundos pueden ser tan diferentes a todo lo imaginado... Y tan patético.

Yo andaba investigando la muerte del Jon.

Las huellas, luego de con-
tornear todo el pueblo, me lle-
varon hasta la pequeña casa
junto al río, casi perdida entre
los juncos.

No hacía frío, pero igual me
subí las solapas del abrigo y
hundí las manos en los bolsi-
llos.

Subí cinco escalones no muy
seguros, empujé la puerta, en-
tré.

Jaulas, pajareras por todas
partes. De fabricación casera.

Pájaros de colores; cotorras,
cardenales, pechos colorados,
canarios. Pájaros grises, pájaros
marrones. Grandes y chicos.

Avancé; fue como entrar en
una nube de píos, trinos, gor-
jeos. Y de olor denso, cálido.

De entre dos pajareras salió
el hombre. Tricota agujereada,
cabeza blanca. Ojos curiosa-
mente grandes y claros en el
rostro ceniciento, lleno de arru-
gas; un rostro muy gastado, pe-
ro abierto, cordial.

—Hace tres días. . . —empecé.
Y me detuve.

Me miró por un momento.
Miró al piso, volvió a mirar-
me. Ya nos estábamos entendi-
endo.

—¿Amigo suyo?

Asentí.

—¿Sabe lo que. . ., lo que le
pasó?

Volví a asentir.

—Me lo imagino. Sé que es-
taba muy enfermo.

Me acercó una silla de paja.
El se sentó en un cajón vacío.

—Ahora que lo pienso —se
decírselo a la policía. Pero
rascó la cabeza—, quizás debí
cuando sucedió no me pareció
necesario. No hubieran com-
prendido nada; usted me en-
tiende.

—Por supuesto.

—Ya todos me creen loco, sin
necesidad de un cuento seme-
jante —sacudió la cabeza, tenía
las manos sobre las rodillas fla-
cas; manos de dedos largos, de-
licados—. Además, ¿por qué ha-
bría de elegir mi casa para mor-
rir? El comisario no lo enten-
dería nunca. Claro, podía ha-
ber ido al médico. O a ver al
cura. Pero no, tuvo que cami-
narse toda la distancia hasta
aquí.

Yo sólo sabía que el Jon es-
taba muerto. Lo dejé hablar.

—Aunque créo saber por qué
me eligió a mí, al "Churrin-
che", el loco "Churrinche", el
pajarero. . . El sabía que yo
era el único en todo el pueblo
que lo dejaría morir tranquilo
y sin preguntas. De tanto an-
dar con animales uno termina
por amigarse, por entender a
todo lo vivo, venga de donde
venga.

Me miró con los ojos claros:

tenían algo de charcos de agua quieta. Yo hubiera hecho lo mismo que el Jon.

—Claro, al principio me tomó por sorpresa; yo no estaba preparado para verlo. Llegó del lado del río, lo sentí chapotear en el juncal, cuando subió los escalones creí que era José, o el Negro, o cualquiera de los vagabundos de siempre. Tardó en entrar, el último escalón le costó mucho trabajo; pensé que estaría borracho, no le hice caso. Pero, al llegar a la puerta se apoyó en el marco, y recién entonces me di cuenta al verle la mano, tan verde y con los siete dedos.

Se levantó, fue hasta un brasero donde temblaba una pava.

—¿Un matecito?

Dije que sí con la cabeza.

—Estaba que se caía —mientras hablaba puso yerba en un jarrito enlozado—. Me di cuenta que se moría, pero no quiso que lo acostara; insistió en sentarse ahí, donde está usted. Y se quedó medio caído, los ojos cerrados.

—Sé que eres amigo —me dijo de pronto, marcando mucho las letras—. Por eso hice toda la distancia hasta aquí... Sé que cuidas pájaros... Por eso vine.

—¿Por los pájaros? —le pregunté.

—Sí... Quiero pedirte un favor... ¿Podrías prestarme uno, uno cualquiera, hasta..., hasta que no lo necesite más?

—Contesté que sí y le traje a la Manolita, la cotorra, es la más mansita de todas. Se la ofrecí.

—Gracias... —la mano le tembló cuando le puse el pájaro. Y Manolita se quedó tan quieta, tan cómoda entre los siete dedos—. Gracias... No tienes idea, pajarero, cómo tus pájaros se parecen a los sicalos nuestros... Son tan iguales...

—Le costó levantar la mano, pero igual se tomó el trabajo, quería ver bien a Manolita.

—Si uno sabe mirar, un solo pájaro..., un solo sicalo..., resume todas las bellezas de los mundos...

—Yo no decía nada, me daba tanta pena verlo respirar tan mal; además, cuando uno anduvo mucho entre animales sabe en seguida cuándo alguno se muere, así sea un perro o una persona o..."

El pajarero me tendió el humeante jarrito. Lo tomé con cuidado, para no quemarme.

—Su amigo apoyaba ahora la mano en la mesa, y no dejaba de mirar la cotorra. Y volvió a hablar:

—El pájaro..., el sicalo... es los días perdidos, es la in-

fancia... Cuidar un pájaro es revivir la infancia... Por eso tú, pajarero, cuidas pájaros... No quieres desprenderte de la infancia...

—No lo sé —le dije por decir algo—. Pero... ¿y los chicos que cuidan pájaros?

—Los chicos que cuidan pájaros... Tienes razón... Los chicos no pueden recordar la infancia... —hizo una pausa, se quedó mirando largamente la cotorra, que seguía quietecita en su mano; y de pronto agregó—: Los chicos que cuidan pájaros están recordando, reviviendo, sin saberlo, los días perdidos, la infancia de la especie...

—Volvió a callar, siguió mirando a Manolita. Y mirando, también, vaya uno a saber qué imágenes de otros tiempos, de otros lugares.

—¿Quiere agua? ¿Está realmente cómodo?

—No me contestó.

—Afuera se acababa la tarde, igual que ahora.

—Pensé que alguno podría venir, la sorpresa que se llevaría al verlo allí:

—Manolita se alborotó de pronto, aleteó, se me vino hasta el hombro.

—La mano verde seguía igual, apoyada sobre la mesa.

—No tuve que tocarlo para saber que ya estaba muerto.

—Cavé una fosa en el albar-dón, lo enterré en el mismo lugar donde entierro a los pájaros que se me mueren.

—Y allí está ahora. Pensé ponerle una cruz, pero no... ¿Qué mejor cruz para él que la misma de los pájaros, el sol de cada día?"

Me levanté. Ya sabía todo lo que quería sobre la muerte del Jon.

—Gracias —le devolví el jarrito enlozado.

El Jon, después de todo, había tenido una muerte buena.

El pajarero se levantó también.

—¿Eran muy amigos?

—Mucho.

Me tendió la mano.

Vacilé un momento, le tendí la mía.

Sonrió al sentir la presión de los siete dedos. Me dio una palmada en el hombro, me acompañó hasta la puerta.

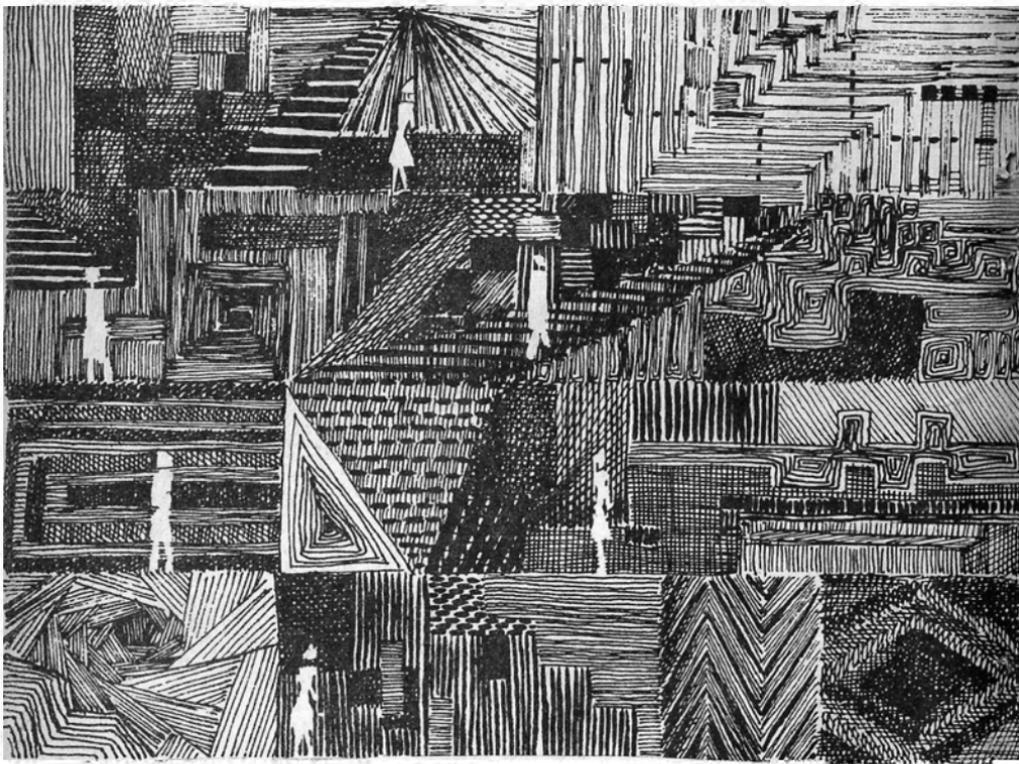
Bajé los escalones, me fui por el juncal.

Ya había estrellas. Pero no, el Gelo no se veía. Demasiado distante.

Aunque no está tan lejos, pensándolo bien.

Un pájaro nocturno pasó volando bajo, en vuelo silencioso.

¿Un pájaro o un sicalo?



Por Sidney Van Scyoc - Ilustró Cristalina

reparación total

La ortopedia llevada a sus últimas consecuencias.

Todo, todo puede ser reemplazado. Hasta nosotros mismos.

Víctor estaba agachado frente a los controles de su aparato "constructor", cuando el fonovideo hizo un zumbido y aparecieron las facciones de Lyra, agrandadas, en la pantalla. Su voz era aguda.

—¿Víctor? Ah, Víctor... El señor Hallers acaba de llamar. Estaban cambiando una pieza del engranaje en la planta, cuando una de las cadenas se rompió y papá...

—¿Qué pasó?

Ella se estremeció.

—No sé. El señor Hallers dice que la enfermera llegó en seguida, pero no pudo acercársele, ni siquiera hablarle. Y ahora tengo que decirle a mamá... ¿pero qué cosa?

—¿Has llamado al hospital?

Lyra meneó la cabeza con expresión de desamparo.

—Mmm —consideró él—. Está bien. Ve a ver a tu madre. Te llamaré allí cuando sepa bien qué ha ocurrido.

Dirigió sus manos a los controles.

Ella no se fue.

—¿Qué ocurre, Lyra?

La voz de ella se hizo más aguda.

—Víctor... ¡Míster Hallers piensa que está muerto!

—¡Tonterías! —hizo chasquear los dedos—. Ve a ver a tu madre.

Los ojos de ella se cerraron e interrumpió el circuito.

Con el entrecejo fruncido, dirigió al sibilante "constructor" a través de los jardines. Tras estacionar, fue hacia el departamento de construcción. Masters, desde su escritorio, le ofreció un pocillo de café.

No lo aceptó.

—Mi suegro tuvo un accidente —dijo—. Debo comunicarme con el hospital y luego hacer un llamado a Lyra.

El pesado rostro de Masters se cubrió de arrugas.

—Bien. Mira, usa la cabina de afuera. Dile al operador que yo digo que te dé una línea exterior.

Víctor asintió distraídamente y comenzó a caminar. Luego se volvió.

—Masters, dime. ¿Si uno de nosotros quedase aplastado bajo un pedazo de pared, quién te notificaría?

Masters levantó las cejas.

—Bien, la enfermera de la compañía. ¿Quién más?

—Y si no fuese un trabajo de dos minutos el de levantar la pared y volver a unir los pedazos del tipo, ¿dejaría ella que el resto de nosotros pusiese manos a la obra y ayudase?

Masters tomó una expresión pensativa.

—Bien... ella debe llamar al Departamento de Seguridad para que oculte la escena. Luego haría llamar a una ambulancia... de la compañía en que estuviese asegurado el compañero. Ellos usan su propia gente para sacarlo...

—En otras palabras, no. Masters suspiró.

—No —estuvo de acuerdo—. Mira, antes la compañía contrataba a sus propias enfermeras. Luego se entremetieron los de la compañía de seguros. Ellos se ocuparon conjuntamente de las enfermeras... pagaban los salarios. La única condición que impusieron fue que cada enfermera debía tener toda la autoridad cada vez que se presentase un caso de emergencia. —Levantó los hombros—. Tú puedes ver el problema. No es posible dejar a un hato de aficionados que rompa la espalda de un hombre para salvarle el brazo.

—Mmm —dijo Víctor y se di-

rigió lentamente hacia la puerta.

Sólo después de encerrarse en la cabina del fonovideo se dio cuenta de que Lyra no le había dado el nombre del hospital. Hojeó la guía y encontró al Mercy, el hospital más cercano a Carrigan Metals, donde trabajaba Jonathan Krueger.

—¿Jonathan Krueger? —La secretaria que le contestó consultó una lista—. Lo siento. Krueger no está registrado.

Zumbó entonces una segunda pantalla y ella se inclinó para interrumpir el circuito de Víctor.

—No, espere —insistió él—. Se trata de un accidente industrial que tuvo lugar hace media hora. Comuníqueme con Sala de Guardia.

—Un momento, por favor —murmuró ella a la otra pantalla, luego se volvió y observó una segunda lista—. Lo siento, señor. Si estuviese en la Sala de Guardia tendría su nombre. Quizá esté en el City o en el St. Mary.

La empleada hizo un movimiento para interrumpir la comunicación.

—Y quizás la Sala de Guardia no ha entregado todavía el agregado de una nueva lista.

—Señor. . .

Pero él insistió, y la telefonista, exasperada, desconectó el circuito.

Tres enfermeras, un secretario y un airado médico más tarde Víctor abandonó la búsqueda. Johnathan Krueger no había sido llevado al Mercy.

Miró con furia la guía, la cerró y la lanzó a un lado. La cabina estaba oscura. Limpió sus lados transparentes.

Por último retomó la guía y volvió a apretar botones.

El cuadro conmutador del robot se iluminó. "Carrigan Metals".

Hizo su pedido. El robot se prendió y se apagó.

La pantalla de Víctor se iluminó con el rostro de una persona de edad, con algo de pájaro.

—¿Sí?

—Hallers, he llamado al hospital y no puedo localizar a Jonathan. Pensé que tendría alguna idea acerca de adónde lo pueden haber llevado.

Hallers apretó los labios haciendo que la boca pareciese un pico y se frotó la barbilla, pensativo.

—Bien, no me gusta decirlo, Víctor. Pero en el estado en que estaba Jonathan no parecía que ningún hospital sirviese de nada —sus ojos brillaron de astucia—. Estaba precisa-

mente a su lado cuando ocurrió la cosa. De pura suerte no me agarró a mí también, pero di un salto como para batir todos los records. Luego ese entremetido capataz no me dejó volver a acercarme, ni a nadie más. Y la enfermera no estuvo mejor.

La voz de Víctor resonó cortante.

—Por más mal que estuviere, deberían haberlo llevado a un hospital.

Los ojos de Hallers centellearon.

—Bueno, no me hagas acordar de eso. ¿Lyra todavía no se lo dijo a su madre?

—No quiere decirle nada hasta que no tengamos noticias seguras.

—Bien, cuando termine mi turno llevaré a mamá e iré hasta la casa. Sólo por cumplir. Jonathan trabajó conmigo durante dieciséis años, casi.

Con un suspiro, Víctor interrumpió la comunicación.

Afuera, metió las manos hasta el fondo de los bolsillos y trató de pensar. Finalmente se dirigió hacia la puerta y alquiló una motoneta.

Dejó que la máquina se deslizase por sí misma, cuando Carrigan Metals se levantó ante él con sus grises, humosas y

enormes chimeneas. Al llegar encontró la puerta llena de obreros. El guardia vio que Víctor no tenía la insignia de la corporación y lo hizo apartar.

Cuando el tropel de trabajadores hubo pasado, Víctor se adelantó haciendo rodar la motoneta y ofreció identificación personal.

—Mi suegro sufrió un accidente esta tarde. Deseo ver a la enfermera.

El guardia refunfuñó y retrocedió hasta el fonovideo de la casilla de guardia. Luego de hacer varios llamados, volvió, desplegó un mapa sobre el tablero y señaló a Víctor la mejor ruta que debía seguir.

—La puerta de la cruz azul. Ella lo esperará.

Víctor le devolvió el saludo y comenzó su camino. Al llegar al corredor principal del complejo devolvió la motoneta al encargado del alquiler y subió a una zorra colectiva, hasta el ascensor. Arriba tomó otra colectiva, que lo llevó hasta la puerta de la cruz azul.

La enfermera se volvió hacia él desde una baja cabina. Era maternal, de alrededor de cincuenta años.

—Víctor Fiske. Quiero saber por qué mi suegro no fue llevado a un hospital —exigió.

La frente de la enfermera se arrugó.

—Bien, no había necesidad, señor Fiske. Yo misma revisé al señor Krueger. Estará en su casa a las seis de la tarde.

Víctor torció los labios con impaciencia.

—Mire, uno de sus compañeros de trabajo —nadie más, por otra parte, se ha tomado el trabajo de notificar a la familia— vio lo ocurrido. Jonathan no estará en su casa esta noche, ni nunca. Dígame la verdad.

Ella meneó sus grises rizos y dijo con condescendencia.

—Por favor, señor Fiske, debe comprender. En estos casos siempre hay alguien que quiere interferir y provocar a la familia angustias inútiles. Esa es una de las razones por las cuales insistimos...

—Estoy seguro de que hablo en nombre de toda la familia cuando digo que su política de ocultar deliberadamente los hechos es la causa de las angustias. ¡Dígame toda la verdad! Sin endulzarla.

—Por supuesto que estará en su casa a las seis. Usted verá...

Con ira, Víctor le apretó el brazo con los dedos.

—Mire, ya tengo bastante. Dígame de una buena vez, sin más evasivas, ¿qué ocurrió con mi suegro?

Ella frunció el ceño.

—Bien, señor Fiske... creí que lo sabía. Fue aplastado por una pieza del engranaje. Yo misma lo examiné. Estará en su casa a las seis.

Victor retrocedió, con los dedos todavía aferrados al brazo de ella. Contra su voluntad la miraba fijamente. Tardó unos momentos en comprender la razón por la cual no podía quitar la mirada del rostro de la mujer.

Ella le devolvía la mirada con ceñudo interés. Sus ojos continuaban pestañeando a intervalos regulares.

La empujó con tanta fuerza que ella dio un traspié. Pero el periódico, mecánico pestañeo no se interrumpió, ni tampoco cuando ella se levantó.

—Señor Fiske...

Pero él ya cruzaba la puerta y avanzaba enérgicamente por el corredor. Sólo cuando estuvo a punto de darse de cabeza contra una de las zorras colectivas se permitió recostarse contra una pared y, jadeando, tratar de comprender aquello que había visto.

Las personas no parpadean de esa forma, a intervalos regulares.

¿Lo hacen?

Trepó a uno de los ómnibus para empleados, subió por el ascensor hasta el nivel de la

tierra, alquiló una segunda motoneta y rehizo el camino hacia la puerta oeste.

Se arrojó sobre el lado exterior de la casilla del guardia, hasta que éste salió.

—El accidente de esta tarde... ¿vio de qué clase era la ambulancia que enviaron?

El guardia se rascó el dorso del cuello.

—Debió ser uno de los coches de las compañías de seguros —dijo esforzándose por recordar—. Carrigan no contrata a nadie a menos que esté asegurado.

Victor se crispó furioso, su propia tarjeta de seguros le pesaba en el pecho.

—Sí, por supuesto, fue el coche de una de las compañías de seguros. Pero ¿de cuál?

El guardia reflexionó.

—Le diré, veo entrar y salir personas durante todo el día, motonetas, camiones de abastecimiento, la gente de la limpieza. Luego una ambulancia sobre la cual...

—Está bien. Deje no más.

Airado, Víctor lanzó su motoneta a toda velocidad hacia el cruce. Pero había demasiado tráfico en el sector industrial para que pudiese descargar su ira en la velocidad.

Cuando llegó a la casa de los Krueger, en los suburbios,

Lyra estaba en la puerta con los ojos agrandados por la angustia. De adentro podía oírse el seco chillido de la voz de Hallers que manifestaba sus condescuencias.

—Supongo que le dijiste — dijo Víctor.

Los rasgos de Lyra se contrajeron defensivamente.

—Ella ya sabía que algo andaba mal. —Su voz se hizo más aguda—. Y luego vino Mr. Hallers con su madre y empezó a decir lo terrible que había sido, después de dieciséis años, y...

—¿Qué le dijiste? —siseó Víctor. Más allá de su vista se encontraban Hallers y, acurrucada sobre el diván, junto a él, con el pelo blanco y temblorosa, su madre. La señora Krueger no parecía verlo desde la silla.

—Bien, que ha habido un accidente y que no conocemos su gravedad. Pero Mr. Hallers piensa... —Lyra se interrumpió y con el entrecejo fruncido miró hacia él—. ¿Víctor?

Con expresión seria, Víctor se hundió en la silla.

—Hablé con la enfermera de Carrigan y ella me dio un rato de charla almibarada. ¿En qué compañía estaba asegurado?

Ella seguía con el entrecejo fruncido, siguiendo el complejo orden de sus propios pensamientos.

—En Western, por supuesto. No, creo que nunca hablamos de eso, pero después de la boda pensamos que puesto que tu padre...

—¿Víctor? —volvió ella a preguntar, siguiéndolo hasta la cocina y hasta el fonovideo instalado allí.

Hizo un esfuerzo de memoria, pidiéndole silencio. Cuando la operadora apareció, dijo:

—Habla Víctor Fiske. Comuníqueme con mi padre, por favor.

—¡Víctor! —el rostro de su padre manifestaba alegría.

Víctor no le contestó con la misma cordialidad.

—Quiero saber qué ocurrió con el padre de Lyra. Tuvo un accidente en Carrigan esta tarde y fue llevado por una ambulancia de Western. No pude seguirle el rastro en ninguno de los hospitales.

Los hombros de su padre se aflojaron.

—Haré preguntar.

Por un momento se retiró de la pantalla, luego volvió.

—Además, Víctor, no te olvides de tu revisión la semana próxima. Y la de Lyra la semana siguiente.

Víctor lo miró con frialdad.

—Ya sabes. Me he estado preguntando qué sucedería si fuese en cambio a un médico privado. Uno que pudiese exami-

narme sin provocarme un hueco de cuatro horas en la memoria.

—Lo sabes muy bien: en ese caso será necesario anular tu póliza.

Víctor asintió.

—Tú sabes que ese hueco realmente no me ha fastidiado hasta esta tarde.

El padre intentó reír bajo su mirada.

—Bueno, francamente, creo que te será difícil encontrar a un médico independiente en esta época. La mayor parte de los graduados entran directamente en una de las compañías.

Pareció considerar otra cosa, pero una voz murmuró a sus espaldas y él se volvió.

Al volverse tenía en su mano una nota amarilla. Sonreía abiertamente.

—Jonathan estará libre en medio hora. Yo mismo lo llevaré en mi autocóptero hasta la casa.

Víctor lo miró fijamente. Su padre rió.

—¿Sorprendido? Estaremos con ustedes en cuarenta y cinco minutos.

Víctor cortó la comunicación.

Los ojos de Lyra habían seguido involuntariamente a los de Víctor hasta el reloj que se

encontraba sobre el fonovideo. Las manecillas marcaban las cinco y cuarto.

—Entonces llegarán exactamente a las seis —dijo Víctor, y comenzó a reír sin alegría.

Lyra frunció el ceño.

—Pero Víctor... Creo que es magnífico.

Y se fue apresuradamente a contarle a los demás.

—Bien, ves como las cosas no son siempre tan malas como parecen. —filosofó Hallers mientras ayudaba a su madre a levantarse—. Me alegro de que Jonathan se encuentre perfectamente bien.

Víctor lo miró con incredulidad.

—¿Perfectamente bien? Mire, Hallers, seguramente usted ve que algo está mal. Jonathan no podrá pasar por esa puerta dentro de cuarenta y cinco minutos, si estaba tan mal después del accidente, hacen apenas dos horas.

Mr. Hallers rió.

—Mira, hijo, mis ojos están viejos. Siento tener que irme, pero no quiero que la salida le haga mal a mi madre.

Víctor lo tomó de un brazo.

—Mire, Hallers, usted estuvo allí. Usted vio con sus propios ojos.

Pero los ojos de Víctor ahora estaban fijos en la señora Hallers.

Ella temblaba. Sus ojos, claros a pesar de la edad, parpadearon. Lo hicieron por segunda vez. Y otra vez más, con regularidad.

El brazo de Víctor cayó.

—Bien, dile a Jonathan que lo veré en la fábrica.

Pero Víctor había caído sobre el escalón de la entrada, agarrándose de los costados, incapaz de dejar de reír.

¡Por supuesto! La señora Hallers y su golpe de hacía cinco años. Era un milagro que se hubiese recobrado, ¿no lo había dicho así Lyra? A su edad. ¿Y no era conmovedor lo solícito que era Hallers con ella?

Oh, Víctor vio entonces lo que podría haber ocurrido. Cómo probablemente había ocurrido. ¿No era esa la época de la superminiaturación? ¿No era la época en que podía reproducirse cualquier parte del organismo humano?

Pero por supuesto no era sólo una parte la que podía reproducirse. Eso dejaría a las demás todavía vulnerables, susceptibles de romperse.

No, indudablemente había muros de archivos y en cada gaveta un registro de las partes. Y en algún otro lugar, sin ninguna duda, depósitos de partes. Y salones de montaje. Así, cuando se presentase la

necesidad, todo podría ser montado con una mínima demora.

Y la clave del engaño residía incuestionablemente, en el hecho de que nadie quiere realmente preguntar si la persona que ha retornado a las seis para la hora de la comida era la misma que había partido por la mañana.

Años antes, cuando su madre había sido retirada del cuarto en el cual había yacido hasta agotarse, él había enfrentado el hecho, sin que nadie se lo dijera, de que no volvería a verla nunca. Pero cuatro días después, cuando había arribado de la escuela para encontrarla sonriente y curada..., había preguntado.

¿Había querido preguntar?

No tenía idea del tiempo que había permanecido mirando la oscuridad cuando oyó el suave golpe del autocóptero de su padre que aterrizaba en el jardín.

Lyra y su madre pasaron corriendo, luego reaparecieron con Jonathan Krueger, sonriente y curado, entre ellas. Austin Fiske dirigió a Víctor una mirada interrogativa; Krueger le hizo el rápido guiño de costumbre.

Pero Víctor no devolvió el guiño, ni el apretón de manos

que le siguió. Porque Jonathan Krueger, que volvía de la muerte, no parpadeaba con la regularidad de androide que Víctor esperaba.

Austin Fiske tomó a Víctor del hombro.

—Dejémoslos a solas, ¿quieres?

Ya adentro, se rió de la expresión de sorpresa de Víctor.

—Bien, no te pareces en nada al joven airado con quien hablé antes.

Hizo sonar los pocillos del aparador y preparó la máquina de hacer café.

Víctor salió de su ensimismamiento.

—No —admitió—. Yo...

—Te formaste una teoría errónea —le dijo su padre, mientras medía el contenido de la máquina de café—, que se desinfla con un poco de parpa^o deo.

Víctor lo miró con intensidad.

—¿Cómo sabes?

El padre rió.

—A causa de que acabamos de perfeccionar la unidad que corrige ese defecto —dijo, mientras tapaba la máquina de café.

La expresión de sorpresa de Víctor fue todavía mayor.

—Pero entonces...

Austin Fiske meneó la cabeza.

—No, tú no lo imaginas.

Víctor se irritó.

—Por supuesto, se trata de un engaño —terminó por decir llanamente.

Su padre sonrió.

—Bueno, bueno, alguien más que no observó bien su póliza. En ella encontrarás que Western, además de proporcionar toda la atención de un facultativo de la compañía, "retiene el derecho, en caso de muerte, de realizar una sustitución apropiada". Por supuesto, la mayoría cree que esto significa que si el doctor designado para la familia muere, nos reservamos el derecho de nombrar un médico reemplazante. —Se encogió de hombros—. Engaño, sí, pero por lo menos así no se destruye la familia.

La voz de Víctor se oyó fría.

—Y Western no sólo no debe pagar los beneficios del seguro de vida, ¡puede seguir cobrando cuotas a los fallecidos! Pero dime, ¿qué ocurre con el hombre que está tan mal que es evidente que no tiene arreglo para el resto de su vida?

El padre evitó los ojos de Víctor. Este se rió.

—Sí, supongo que tenéis muchos problemas con los accidentes de tráfico...

Su padre estudió el contador de la máquina.

—¿Y qué ocurre con el hombre que tarda meses en morir?

¿Supongo que arregláis un envío apenas se sabe que no tiene cura?

Su padre lo interrumpió con un movimiento de cabeza.

—Nuestras salas cerradas...

Pero Lyra había entrado, con los ojos radiantes.

—No es necesario que estén acá —protestó—. Queremos que traigas a tu madre, Víctor, así podremos comer todos juntos — luego notó que había interrumpido—. Traerás a tu madre, ¿no es cierto?

Lyra se fue ante el gesto afirmativo de Víctor. Este se volvió hacia su padre.

—Bien, ¿iremos a buscar a nuestro androide, así podremos comer? Ella *ha estado* muerta durante todos estos años, ¿no es así?

Su padre pareció encogerse.

—No puedes decir que realmente lamentas por lo que hemos hecho.

—No —admitió Víctor—. Supongo que sólo me duele descubrir que ella no era más que un mecanismo, que sólo hacía lo que estaba programado.

Su padre meneó la cabeza.

—No, tienes que entender, Víctor. Ella es tan humana como cualquiera de nosotros, a su manera. Yo no me entiendo totalmente a mí mismo. Esta es la complejidad de la pro-

gramación; como ella reproduce a un ser humano en todos sus detalles hace que en todo sentido sea uno de nosotros. No puedes ponerle una etiqueta, hombre o máquina..., no es tan simple.

Víctor se incorporó.

—No, ella es una cosa o la otra. Y tú no quieres ver cuál.

—Levantó una mano ante la protesta del padre—. Oh, no le diré nada a Lyra acerca de su padre. Pero voy a anular nuestras pólizas. Y empezaré a dejar caer sugerencias. No lo voy a decir abiertamente. Pero una sugerencia aquí, una sugerencia allá, y quizás la gente empiece a ver. Luego la cosa podrá caer o mantenerse de acuerdo con sus propios méritos. —Se paseó—. Por mi parte, yo no compro. No quiero dejar abierta la posibilidad de que alguna vez me cambien mi esposa por una máquina... y sea yo demasiado débil como para devolverla y enfrentar los hechos.

El padre suspiró.

—No, Víctor, lo siento. Puedes dejar caer todas las sugerencias que quieras. Puedes salir ahora y denunciarnos. Pero nadie más verá lo que tú ves. Nadie que importe.

Víctor lo miró con frialdad.

—Verás. Hemos tenido que hacer ciertas sugerencias a

quienes poseen nuestras pólizas, durante la prueba de memoria que hacemos en las revisiones regulares. Hemos tenido que asegurarnos de que las personas ven aquello que nosotros queremos que vean y nada más. —Se encogió de hombros—. Llámalo manipulación, interferencia..., es así y no hay otra posibilidad.

Por un momento la sangre de Víctor se agolpó en sus oídos. Entonces era así, para siempre.

—¡Pero yo vi! —protestó.

La sonrisa de su padre era helada.

—Tú te permitiste ver. Las circunstancias te lo permitieron.

—¿Permitirme ver? —la voz de

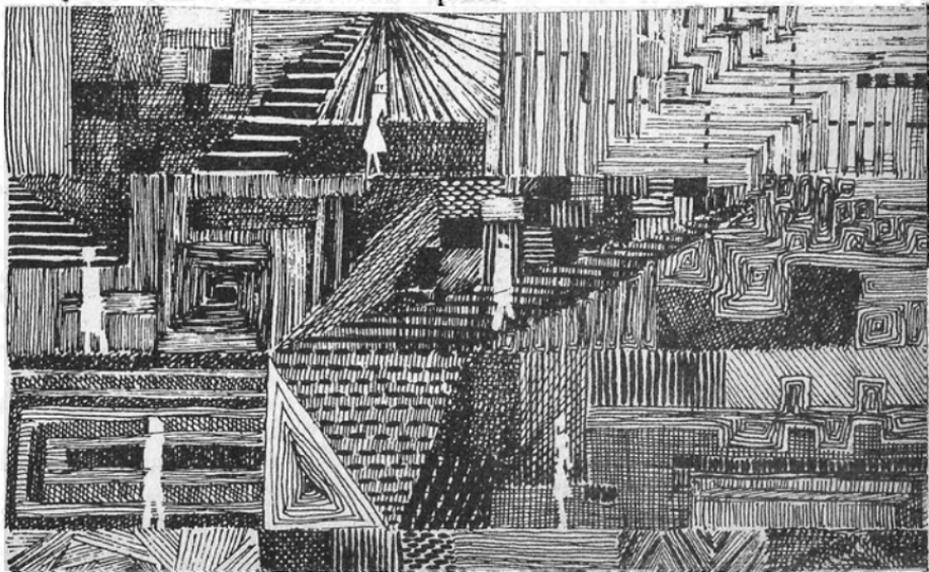
Víctor era dura, estaba al borde de un profundo vacío.

—No puedo decir que lo siento, Víctor, aunque no fue fácil dejar que vivieses en la ignorancia la verdad, mientras yo mismo tuve que vivir con ella.

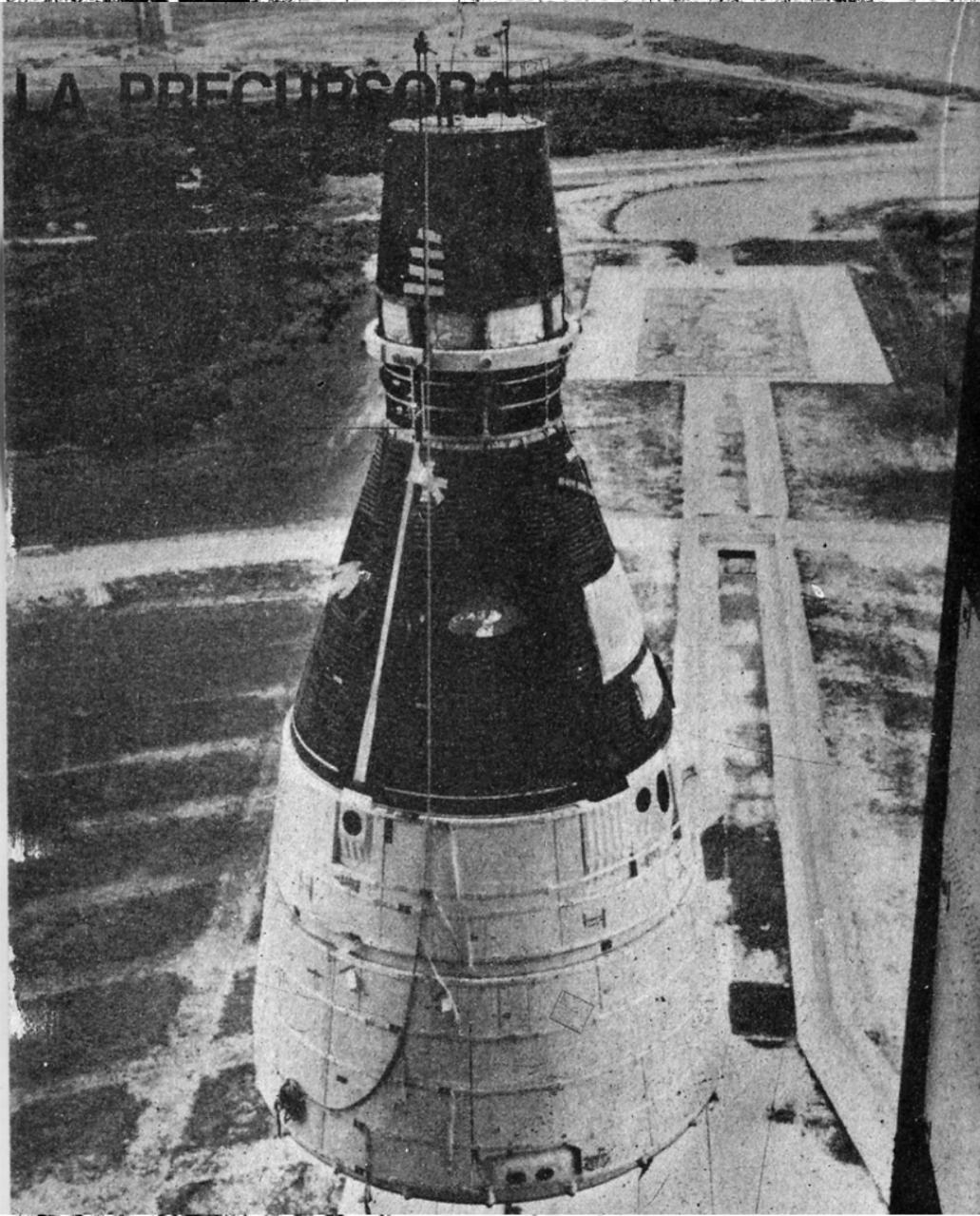
—¿La verdad? —pero, por supuesto, la había tenido frente a sí todo el tiempo. Precisamente en ese momento había vuelto la cabeza, negándose resueltamente a ver.

—Oh, no lo hice por mí mismo, por lo menos al principio.

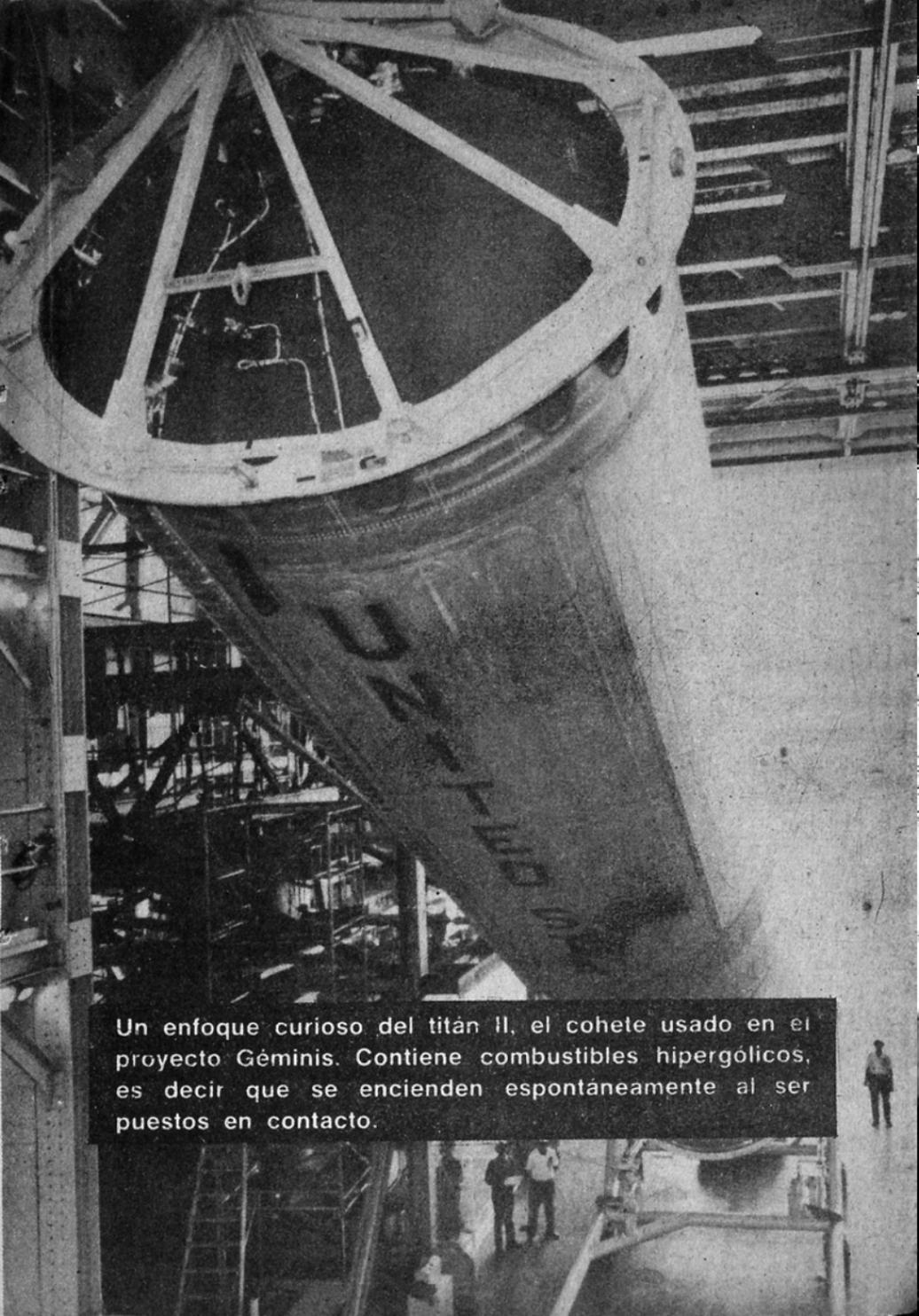
—Austin Fiske dijo, encogiéndose, con la espalda encorvada—: Verás, tu madre supo que tú eras el único hijo que ella podía tener. Pero ella nunca supo que habías muerto en el parto.



LA PRECURSORA



La primera cápsula Géminis enviada al espacio, en vuelo no tripulado. Está por ser instalada en la nariz del cohete Titán II, en Cabo Kennedy.



Un enfoque curioso del titán II, el cohete usado en el proyecto Géminis. Contiene combustibles hipergólicos, es decir que se encienden espontáneamente al ser puestos en contacto.



Los sembradores de discordia

Por Jerome Bixby

Harvey Todd, director del Departamento de Seguridad, puso sus iniciales en dos papeles y buscó otro informe. No se molestó en levantar la vista.

—Me gustaría que fuera tan breve como sea posible, Ross. Estoy de trabajo hasta el cuello.

—Jefe —dijo Ross Wooley con vacilación—, ¿qué le parece si emprendiera una investigación por mi cuenta? ¿Si siguiera un presentimiento que tengo?

El superior miró burlonamente al diminuto agente.

—¿Qué se trae preparado?

—Es algo complicado —respondió el otro—, que le hará suponer que no estoy en mis cabales.

Harvey Todd dejó la lapicera en el escritorio y le sonrió a su mejor colaborador.

—Puede que sea una chifladura esta vez, Ross, pero tiene buena reputación y sus presentimientos no suelen ser equivocados. ¿De qué se trata?

Wooley se rascó la barbilla con la uña del pulgar.

—Jefe —dijo lentamente, sin saber cómo serían recibidas sus palabras—, tengo razones para suponer que en Estados Unidos hay habitantes del exterior.

El jefe del Departamento de Seguridad dijo en tono de reprimenda:

—Claro que hay habitantes del exterior aquí. ¿Qué hay con eso? Esa jurisdicción no nos incumbe.

—Quiero decir, del exterior del planeta, venidos desde el espacio cósmico, de algún otro mundo quizás.

—¿Está borracho?

—No, señor.

Harvey Todd se quedó mirándolo fijo un largo rato sin decir nada. Finalmente murmuró:

—Escuchemos.

—Me agradecería obtener permiso para investigar. Si no se me otorga, me gustaría pedir licencia para probar la cosa por mi cuenta. Si se me niega, presentará mi renuncia para quedar libre de indagar como ciudadano privado.

Los ojos del pequeño agente parpadearon de prisa tras los lentes de marco de carey.

Todd miró el montón de cartas que se encontraban sobre el escritorio y suspiró. Las hizo a un lado, abrió el cajón del escritorio y sacó una prehistórica pipa y una lata de tabaco. No volvió a hablar hasta que la pipa estuvo llena y encendida,

y hasta que, apoyado en el respaldo de su silla, comenzó a fumarla tranquilamente. Entonces dijo:

—Esto parece significar mucho para usted ¿Qué ha pescado?

El agente se movió incómodo.

—No lo bastante como para que parezca tener sentido, jefe. Un artículo por aquí, una noticia por allá, algunas observaciones de científicos oscuros; más presentimiento que nada. Lo que me gustaría es contar con tiempo suficiente para realizar una investigación preliminar. Si obtengo algo concreto, presentaré un informe. Entonces le corresponderá a usted actuar.

Harvey Todd dejó que el humo saliera por las ventanas de la nariz y se quedó mirándolo, preocupado.

—Déme más datos, Ross. No puedo asignarle a un agente la tarea de ir por ahí buscando personajes de Buck Rogers sin tener idea de cuál es su labor.

—Usted dijo que yo tenía buena reputación —le recordó Wooley.

Todd tomó la lapicera y garabateó una serie de cubos en un anotador que tenía delante.

—Al Departamento no le interesa exponerse al ridículo, Ross. El año pasado servimos

de blanco varias veces. Sé que ciertos miembros del Congreso se alegrarían al enterarse de que a algunos agentes les asignamos la tarea de dar caza a marcianos.

—¿Entonces prefiere usted mi renuncia?

La voz del dinámico y pequeño agente se había puesto tensa.

Su jefe gruñó con disgusto y luego, súbitamente, se decidió.

—¡No, maldita sea! Haga la investigación. Pero, por amor del cielo, que no trascienda. Si se enteran los periódicos, antes que yo acabe con usted, Ross, lo tendré contándose los dedos de los pies en San Quintín.

—Gracias. Este... tendré que viajar algo.

—Para eso véalo a Smith al salir. Ahora váyase. Creo que usted está loco.

Harvey Todd tomó la lapicera y otro montón de cartas, suspiró y se puso de nuevo a trabajar.

Una doncella lo condujo al estudio. Echó una rápida mirada al cuarto y obtuvo la impresión de infinitas estanterías de libros, varias cómodas sillas, buena iluminación, dos óleos bien pintados sobre las paredes y un pequeño bar portátil. Era el cuarto de un erudito, pero,

al mismo tiempo, el de un hombre.

El profesor André Dumar miró desde su silla con el entrecejo fruncido, luego lanzó una breve ojeada a la tarjeta que tenía en la mano.

—¿El señor Ross Wooley?

—Exacto.

El agente se volvió y miró a la doncella. Esta abandonó el cuarto cerrando tras sí la pesada puerta.

—Siéntese, señor Wooley — dijo el profesor—. No tiene usted el aspecto que Hollywood nos hace creer que tienen los agentes del Departamento de Seguridad.

Ross Wooley no se sonrió. Había ya escuchado con mucha frecuencia la comparación.

—Es mi punto fuerte como agente, profesor.

Dumar dijo:

—Hace alrededor de treinta años, en tiempos en que todavía no me había graduado, recuerdo haber escrito un ensayo para mis alumnos de antropología, intitulado "Comunismo primitivo entre los indios americanos". No se me ocurre ningún otro motivo por el que merezca la visita de un miembro del Departamento de Seguridad.

Wooley se sonrió y eligió una silla.

—Vine para obtener una in-

formación, profesor. Parece ser usted una autoridad sobre varios temas oscuros, una especie de especialista en lo inusitado.

—Me parece que eso necesita una aclaración.

—Usted concentra sus investigaciones en temas que muchos hombres de ciencia, temerosos del ridículo, evitan deliberadamente. Telepatía mental y clarividencia, por ejemplo; fue usted un pionero en esos estudios.

El profesor asintió.

—Fuera del campo de mis estudios, actualmente, pero temas fascinantes. Ahora que el hielo se ha roto, especialistas más capacitados que yo están realizando las primeras investigaciones sobre ESP. (1)

Ross Wooley se pasó nerviosamente la mano izquierda por la barbilla.

—Antes de seguir adelante, profesor, quiero que comprenda que por extrañas que le resulten las cosas que le pregunte, el Departamento exige que no las comente usted, ni siquiera con los miembros de su familia.

El profesor Dumar frunció el entrecejo y volvió a examinar la tarjeta de Ross Wooley.

N. del T.: *Extra Sensorial Perception*, Percepción Extra Sensorial.

—Aquí dice que usted es un agente del gobierno. Pruébelo, por favor.

Wooley se sonrió.

—Atinada precaución, señor.

Sacó la billetera de su bolsillo y se la tendió a su entrevistado para que la examinara.

El profesor estudió escrupulosamente las credenciales y luego tomó el teléfono y discó el número de la operadora.

—Déme con el Departamento de Seguridad, por favor... Hola, habla el profesor André Dumar. Aquí en mi estudio se encuentra un hombre que dice ser Ross Wooley. ¿Tienen ustedes un agente de ese nombre?... Gracias. Puede usted describirlo?... Muchas gracias, adiós.

El profesor devolvió la billetera y se sentó aliviado en la silla.

—Parece usted ser quien dice. ¿Cuáles son sus preguntas?

Ross Wooley elaboró cuidadosamente la primera:

—Profesor, ¿hay otra vida en el universo aparte de la que se encuentra en la Tierra.

Dumar se quitó los lentes y se quedó mirándolo.

—¿Vida?

—Sí. Otra vida.

El científico se quedó pensando un momento y luego dijo lentamente:

—Tenemos plena seguridad

de que en Marte existe vida vegetal, pero es improbable que los otros planetas contengan forma de vida alguna.

—¿Y en otros sistemas planetarios?

—Las autoridades en la materia difieren considerablemente, claro está...

—Le estoy pidiendo su opinión, profesor —dijo Wooley.

El otro se movió en la silla como si la pregunta del agente lo irritara.

—Dada la cantidad de estrellas que hay en el universo, es probable que se repitan las condiciones que se dan en el sistema solar. En ese caso me atrevería a afirmar que también se repitan las condiciones de vida.

—¿De vida inteligente? —prosiguió Wooley.

—Posiblemente.

—Ahora viene la pregunta importante, profesor. Admitiendo que la vida existe en otras partes, ¿podrían algunos de sus ejemplares haber llegado a la Tierra?

El profesor Dumar hizo sonar una uña contra el marco de oro de sus anteojos.

—¿Quién le dijo que yo estaba investigando ese tema? —saltó.

“Le acerté” —se dijo el agente. Y siguió:

—Nadie, profesor. Fue un ti-

ro en las sombras. Por favor, dígame lo que pueda.

Dumar se puso de pie y se dirigió al bar portátil.

—¿Un trago? —preguntó por sobre el hombro.

—No, gracias —éste era el primer éxito de la investigación. El pequeño agente se sentía lo suficientemente estimulado sin alcohol.

—Si no tiene usted inconveniente, yo sí beberé.

El profesor mezcló whisky con agua y volvió a su silla. Tomó la mitad de la bebida de un trago y se lanzó luego sobre la cuestión.

—Hace tres años advertí que en la Tierra había formas de vida antinaturales. Presumiblemente habían estado aquí durante un prolongado periodo, pero no obstante, algo extraño había en ellas. El primer indicio que hallé fue el hecho de que parecían repugnar a otros animales, incluso al hombre.

Wooley intervino:

—¿Qué quiere usted decir con *repugnar*?

El profesor se pasó la mano por el pelo con irritación, como si fuera difícil de explicar:

—Considere las arañas, por ejemplo, o las serpientes; nueve de cada diez personas sienten un desagrado instintivo al verlas. Creo que esto se produce porque resultan *ajenas*.

Son ajenas a la Tierra, e inconscientemente lo advertimos, y se nos eriza la piel. A esta lista puede usted añadir también las ratas y las cucarachas.

Ross Wooley se rascó la barbilla con el pulgar.

—Siempre pensé que el miedo que se experimenta ante las arañas y las serpientes se había heredado del hombre primitivo. Son venenosas, después de todo.

El profesor meneó la cabeza.

—Esa no es la respuesta. Para empezar, pocas son las serpientes, y menos aún las arañas, realmente venenosas. Además, se trata de algo más que mero miedo... es una absoluta repulsión lo que sentimos. Por otra parte, los animales de presa mataron más hombres primitivos que las serpientes o las arañas. ¿Por qué no sentimos ese miedo instintivo cuando vemos leones, osos o lobos? Habrá observado usted, asimismo, que sentimos la misma especie de desagrado por las ratas y las cucarachas, aunque no son venenosas.

El agente hizo una mueca.

—Pero, ¿cómo vinieron hasta aquí? ¡Por supuesto, usted no piensa que las serpientes o las arañas, ni siquiera las ratas, sean capaces de construir naves espaciales!

—Francamente, ese ha sido el

mayor obstáculo con que se ha topado mi teoría. Tengo dos posibles respuestas; ninguna de las dos me satisface del todo.

—¿Tiene usted inconveniente en exponerlas?

—Una posibilidad es que muchísimo tiempo atrás haya llegado acá una nave espacial y se haya destruido. Las formas de vida extraña que transportaba se vieron obligadas a quedarse. Sin embargo, como las condiciones en la Tierra diferían de las de su planeta de origen, no lograron del todo adaptarse. Degeneraron hasta encontrarse ahora a la par con las formas de vida carentes de inteligencia.

Ross Wooley no se sintió satisfecho.

—¿Qué lo condujo a usted a concebir esa teoría?

—Para empezar, halló indicios de que la rata ocupó otra un estadio más elevado en la escala de la evolución. Habrá usted observado que algunas veces decoran sus nidos con trozos de vidrios de colores o pedacitos de metal brillante. ¿No podría acaso tratarse de restos de sentido estético?

—O dé comienzos —sugirió Wooley.

—Es posible. No me inclino demasiado por esta teoría. La teoría que prefiero es que son

conejos de Indias —dijo el profesor.

—¿Conejos de Indias?

—Exacto. Suponga que algún otro planeta necesitara espacio para su expansión y viera en la Tierra una posible colonia. Antes de correr el riesgo de enfermedades desconocidas u otras posibles formas de destrucción, enviarían una serie de especímenes de vida inferior que se dieran en su propio planeta. Si a la serpiente, la araña y la rata les era posible adaptarse sin daño a la Tierra, entonces podrían intentarlo también los forasteros.

Ross Wooley pestañeó:

—Profesor, me parece que el punto más débil de sus teorías es el hecho de que esas formas de vida han estado afincadas en la Tierra por tiempo indefinido. La cucaracha, por ejemplo, me parece haber leído que es uno de los más antiguos habitantes de la Tierra. Y todas ellas, la serpiente, la araña, la rata, se encuentran aquí desde los períodos más primitivos.

Dumar, pensativo, ingirió un sorbo de su bebida.

—Que sepamos, estos forasteros no tienen ningún apuro. Acaso estén dispuestos a aguardar centenares de miles de años para asegurarse de que la Tierra es un medio que se adecúa a su especie. Para una ci-

vilización joven como la nuestra, unos pocos miles de años parecen un tiempo infinito, pero para una cultura que cuente en su haber muchos millones de años, es por cierto un período corto.

—Para resumir, pues, usted cree que en el universo existe otra forma de vida inteligente y que, por una u otra razón, ha enviado a la Tierra formas de vida que son extrañas a ésta.

El profesor asintió:

—Algo así.

El próximo nombre lo obligó a cruzar el continente hasta San Francisco; habría dudado de gastar el tiempo y el dinero que el viaje exigía, si no hubiera sido por el renovado interés que le había inspirado Dumar.

El agente dijo, en primer lugar:

—Esto proviene de una de sus conferencias recientes.

Sacó luego un recorte de periódico de un sobre y leyó en voz alta:

—“... De hecho, tan caóticas son las condiciones del hombre, tan increíble resulta que él mismo pueda ser su peor enemigo, que uno debe concluir que extranjeros provenientes del espacio cósmico, enemigos por alguna razón desconocida,

se encuentran en nuestro seno y sabotean nuestros esfuerzos por progresar...”

Wooley levantó la vista.

—¿Supongo que la cita es correcta?

El conferenciante y comentarista, en cuya oficina se encontraban, y que era conocido en todo el país, frunció el entrecejo, pero asintió:

—En lo esencial.

—¿Qué quiso usted decir?

Morton Harrison se pasó una mano irritada por su famoso pelo blanco como la nieve.

—No quise decir nada. ¿Qué pretende sugerir?

Ross Wooley volvió a guardarse el recorte en el bolsillo.

—¿Cómo se le ocurrió la idea de la posibilidad de formas extrañas de vida en nuestro medio?

El otro comenzó a reír:

—¡Dios de los cielos, hombre! ¿El Departamento de Seguridad llegó por fin al extremo de investigar a los personajes de ciencia-ficción? Esa afirmación no significaba nada; se me ocurrió porque sí.

Wooley había vuelto a errar el blanco. Suspiró resignado y se apoyó en el respaldo de su asiento.

—Muy bien, señor Harrison. Pero ahora me encuentro aquí, y nada más que por el informe,

dígame: ¿a qué se refería cuando usó ese ejemplo?

El otro se puso de pie y azotó el aire con la mano derecha, utilizando el ademán tan bien conocido por sus audiencias. Inconscientemente, su voz y sus movimientos adquirieron el aire del estrado.

—Señalaba solamente que el hombre es en tal grado su propio enemigo, que resulta increíble.

—¿Por ejemplo? —preguntó Ross.

Morton se tironcó la oreja derecha.

—Podría dar una veintena, pero permítame indicar sólo uno o dos. En primer lugar, ¿advirtió usted que a las personas u organizaciones que luchan por el progreso del hombre se las rodea de silencio o se les responde con la burla? Los pacifistas, por ejemplo. La mayor parte de la gente los considera chiflados. No se los tiene en cuenta en tiempos de paz, y durante la guerra, se los encierra en campos de concentración o en la cárcel. Casi todos sostienen que están contra la guerra; ¿por qué, entonces, ese desprecio por los que más ardentemente tratan de acabar con ella?

Ross Wooley se pasó pensativo el pulgar por la barbilla.

—Nunca lo tuve en cuenta desde ese punto de vista —admitió.

—Permítame usar otro ejemplo —continuó Harrison—. En este país nos gusta hablar de nuestras libertades, pero, en realidad, en pocos lugares encontramos más intolerancia y persecución. En los estados sureños, por ejemplo, es obvio, y existe el antisemitismo en todo el territorio de la nación. Pero ese es sólo el comienzo. En el Oeste existe discriminación, en algunas zonas, contra los descendientes de japoneses; en otras, contra los de ascendencia mejicana. En California hay discriminación contra los de ascendencia portuguesa. En la zona de los grandes lagos del Norte, los finlandeses no son más que la resaca; en el Sudoeste lo son los indios. Tampoco se limitan semejantes usanzas a nuestro país. Cuando nosotros, los norteamericanos, vamos al extranjero, descubrimos a menudo claros indicios de que se nos desprecia, de que no se gusta de nosotros, de que se nos considera agresivos y codiciosos. Resulta divertido. Estados Unidos, Inglaterra, Francia y las otras Naciones Unidas se burlaban de las pretensiones de los alemanes y de los japoneses de ser superhombres, *Herrenvolk*; pero, en realidad,

nosotros abrigamos la misma ilusión.

Wooley se agitó como para protestar, al menos en parte, contra la conferencia que se le endilgaba, pero el otro extendió imperativo la mano:

—La cuestión es que en lugar de entusiasrnarnos y luchar por cosas tales como el fin de la guerra, un sistema social más adecuado y el término de la intolerancia y la discriminación racial, se estimula a la persona media para que vilipendie o, al menos, para que desdén a quienes trabajan por tales fines. Parecemos luchar con deliberación, precisamente, contra aquellas cosas que más necesitamos.

Ross Wooley volvió a guardar su anotador en el bolsillo y se puso de pie.

—Creo que entiendo lo que usted quiere decir. No estoy enteramente de acuerdo, pero al menos capto su intención al referirse a los visitantes del espacio cósmico.

Tendió la mano para el otro se la estrechara.

La entrevista con Harrison lo había desilusionado, y en la lista que había preparado quedaba solamente otro nombre. Lo miró con desagrado, pues no le gustaba que residiera en Los Angeles, aun cuando al

apellido de aquella persona siguieran las iniciales Ph. D. (Doctor en Filosofía). La ciudad de Los Angeles era la patria de los chiflados, pensó para sí. El individuo sostendría probablemente que tenía todo un sótano lleno de marcianos.

Sin embargo, el doctor Kenneth Keith, presidente de la Sociedad Occidental de Cohetes Espaciales y miembro dirigente de un grupo de Charles Fort, se encontraba demasiado cerca para no ir a verlo. Ross Wooley tomó un avión a Los Angeles, y desde el aeropuerto un taxi para dirigirse a casa del hombre que había escrito un artículo sobre las posibilidades de los viajes espaciales.

Le llevó cinco minutos convencer a la señora Keith que no era un aficionado a la ciencia-ficción. en su intento de acercarse al presidente de la Sociedad de Cohetes para discutir con él la conveniencia de utilizar ácido nítrico y anilina como combustible, en lugar de ácido nítrico y vinil etilo, en el primer cohete que se lanzara a la Luna.

Cuando, por fin, se halló en el estudio del doctor, vaciló antes de empezar. Había sufrido tantos rechazos.

El doctor tomó la iniciativa:

—Usted se encuentra probablemente aquí a raíz del ar-

título en que mencioné la presencia de seres de otros planetas en la Tierra.

Ross Wooley lo miró con los ojos abiertos por el asombro.

—¿Cómo. . ?

El doctor Keith se sonrió y levantó ambas manos, encogiéndose expresivamente de hombros.

—Ha sido sugerido, e inclusive se lo ha probado una veintena de veces. Sólo recientemente he advertido por qué se ha ignorado la prueba, y creo que ya es tiempo de que la situación se ponga en claro. Esa es la razón por la cual recalqué el hecho de que, a pesar de que el hombre se encuentre a punto de descubrir el viaje espacial, no es el primero en utilizarlo.

Wooley se inclinó hacia adelante, excitado.

—Antes de que sigamos adelante, usted dice que el hecho del viaje espacial se ha probado una veintena de veces. Nombre una de ellas.

Kenneth Keith se puso de pie y se dirigió hacia una de las estanterías de libros que cubrían las paredes. Volvió con un volumen que arrojó en la falda del agente del Departamento de Seguridad.

—Allí hay una prueba —dijo.

Ross Wooley tomó el libro con ansiedad, leyó el título y

luego exhaló el aire por la nariz con disgusto:

—¡Bah, de Charles Fort!

Keith le sacudió un dedo en las narices.

—A eso me refiero. ¿Por qué se sintió usted disgustado cuando vio la *prueba* que le ofrecí?

El pequeño agente arrojó el libro despreciativamente sobre una mesa de café que se encontraba frente a él.

—Me temo que Fort no es exactamente aceptable como un testimonio. Por lo común se lo tiene por chiflado. . .

Se detuvo de pronto recordando lo que Morton Harrison le había dicho. A quienes se encontraban en las primeras filas de la lucha del hombre por el progreso se los consideraba chiflados, locos, fanáticos. Así se lo consideraba a Fort.

—Bien —dijo—. Escucho. Dígame lo que sea.

El doctor Kenneth Keith relucía de satisfacción y se lanzó con alegría al tema:

—En el siglo pasado se demostró una cantidad de veces que hemos sido visitados desde otros planetas. Fort, entre otros, lo prueba de modo enteramente acabado en sus libros. Durante años tuve conciencia de esto, y me sentí asombrado de que el hecho no fuera universalmente aceptado. Recientemente descubrí la razón.

—¿Y cuál es esa razón? —inquirió Wooley, tenso ahora de expectativa.

—Los que sospechábamos la existencia de esos visitantes los hemos considerado siempre tan sólo eso: *visitantes*. La mayor parte de nosotros suponíamos que no se nos revelaban abiertamente porque consideraban al hombre una criatura retrógrada y no preparada para la comunicación con formas de vida más avanzadas.

Ross Wooley se estremeció:

—Pero, ¿qué es lo que ha descubierto usted?

La autoridad en cohetes miró seriamente el rostro de Ross.

—No son *visitantes*, son *conquistadores*. Posiblemente somos ya su propiedad, como lo sugirió Charles Fort, aunque me inclino a pensar que nuestros amos potenciales no han asimilado todavía la Tierra.

Ross Wooley se pasó un dedo por la piel del cuello, como si acabara de afeitarse y quisiera descubrir si lo había hecho bien.

—Me temo que no lo sigo.

El otro volvió a sacudir un dedo para dar énfasis a su opinión.

—Ningún conquistador se molesta nunca en apoderarse de un desierto estéril o de una cadena de montañas deshabita-

da. Antes de que valga la pena de apoderarse de una zona, debe poblarse por aquellos que uno desea explorar. Esos forasteros han venido visitando la Tierra durante centenares y millares de años. No estábamos todavía preparados para la conquista, pero se interesaban por dirigir nuestro desarrollo de acuerdo con la orientación que mejor les parecía; algunas veces incluso colaboraron. Cuando finalmente nos fuimos aproximando a una civilización avanzada, fueron tomando progresivamente control de nuestro destino. Querían que evolucionáramos de acuerdo con cierta orientación y se aseguraron de que así lo hiciéramos. Entre otras cosas: mucho después de que se advirtiera que la guerra resultaba una locura, procuraron que continuáramos siendo guerreros; nutren nuestras supersticiones y nuestras intolerancias; nos mantienen divididos en naciones, clases, razas, diferentes grupos religiosos. Alcanzamos finalmente el punto en que nosotros mismos podemos realizar viajes espaciales, casi, y en este período su presencia se ha hecho más evidente. Está claro que están a punto de disponerse a asumir su papel de amos.

—Pero, ¿por qué...?

Keith saltó sobre sus pies y

se paseó impaciente por la habitación.

—Tal vez nos han criado para que seamos soldados en sus guerras interplanetarias o interestelares. Tal vez debamos ser esclavos. Todo lo que sé es que están empezando a apoderarse de nosotros. Toman a su cargo posiciones claves en nuestros gobiernos, nuestros centros de comunicación, nuestros sistemas de educación. De este modo lograron que nos mofemos y nos riamos de Fort y de otros seres humanos de su misma agudeza de visión.

Interrumpió su tirada y se sentó otra vez frente al pequeño agente.

—La prueba, señor Wooley, no tiene fin. Los recientes platos voladores, por ejemplo...

Harvey Todd, director del Departamento de Seguridad, levantó finalmente la cabeza de los papeles que tenía delante, se quitó la pipa —ya desde hace tiempo apagada— de la boca, y dijo:

—Realmente, Ross, es todo un informe... —su expresión era zumbona.

El agente había permanecido sentado tocándose nerviosamente la barbilla, mientras su jefe leía las veinte páginas o más que él había dactilografiado.

—Sí, señor —dijo

—Me gustaría saber sus conclusiones, pues usted fue el que reunió el material. ¿Cuál es su opinión?

Ross Wooley se pasó una y otra vez la mano por la barbilla.

—Seré muy breve, señor. Mucho tiempo atrás, cuando la Tierra se encontraba en su infancia, llegaron los primeros exploradores de otros planetas. Dejaron varias formas de vida aquí de su propio mundo para averiguar si podrían sobrevivir. Las serpientes y las arañas, por ejemplo. Luego, cuando el hombre evolucionó, dirigieron en cierto grado su desarrollo. El modo en que nos dirigieron es una prueba de que no son exactamente benevolentes. Nadie podría afirmarlo. Nunca. Hemos alcanzado finalmente un punto en el cual les interesa desempeñar un papel más activo en nuestros asuntos. Y creo que están a punto de asimilarnos. Hay quien sugirió que algunos de ellos se han infiltrado ya en altas posiciones del sistema educativo humano, del gobierno, etcétera.

El jefe esbozó una amplia sonrisa.

—Usted realmente lo cree así ¿no?

Ross se sonrojó.

—Sí, señor —dijo tercamente.

—¿Que hay un subfondo extraño (quizá debería decir *supra*, puesto que vienen de las estrellas) que actúa dentro del marco de nuestro gobierno?

Ross Wooley parpadeó rápidamente detrás de sus gruesos anteojos y asintió.

—Sí, señor. Y creo que lo más importante hoy en el mundo es desenmascarar a estos enemigos de la raza humana; arrojarlos, ex...

Harvey Todd lo interrumpió:

—¿Y si yo le digo que abandone todo este asunto, que no es más que un montón de disparates?

—En ese caso, señor, presento mi renuncia al Departamento y prosigo por mi cuenta las investigaciones.

El jefe del Departamento de Seguridad se quedó mirándolo largo tiempo. Finalmente dijo:

—Está bien, Ross, lo siento.

Apretó un botón que había en el escritorio y una sección de la pared se abrió silenciosamente. Dos figuras extrañamente vestidas salieron del pasaje que había detrás. No eran humanas... no exactamente.

El jefe miró a su agente.

—Estaba usted en lo cierto al

creer que nosotros, los de Aldebarán, (Aldebarán, no Marte ni Venus), nos hemos apoderado de situaciones claves en vuestros fantásticos gobiernos terrestres.

Se volvió al primero de los extraños seres, que apuntaba a Wooley con un arma de feo aspecto:

—Disponga de él del modo habitual.

La mano de Wooley trató de alcanzar su hombro izquierdo. Una pálida luz brilló por un momento; dejó caer su revólver, se puso rígido y comenzó a desplomarse hacia adelante. Los dos extraños seres lo aferraron al caer y arrastraron su cuerpo en dirección al pasaje.

—Un momento —exclamó entonces Harvey Todd—. Llévase este informe. Hay allí varios nombres que merecen una visita nuestra: un tal profesor Dumar y un doctor Keith, en particular.

Miró el montón de papeles que había sobre su escritorio y suspiró:

—Váyanse ahora. Estoy de trabajo hasta el cuello.

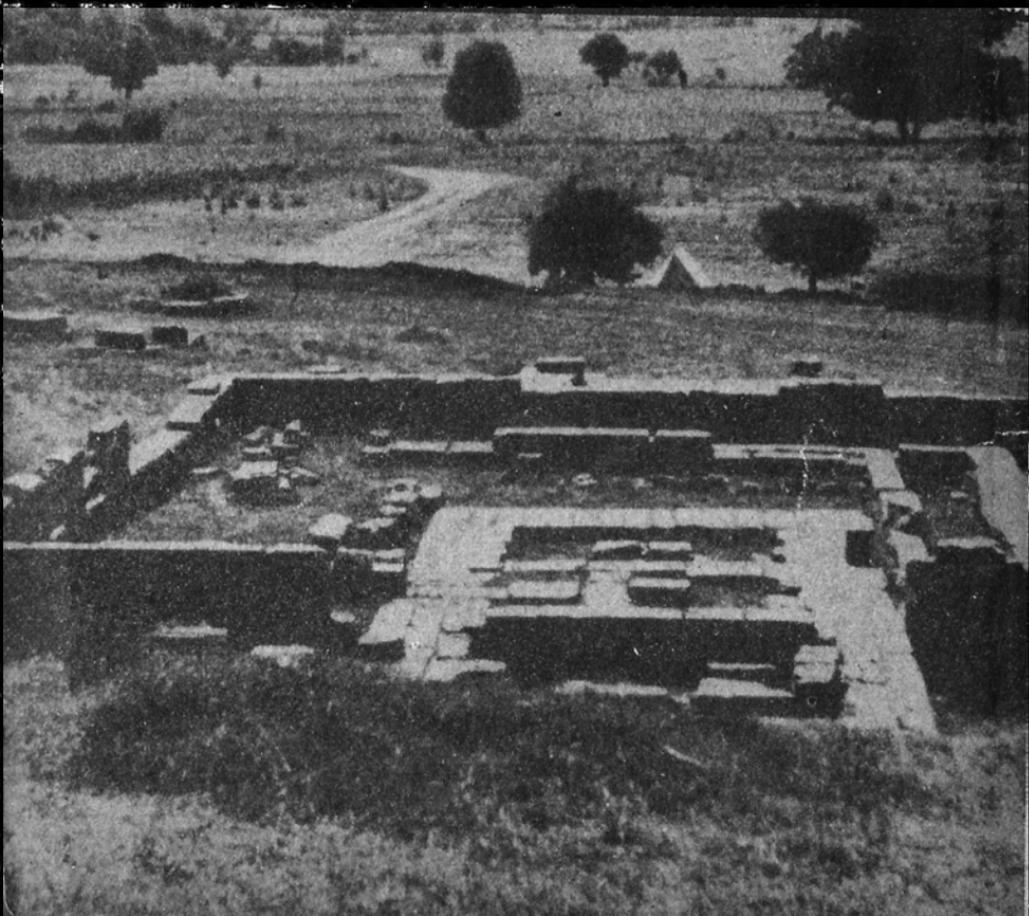
COLABORACIONES

CONCURSO

PERMANENTE

CUENTOS

ARTICULOS DE INTERES GENERAL



Cada cuento o artículo de interés general que publiquemos será premiado con \$ 5.000.—

Los temas quedan a elección de los lectores.

Las colaboraciones deberán estar escritas a máquina, a doble espacio; la firma debe venir aclarada, con el domicilio del autor.

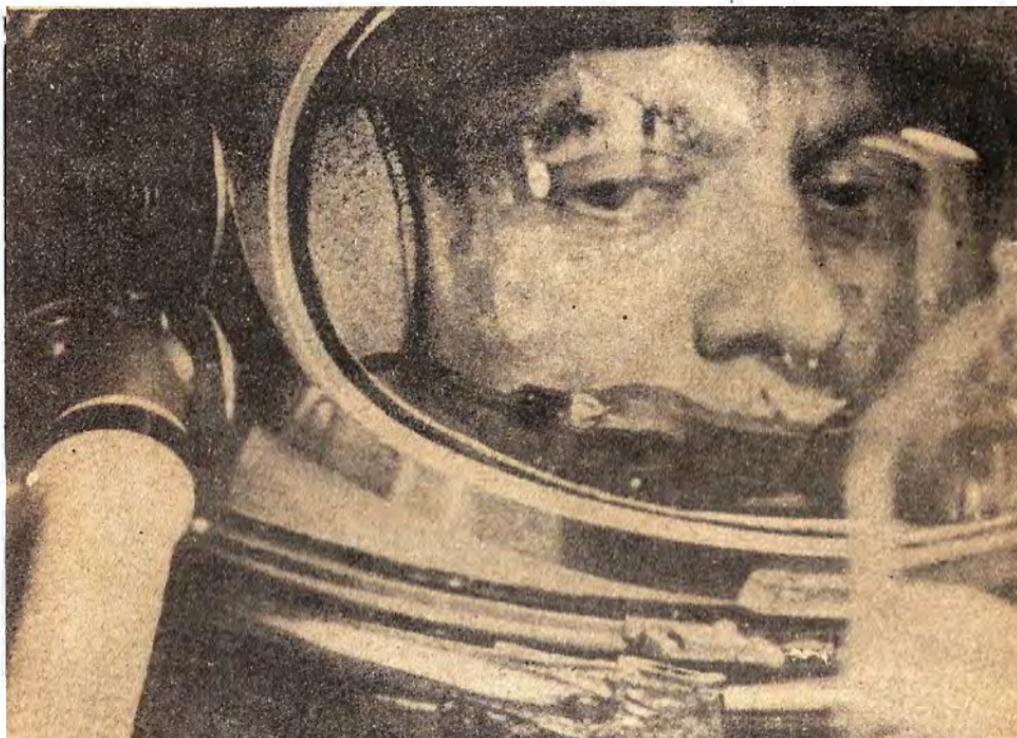
Se trata de un concurso permanente, abierto a cualquier autor, sea novel o no. Lo único que exigimos es que las colaboraciones sean **originales e inéditas**.

¡Y que sean buenas!

(Por razones técnicas fáciles de comprender **no devolvemos** los originales que nos envían.

Acusaremos recibo, eso sí, en el "Cabo Kennedy de los lectores").

EL CABO KENNEDY DE LOS LECTORES



Esta sección será nuestro correo. En ella publicaremos y contestaremos las cartas que nos envíen los lectores.

NUESTRA DIRECCION

CANGALLO 1642 - 4º Piso - Of. 41

Por acuerdo especial con la
Galaxy Publishing Co., de los
Estados Unidos, la mayor parte
del material literario de "GEMI-
NIS" proviene de la revista

"GALAXY"

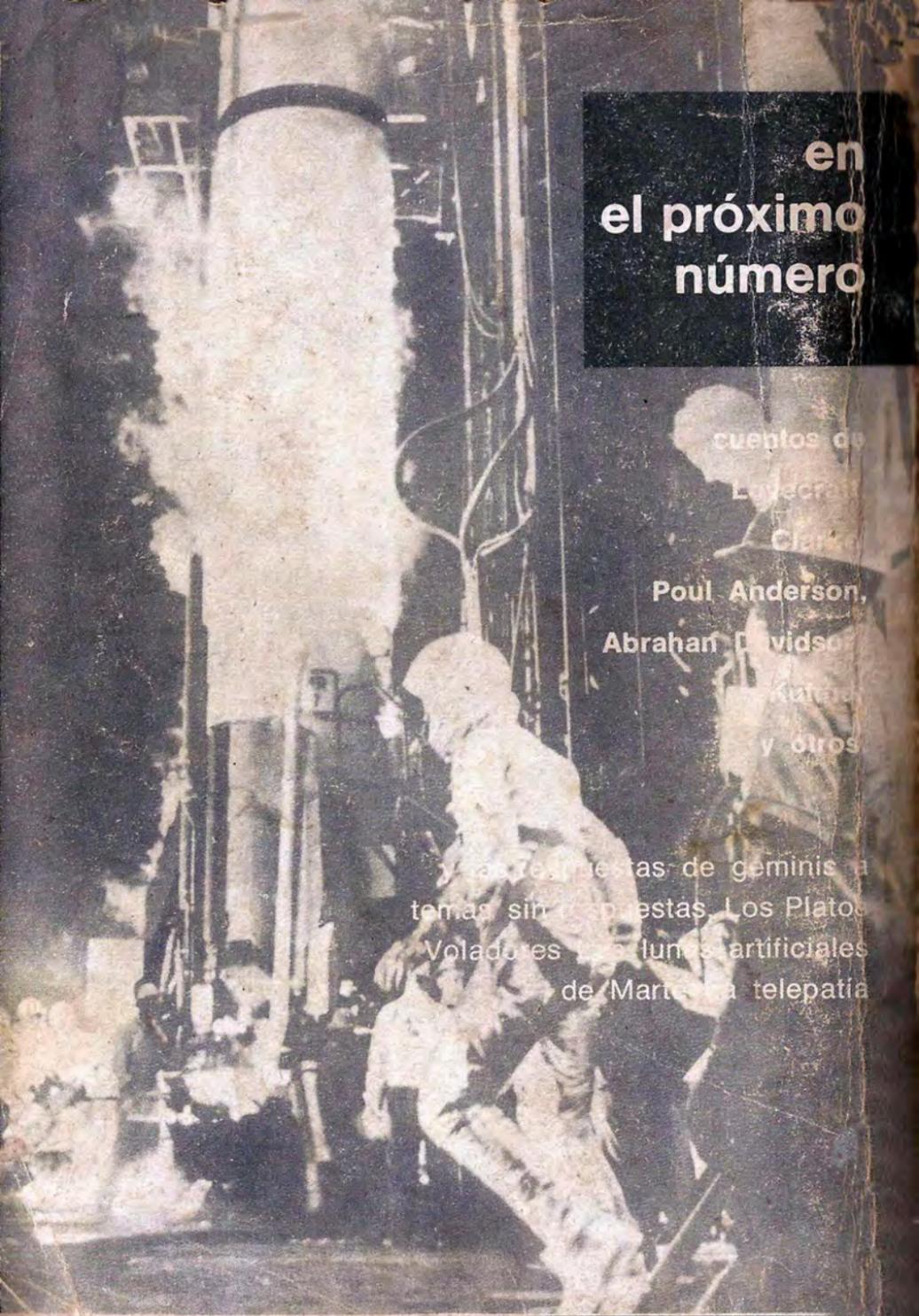
"GALAXY" se traduce al francés,
al alemán y al italiano.

Co. eo
Argentino

Tarifa reducida

7799

Precio del ejemplar	\$ 100.-
Suscripción semestral (12 núm.)	" 1.000.-
Suscripción anual (24 números)	" 2.100.-
Suscripción anual latinoamericana	" 3.000



en
el próximo
número

cuentos de

Luyecra

Clarke

Poul Anderson,

Abraham Davidson

Kurt

y otros

Las Zambias de geminis a
temas sin respuestas, Los Platos
Voladores, Los lunas artificiales
de Marte, la telepatía